

J. STALIN



**SOBRE LOS FUNDAMENTOS
DEL LENINISMO**

15
A
bb



COLECCIÓN: MARX - ENGELS - LENIN - STALIN

J. STALIN

SOBRE LOS FUNDAMENTOS DEL LENINISMO



EDICIONES EUROPA-AMÉRICA

MADRID-BARCELONA

REEDITADA POR EL PARTIDO COMUNISTA DE EUZKADI

STALIN

NOTA DEL EDITOR

Esta versión española de los "Fundamentos del Leninismo" de J. Stalin es una traducción totalmente nueva de la obra, hecha directamente del ruso, sobre la 10.^a edición de "Problemas de Leninismo" (Moscú, Pardistat 1934), de que forma parte el presente trabajo.

Las citas de las obras de Lenin han sido traducidas también directamente de los originales rusos. Para ayudar al lector a desarrollar las citas sobre las obras de Lenin, citamos en "notas del editor" los pasajes correspondientes de las ediciones españolas, en los casos en que éstas existen.

La redacción española de "Fundamentos del Leninismo" ha corrido a cargo de W. Rocés.



EDICIONES EUROPA-AMÉRICA

MADRID-MOSCÚ

SOBRE LOS FUNDAMENTOS DEL LENINISMO

*Conferencias pronunciadas en la Universidad Sverdlov a comienzos
de abril de 1924*

**Dedico este trabajo a la nueva promoción
leninista.**

J. STALIN

Los fundamentos del leninismo es un tema vasto. Para agotarlo, sería preciso un libro entero. Más aún, una serie entera de libros. Por esto, naturalmente, mis conferencias no pueden ser consideradas como una exposición completa del leninismo. Podrán ser tan sólo, en el mejor de los casos, un resumen sumario de los fundamentos del leninismo. No obstante, estimo útil hacer este resumen, con el fin de ofrecer algunos puntos fundamentales de partida, necesarios para emprender con éxito el estudio del leninismo.

Exponer los fundamentos del leninismo no significa aún exponer los fundamentos de la concepción del mundo de Lenin. La concepción del mundo de Lenin y los fundamentos del leninismo no son una y la misma cosa en punto a extensión. Lenin es marxista y la base de su concepción del mundo es, evidentemente, el marxismo. Pero de esto no se deduce, en modo alguno, que la exposición del leninismo haya de comenzar con la de los fundamentos del marxismo. Exponer el leninismo es exponer lo que hay de peculiar y de nuevo en los trabajos de Lenin, lo aportado por Lenin al arsenal general del marxismo y lo que va, naturalmente, unido a su nombre. Sólo en este sentido hablaré yo, en mis conferencias, de los fundamentos del leninismo.

¿Qué es el leninismo?

Unos dicen que el leninismo es la aplicación del marxismo a las condiciones peculiares de la situación rusa. Esta definición contiene una parte de verdad, pero dista mucho de encerrar toda la verdad. Es cierto que Lenin aplicó el marxismo a la realidad de Rusia, y lo aplicó de un modo magistral. Pero si el leninismo no fuese más que la aplicación del marxismo a la situación peculiar de Rusia, el leninismo sería un fenómeno pura y exclusivamente nacional, pura y exclusivamente ruso. Y, sin embargo, sabemos que el leninismo es un fenómeno internacional,

que radica en todo el desarrollo internacional, y no un fenómeno exclusivamente ruso. He aquí por qué yo entiendo que esta definición peca de unilateral.

Otros dicen que el leninismo es la restauración de los elementos revolucionarios del marxismo de la década del 40 del siglo XIX, a diferencia del marxismo de años posteriores, que, según ellos, se moderó y dejó de ser revolucionario. Si prescindimos de esta división estúpida y vulgar de la teoría de Marx en dos partes, una revolucionaria y otra moderada, hay que reconocer que incluso en esta definición, completamente defectuosa e insatisfactoria, se contiene una parte de verdad. Esta parte de verdad consiste en que Lenin resucitó realmente el contenido revolucionario del marxismo, enterrado por los oportunistas de la Segunda Internacional. Pero esto no es más que una parte de verdad. La verdad entera sobre el leninismo consiste en que no sólo resucitó el marxismo, sino que, además, lo hizo avanzar, prosiguiendo el desarrollo del marxismo bajo las nuevas condiciones del capitalismo y de la lucha de clases del proletariado.

¿Qué es, pues, en fin de cuentas, el leninismo?

El leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria. O más exactamente: el leninismo es la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado en particular. Marx y Engels actuaron en el período prerrevolucionario (nos referimos a la revolución proletaria), en que aún no existía un imperialismo desarrollado, en un período de preparación de los proletarios para la revolución, en un período en que la revolución proletaria no era aún directa y prácticamente inevitable. En cambio, Lenin, discípulo de Marx y Engels, actuó en el período del imperialismo desarrollado, en el período en que se despliega la revolución proletaria, cuando la revolución proletaria triunfa ya en un país, destruye la democracia burguesa e inaugura la era de la democracia proletaria, la era de los Soviets.

He aquí por qué el leninismo es un nuevo desarrollado del marxismo.

Suele señalarse el carácter extraordinariamente combativo y extraordinariamente revolucionario del leninismo. Esto es absolutamente exacto. Pero esta particularidad del leninismo se explica por dos causas: primera, porque el leninismo brotó de la revolución proletaria, cuyo sello no puede por menos de ostentar; segunda, porque creció y se fortaleció en las refriegas contra el oportunismo de la Segunda Internacional, la lucha contra el cual ha sido y sigue siendo la condición previa necesaria para luchar con éxito contra el capitalismo. No hay que olvidar que entre Marx y Engels, de una parte, y de otra Lenin, media todo un período de predominio indiviso del oportunismo de la Segunda Internacional, la lucha implacable contra el cual no podía por menos de ser uno de los objetivos más importantes del leninismo.

LAS RAICES HISTORICAS DEL LENINISMO

El leninismo creció y se formó bajo las condiciones del imperialismo, en que las contradicciones del capitalismo llegaron a su grado extremo, en que la revolución proletaria se convirtió en una cuestión práctica inmediata, en que el antiguo período de preparación de la clase obrera para la revolución llegó a su tope y se transformó en el nuevo período de asalto directo contra el capitalismo.

Lenin calificaba el imperialismo de «capitalismo agonizante». ¿Por qué? Porque el imperialismo lleva las contradicciones del capitalismo a su último límite, al límite extremo, detrás del cual empieza la revolución. Entre estas contradicciones hay tres que deben ser consideradas como las más importantes.

La **primera contradicción** es la contradicción entre el trabajo y el capital. El imperialismo es la omnipotencia de los trusts y los consorcios monopolistas, de los Bancos y la oligarquía financiera en los países industriales. Para luchar contra esta omnipotencia resultaban completamente ineficaces los métodos habituales de la clase obrera: los Sindicatos y las Cooperativas, los partidos parlamentarios y la lucha parlamentaria. O te entregas a merced del capital, vegetas a la antigua, rebajándote cada vez más, o echas mano de un arma nueva: así planteaba la cuestión el imperialismo a las masas de millones de proletarios. El imperialismo lleva a la clase obrera a la revolución.

La **segunda contradicción** es la contradicción entre los distintos grupos financieros y las potencias imperialistas en su lucha por las fuentes de materias primas, por los territorios pertenecientes a otros. El imperialismo es la exportación de capital a las fuentes de materias primas, la lucha feroz por la posesión monopolista de estas fuentes, la lucha por un nuevo reparto del mundo ya distribuido, lucha mantenida de un modo especialmente encarnizado por los nuevos grupos financieros y por las potencias que buscan un «puesto bajo el sol», contra los viejos grupos y potencias, tenazmente aferrados a sus usurpaciones. Esta lucha feroz entre los distintos grupos capitalistas es notable en cuanto encierra como elemento inevitable las guerras capitalistas, las guerras por la conquista de territorios ajenos. Y, a su vez, esta circunstancia es también notable porque conduce al mutuo debilitamiento de los imperialistas, al

debilitamiento de las posiciones del capitalismo en general, al acercamiento del momento de la revolución proletaria, a la necesidad práctica de esta revolución.

La **tercera contradicción** es la contradicción entre un puñado de naciones «civilizadas» dominadoras y los centenares de millones de hombres del mundo de los pueblos coloniales y dependientes. El imperialismo es la explotación más descarada, la opresión más inhumana de los centenares de millones de hombres que forman la población de las vastísimas colonias y países dependientes. El objetivo de esta explotación y de esta opresión es la obtención de superganancias. Pero para explotar estos países el imperialismo se ve obligado a construir en ellos ferrocarriles, fábricas y talleres, centros industriales y comerciales. La aparición de la clase de los proletarios, la formación de una intelectualidad local, el despertar de la conciencia nacional, el incremento del movimiento de liberación, son otros tantos resultados inevitables de esta «política». El incremento del movimiento revolucionario en todas las colonias y países dependientes sin excepción, atestigua esto de un modo palmario. Esta circunstancia es importante para el proletariado en el sentido de que mina en sus raíces las posiciones del capitalismo, convirtiendo a las colonias y a los países dependientes, de reservas del imperialismo en reservas de la revolución proletaria.

Tales son, en general, las contradicciones principales del imperialismo, que han convertido el antiguo capitalismo «floreciente» en un capitalismo agonizante.

La importancia de la guerra imperialista desencadenada hace diez años estriba, entre otras cosas, en que reunió en un haz todas estas contradicciones y las echó sobre la balanza, acelerando y facilitando con ello las batallas revolucionarias del proletariado.

Dicho en otros términos: el imperialismo ha hecho no sólo que la revolución se convirtiera en algo prácticamente inevitable, sino que se hayan creado las condiciones favorables para el asalto directo a la fortaleza del capitalismo.

Tal es la situación internacional que ha engendrado el leninismo.

Todo esto está bien, se nos dirá. Pero ¿qué tiene que ver con esto Rusia, que no era ni podía ser del país clásico del imperialismo? ¿Qué tiene que ver con esto Lenin, que actuó ante todo en Rusia y para Rusia? ¿Por qué fué precisamente Rusia el hogar del leninismo, la cuna de la teoría y de la táctica de la revolución proletaria?

Porque Rusia era el punto de convergencia de todas estas contradicciones del imperialismo.

Porque Rusia llevaba en su seno la revolución más que ningún otro país del mundo, lo que hacía que sólo ella se hallase en condiciones de resolver estas contradicciones por la vía revolucionaria.

Empezando porque la Rusia zarista era el hogar de todo género de opresión — la capitalista, la colonial y la militar —, en su forma más bárbara y más inhumana. ¿Quién ignora que en Rusia la omnipotencia del capital iba unida al despotismo zarista, a la agresividad del nacionalismo ruso, a la conducta de verdugo del zarismo para con los pueblos no rusos, a la explotación de regiones enteras — Turquía, Persia, China —, a la anexión de estas regiones por el zarismo, a las guerras anexionistas? Lenin tenía razón cuando decía que el zarismo era el

«imperialismo militar-feudal». El zarismo era la condenación de los lados más negativos del imperialismo, elevados al cuadrado.

La Rusia zarista era, además, la reserva más importante del imperialismo occidental, no sólo en el sentido de que daba libre acceso al capital extranjero, que tenía en sus manos ramas tan decisivas de la Economía nacional rusa como los combustibles y la metalurgia, sino también en el sentido de que podía poner a disposición de los imperialistas occidentales millones de soldados. Basta recordar el ejército ruso de doce millones de hombres, que derramaban su sangre en los frentes imperialistas para asegurar las ganancias fabulosas de los capitalistas anglo-franceses.

Además, el zarismo era, no sólo el mastín de presa del imperialismo en el Oriente de Europa, sino también el agente del imperialismo occidental para estrujar a la población centenares de millones de intereses por los empréstitos que le facilitaban en París y Londres, en Berlín y Bruselas.

Finalmente, el zarismo era el aliado más fiel del imperialismo occidental para el reparto de Turquía, de Persia, de China, etc. ¿Quién ignora que el zarismo libraba la guerra imperialista aliado a los imperialistas de la «Entente» y que Rusia era un elemento esencial en esta guerra?

He aquí por qué los intereses del zarismo y del imperialismo occidental se entretreían entre sí, fundiéndose, en fin de cuentas, en la pelota única de los intereses del imperialismo. ¿Acaso podía el imperialismo de Occidente resignarse a la pérdida de un puntal tan poderoso en Oriente y de una reserva tan rica en fuerzas y en recursos como era la vieja Rusia zarista y burguesa, sin poner a prueba todas sus fuerzas para librar una lucha a muerte contra la revolución rusa, a fin de defender y conservar el zarismo? ¡Naturalmente que no!

Pero de aquí se desprende que quien quisiera pegar al zarismo levantaba inevitablemente el brazo contra el imperialismo, que quien se sublevase contra el zarismo tenía que sublevarse también contra el imperialismo, pues al derribar al zarismo, si pensaba en serio no sólo en destruirlo, sino en acabar con él sin dejar restos, tenía que derribar también al imperialismo. La revolución contra el zarismo se aproximaba de este modo y tenía necesariamente que transformarse en revolución contra el imperialismo, en revolución proletaria.

Entretanto, se preparaba en Rusia una grandiosa revolución popular, a cuyo frente se hallaba el proletariado más revolucionario del mundo, un proletariado que tenía a su disposición a un aliado tan importante como los campesinos revolucionarios de Rusia. ¿Hace falta acaso demostrar que una revolución así no podía quedarse a mitad de camino, que, en caso de triunfar, tenía que seguir su marcha, levantando la bandera de la insurrección contra el imperialismo?

He aquí por qué Rusia tenía que convertirse en el punto de convergencia de las contradicciones del imperialismo, no sólo en el sentido de que en Rusia precisamente estas contradicciones se ponían de manifiesto con una mayor facilidad a causa de su carácter especialmente monstruoso y especialmente intolerable, y no sólo porque Rusia era el puntal más importante para el imperialismo occidental, el puntal que unía al capital financiero de Occidente con las colonias de Oriente, sino

también porque solamente en Rusia existía una fuerza real capaz de resolver por la vía revolucionaria las contradicciones imperialistas.

Pero de esto se desprende que la revolución rusa no podía dejar de ser proletaria, no podía dejar de revestir, desde los primeros momentos de su desarrollo, un carácter internacional, y no podía, por tanto, dejar de sacudir los mismos cimientos del imperialismo mundial.

¿Acaso los comunistas rusos podían, ante semejante estado de cosas, limitarse en su acción al marco estrechamente nacional de la revolución rusa? ¡Naturalmente que no! Por el contrario, toda la situación, tanto la interior (profunda crisis revolucionaria), como la exterior (la guerra), les empujaba a salirse en su labor de ese marco, a llevar la lucha a la palestra internacional, a poner al desnudo las llagas del imperialismo, a demostrar el carácter inevitable de la bancarrota del capitalismo, a batir al socialchovinismo y al socialpacifismo y, por último, a derribar el capitalismo dentro de su país y a forjar para el proletariado un arma nueva de lucha, la teoría y la táctica de la revolución proletaria, con el fin de facilitar a los proletarios de todos los países la labor de derrocar el capitalismo. Los comunistas rusos no podían obrar de otro modo, pues sólo por este camino se podía contar con que se produjesen en la situación internacional determinados cambios, capaces de garantizar a Rusia contra la restauración del orden burgués.

He aquí por qué Rusia se convirtió en el hogar del leninismo, y el jefe de los comunistas rusos, Lenin, en su creador.

Con Rusia y con Lenin «aconteció» en este punto aproximadamente lo mismo que con Alemania y con Marx y Engels en la década del 40 del siglo pasado. Alemania llevaba en su entraña, como la Rusia de comienzos del siglo XX, la revolución burguesa. Por entonces, Marx escribió en el *Manifiesto Comunista*:

« Los comunistas fijan su principal atención en Alemania, porque este país se halla en vísperas de una revolución burguesa, y porque llevará a cabo esta revolución bajo las condiciones más progresivas de la civilización europea en general, y con un proletariado mucho más desarrollado que Inglaterra en el siglo XVII y Francia en el XVIII, y porque, por lo tanto, la revolución burguesa alemana no puede ser más que el preludio de la revolución proletaria. »

Dicho en otros términos: el centro del movimiento revolucionario se desplazaba a Alemania.

¿Puede dudarse acaso que esta circunstancia que Marx apuntaba en el pasaje citado fué precisamente la causa probable de que Alemania fuese la cuna del socialismo científico y los jefes del proletariado alemán, Marx y Engels, sus creadores?

Pues lo mismo hay que decir, sólo que en mayor grado todavía, de la Rusia de comienzos del siglo XX. En este período, Rusia se hallaba en vísperas de la revolución burguesa y tenía que llevar a cabo esta revolución en las condiciones más progresivas de Europa, y con un proletariado más desarrollado que en Alemania (y no digamos en Inglaterra y Francia), cuando todo indicaba que esta revolución debía

servi. de fermento y prólogo a la revolución proletaria. No puede ser considerado como casual el hecho de que ya en 1902, cuando la revolución rusa estaba todavía en sus comienzos, Lenin escribiese en su folleto ¿Qué hacer? estas palabras proféticas:

«La historia ha planteado ante nosotros (es decir, ante los marxistas rusos. — J. St.) una tarea inmediata, que es la más revolucionaria de todas las tareas inmediatas del proletariado de cual otro país...» «...La ejecución de esta tarea, la destrucción del baluarte más poderoso, no sólo de la reacción europea, sino también de la reacción asiática, haría del proletariado ruso la vanguardia del proletariado revolucionario internacional.» (Obras completas, ed. rusa, t. IV, página 382.)

Dicho en otros términos: el centro del movimiento revolucionario debía desplazarse a Rusia.

Sabido es que el desarrollo de la revolución rusa ha justificado con creces esta predicción de Lenin.

¿Tiene, después de esto, nada de asombroso que el país que ha llevado a cabo semejante revolución y que tiene semejante proletariado fuese la cuna de la teoría y la táctica de la revolución proletaria?

¿Tiene nada de asombroso que el jefe de este proletariado, Lenin, fuese, a la par, el creador de esa teoría y de esta táctica y el jefe del proletariado internacional?

EL MÉTODO

He dicho más arriba que entre Marx y Engels, de un lado, y de otro Lenin media todo un período de predominio del oportunismo de la Segunda Internacional. En gracia a la exactitud, debo añadir que, al decir esto, no me refiero a un predominio formal, sino solamente a su predominio efectivo. Formalmente, el frente de la Segunda Internacional estaban los marxistas «fieles», los «ortodoxos»: Kautsky y otros. Sin embargo, en realidad, al labor fundamental de la Segunda Internacional seguía la línea del oportunismo. Los oportunistas, adaptables y pequeño-burgueses por naturaleza, se adaptaban a la burguesía; a su vez, los «ortodoxos» se adaptaban a los oportunistas, en gracia al «mantenimiento de la unidad» con ellos, a la «paz dentro del partido». Resultado de esto era el predominio del oportunismo, pues entre la política de la burguesía y la de los «ortodoxos» se forjaba una cadena cerrada.

Fué éste un período de desarrollo relativamente pacífico del capitalismo, el período de la anteguerra, por decirlo así, en que las contradicciones catastróficas del imperialismo no conseguían aún revelarse con plena evidencia, en que las huelgas económicas de los obreros y los sindicatos se desenvolvían más o menos «normalmente», en que se obtenían triunfos «vertiginosos» en la lucha electoral y en la actuación de las fracciones parlamentarias, en que as formas legales de lucha se ensalzaban hasta las nubes y se creía «matar» al capitalismo con la legalidad; en una palabra, un período en el que los partidos de la Segunda Internacional se enmohecían y no se quería pensar seriamente en la revolución, en la dictadura del proletariado, en la educación revolucionaria de las masas.

En vez de una teoría revolucionaria completa, tesis teóricas contradictorias y fragmentos de teorías, apartadas de la lucha revolucionaria viva de las masas y que se habían convertido en dogmas caducos. Para guardar las apariencias, se recordaba, naturalmente, la teoría de Marx, pero era con el fin de castrarla de su espíritu revolucionario vivo.

En vez de una política revolucionaria, un filisteísmo flacio y una politiquería sensata; diplomacia y combinaciones parlamentarias. Para guardar las apariencias se adoptaban, naturalmente, acuerdos y con-

signas «revolucionarias», pero era con el fin de guardarlas en el fondo de un cajón.

En vez de educar al partido y enseñarle una táctica revolucionaria acertada a base de sus propios errores, se esquivaban cuidadosamente los problemas espinosos, se los disimulaba y se los encubría. Para guardar las apariencias, no se negaban, naturalmente, a hablar a veces de estos problemas punzantes, pero era con el fin de liquidar el asunto con una resolución «elástica» cualquiera.

He aquí cuáles eran la fisonomía de la Segunda Internacional, sus métodos de trabajo, su arsenal.

Entretanto, acercábase un nuevo período de guerras imperialistas y de luchas revolucionarias del proletariado. Los antiguos métodos de lucha acreditábanse, evidentemente, como ineficaces e impotentes ante la omnipotencia del capital financiero.

Era necesario revisar toda la labor de la Segunda Internacional, todos sus métodos de trabajo, acabando con el filisteísmo, la estrechez mental, la politiquería, la renegación, el socialchovinismo, el social-pacifismo. Era necesario revisar todo el arsenal de la Segunda Internacional, extirpar lo herrumbroso y caduco, forjar nuevos tipos de armas. Sin esta labor previa, no había que pensar en lanzarse a la guerra contra el capitalismo. Sin esto, el proletariado corría el riesgo de encontrarse mal armado o incluso totalmente desarmado ante la faz de nuevos encuentros revolucionarios.

Correspondió al leninismo el honor de llevar a cabo esta revisión general y esta limpieza general de los establos de Augias de la Segunda Internacional.

Tales fueron las condiciones en que nació y se forjó el método del leninismo.

¿En qué estriban las exigencias de este método?

Primero: En la revisión de los dogmas teóricos de la Segunda Internacional bajo el fuego de la lucha revolucionaria de las masas, bajo el fuego de la práctica viva; es decir, en restablecer la unidad rota entre la teoría y la práctica, en liquidar el divorcio existente entre ellas, pues sólo así se puede crear un partido verdaderamente proletario, pertrechado con una teoría revolucionaria.

Segundo: En la revisión de la política de los partidos de la Segunda Internacional, no atendiendo a sus consignas y resoluciones (a las que no se puede dar ningún crédito), sino a sus hechos, a sus actos, pues sólo así se puede conquistar y merecer la confianza de las masas proletarias.

Tercero: En la reorganización de toda la labor del Partido sobre una base revolucionaria nueva, en el sentido de educar y preparar a las masas para la lucha revolucionaria, pues sólo así se puede preparar a las masas para la revolución proletaria.

Cuarto: En la autocrítica de los partidos proletarios, en enseñarlos y educarlos sobre la base de sus propios errores, pues sólo así se pueden formar los verdaderos cuadros y los verdaderos jefes del Partido. Tales son los fundamentos y la esencia del método del leninismo.

¿Cómo se ha aplicado este método en la práctica?

Los oportunistas de la Segunda Internacional tienen una serie de

dogmas teóricos, que toman siempre como punto de partida. He aquí algunos de ellos:

Primer dogma: Sobre las condiciones de la toma del Poder por el proletariado. Los oportunistas afirman que el proletariado no puede ni debe tomar el Poder si no forma la mayoría dentro del país. No se aduce ninguna prueba, pues no es posible justificar, ni teórica ni prácticamente, esta absurda tesis. Admitamos que sea así, contesta Lenin a los señores de la Segunda Internacional. Pero si se produce una situación histórica (guerra, crisis agraria, etc.), en la cual el proletariado, que forma la minoría de la población, tiene la posibilidad de agrupar en torno suyo a la mayoría de las masas trabajadoras, ¿por qué no ha de tomar el Poder? ¿Por qué el proletariado no ha de aprovechar una situación internacional e interior favorable para romper el frente del capital y acelerar el desenlace general? ¿Acaso no dijo ya Marx, en la década del 50 del siglo pasado, que la revolución proletaria en Alemania podría marchar «magníficamente» si fuese posible apoyar a la revolución proletaria por medio «de una segunda edición, por decirlo así, de la guerra campesina»? ¿No sabe acaso todo el mundo que en Alemania había en aquel entonces relativamente menos proletarios que, por ejemplo, en Rusia en 1917? ¿Acaso la experiencia de la revolución proletaria rusa no ha puesto de manifiesto que este dogma favorito de los héroes de la Segunda Internacional no tiene la menor significación vital para el proletariado? ¿Acaso no es evidente que la experiencia de la lucha revolucionaria de las masas quita de en medio y liquida este dogma caduco?

Segundo dogma: El proletariado no puede mantenerse en el Poder si no se dispone de una cantidad suficiente de cuadros culturales y administrativos preparados, capaces de organizar la administración del país. Primero, hay que preparar estos cuadros bajo las condiciones del capitalismo, y luego tomar el Poder. Admitámoslo, contesta Lenin. Pero ¿por qué no se puede dar la vuelta a la cosa, tomando primero el Poder, creando las condiciones favorables para el desarrollo del proletariado, y luego avanzar a pasos agigantados hacia la elevación del nivel cultural de las masas trabajadoras, hacia la preparación de numerosos cuadros obreros de dirigentes y administradores? ¿Acaso la experiencia de Rusia no ha demostrado que bajo el Poder proletario los cuadros obreros de dirigentes se forman de un modo cien veces más rápido y fundamental que bajo el Poder capitalista? ¿Acaso no es evidente que la realidad de la lucha revolucionaria de las masas destruye también implacablemente este dogma teórico de los oportunistas?

Tercer dogma: El método de la huelga general política es inaceptable para el proletariado, pues es teóricamente insostenible (véase la crítica de Engels), prácticamente peligroso (puede desorganizar la marcha habitual de la vida económica del país y puede dejar vacías las cajas de los sindicatos) y no puede sustituir a las formas parlamentarias de lucha, que son la forma principal de la lucha de clases del proletariado. Bien, contestan los leninistas. Pero, en primer lugar, Engels no criticó toda huelga general, sino un determinado tipo de huelga general: la huelga general económica de los anarquistas, preconizada por éstos en sustitución de la lucha política del proletariado. ¿Qué tiene que ver con esto el método de la huelga general política? En segundo

lugar, ¿quién y dónde ha demostrado que la forma parlamentaria sea la forma principal de lucha del proletariado? ¿Acaso la historia del movimiento revolucionario no demuestra que la lucha parlamentaria no es más que una escuela y un medio auxiliar para la organización de la lucha extraparlamentaria del proletariado, que bajo el capitalismo las cuestiones fundamentales del movimiento obrero se dirimen por la fuerza, por la lucha directa de las masas proletarias por la huelga general, por la insurrección? En tercer lugar, ¿de dónde se ha tomado esa de la sustitución de la lucha parlamentaria por el método de la huelga general política? ¿Dónde ni cuándo han intentado los partidarios de la huelga general política sustituir las formas parlamentarias de lucha por las formas de lucha extraparlamentarias? En cuarto lugar, ¿acaso la revolución rusa no ha demostrado que la huelga general política es la más grandiosa escuela de la revolución proletaria y un medio insustituible para movilizar y organizar a las masas más extensas del proletariado en vísperas del asalto a la fortaleza del capitalismo? ¿A qué vienen esas lamentaciones filisteas sobre la alteración de la marcha normal de la vida económica y sobre las cajas de los sindicatos? ¿Acaso no es evidente que la experiencia de la lucha revolucionaria destruye también este dogma de los oportunistas? Y así sucesivamente.

He aquí por qué Lenin decía que «la teoría revolucionaria no es un dogma», que «sólo se forma definitivamente en íntima relación con la práctica de un movimiento que sea realmente de masas, realmente revolucionario» (*La enfermedad infantil del comunismo*), pues la teoría debe servir a la práctica, «debe dar solución a los problemas planteados por la práctica» (*Quiénes son los amigos del pueblo*), debe contrastarse sobre los datos de la práctica.

Por lo que se refiere a las consignas políticas y a los acuerdos políticos de los partidos de la Segunda Internacional, basta recordar la historia de la consigna ¡*Guerra a la guerra!* para comprender todo lo que hay de falso, todo lo que hay de podrido en la práctica política de estos partidos, que cubren su obra antirrevolucionaria con pomposas consignas y resoluciones revolucionarias. Todo el mundo recuerda la ostentosa manifestación hecha por la Segunda Internacional en el Congreso de Basilea, en la que se amenaza a los imperialistas con todos los horrores de la insurrección si los imperialistas se decidían a iniciar la guerra y en la que se lanzaba la consigna amenazadora de ¡*Guerra a la guerra!* Pero ¿quién no recuerda que, poco tiempo después, ante el comienzo mismo de la guerra, la resolución de Basilea fué archivada, dándose a los obreros una nueva consigna: la de exterminarse mutuamente en aras de la patria capitalista? ¿Acaso no es evidente que las resoluciones y las consignas revolucionarias no tienen ningún valor si no las fortalecen los hechos? No hay más que comparar la política leninista de transformación de la guerra imperialista en guerra civil con la política de traición de la Segunda Internacional durante la guerra, para comprender toda la trivialidad de los politicastros del oportunismo y toda la grandeza del método leninista. No podemos por menor de reproducir aquí un pasaje tomado del libro de Lenin *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, en el que aquél fustiga duramente la tentativa del líder de la Segunda Internacional, C. Kautsky, de juzgar

a los partidarios no por sus hechos, sino por sus consignas estampadas sobre el papel y por sus documentos:

«Kautsky lleva a cabo una política típicamente pequeño-burguesa, filistea..., imaginándose que con lanzar una consigna cambian las cosas. Toda la historia de la democracia burguesa pone al desnudo esta ilusión: para engañar al pueblo, los demócratas burgueses han lanzado y lanzan siempre todas las consignas imaginables. El asunto está en comprobar su sinceridad, en comparar las palabras con los hechos, en no contentarse con frases idealistas o charlatanescas, sino indagar la realidad de clase.» (*Obras completas*, tomo XXIII, pág. 377.)

Y no hablo ya del miedo de los partidos de la Segunda Internacional a la autocrítica, de su modo de ocultar sus errores, de velar los problemas espinosos, de disimular sus defectos con falsas ostentaciones de gozo, embotando el pensamiento vivo y frenando la obra de educar revolucionariamente al Partido sobre la base de sus propios errores, manera que Lenin ridiculizó y clavó en la picota. He aquí lo que en su folleto *El extremismo, enfermedad infantil del comunismo*, escribía Lenin acerca de la autocrítica en los partidos proletarios:

«La actitud que un partido político adopta ante sus errores es uno de los criterios más importantes y más seguros para juzgar la seriedad de este partido y ver si cumple realmente sus deberes hacia su clase y hacia las masas trabajadoras. Reconocer francamente el error, poner al descubierto sus causas, analizar las condiciones que lo engendraron, examinar atentamente los medios para corregirlo: he aquí el criterio de la seriedad de un partido, he aquí lo que es cumplir con sus deberes, he aquí lo que es educar y enseñar a la clase y luego a las masas.» (*Obras completas*, tomo XXV, pág. 201.)

Otros dicen que el poner al descubierto los propios errores y el emplear la autocrítica es peligroso para el Partido, pues de ello pueden aprovecharse los adversarios contra el partido proletario. Lenin no reputa serias, sino completamente falsas semejantes objeciones. He aquí lo que ya en 1904, en su folleto *Un paso adelante, dos pasos atrás*, cuando nuestro Partido era aún débil e insignificante, decía a propósito de esto:

«Observando nuestras discordias, se alegrarán malévolamente y harán muecas (los adversarios del marxismo.-J. St.); procurarán, naturalmente, sacar para sus fines los pasajes aislados de mi folleto dedicados a los defectos y a las faltas de nuestro Partido. Los socialdemócratas rusos están ya lo bastante fogueados en los combates para no hacer ningún caso de estos pellizcos y proseguir, a pesar de ello, su labor de autocrítica y de desenmascaramiento implacable de sus propios defectos, que serán indefectible e inevitablemente

vencidos por el desarrollo del movimiento obrero.» (Obras completas, t. VI, pág. 161.)

Tales son, en general, los rasgos característicos del método del leninismo.

Lo que aporta el método de Lenin se contenía ya, en lo fundamental, en la doctrina de Marx, que, según la expresión de Marx, es «por su esencia crítica y revolucionaria». Este espíritu crítico y revolucionario es precisamente el que impregna desde el principio hasta el fin el método de Lenin. Pero sería falso creer que el método de Lenin no es más que una simple restauración de lo aportado por Marx. En realidad, el método de Lenin no se limita a restaurar, sino que además concreta y sigue desarrollando el método crítico y revolucionario de Marx, su dialéctica materialista.

LA TEORÍA

Tomo de este tema tres problemas: a) sobre la importancia de la teoría para el movimiento proletario; b) sobre la crítica de la teoría de la espontaneidad, y c) sobre la teoría de la revolución proletaria.

1.—Sobre la importancia de la teoría

Hay quien cree que el leninismo es la primacía de la práctica sobre la teoría, en el sentido de que lo principal en él es la aplicación a la práctica de las tesis marxistas, la realización de estas tesis, y que, en lo que respecta a la teoría, el leninismo no se preocupa gran cosa, al parecer, de esto. Es sabido que Plejanof se burló más de una vez de la *despreocupación* de Lenin en punto a la teoría y en especial a la filosofía. Y es sabido también que muchos de los leninistas prácticos de hoy no son muy dados a la teoría, por efecto, sobre todo, de la incesante labor práctica que las circunstancias les obligan a desplegar. He de declarar que esta opinión, por demás extraña, que se tiene de Lenin y del leninismo, es completamente falsa y no corresponde en modo alguno a la realidad y que la tendencia de los prácticos a prescindir de la teoría va en contra de todo el espíritu del leninismo y encierra grandes peligros para la causa.

La teoría es la experiencia del movimiento obrero de todos los países, tomada en su aspecto general. Naturalmente, la teoría deja de tener objeto cuando no se halla vinculada a la práctica revolucionaria, exactamente del mismo modo que la práctica es ciega si la teoría revolucionaria no alumbró su camino. Pero la teoría puede convertirse en una formidable fuerza del movimiento obrero si esta teoría se forma en indisoluble relación con la práctica revolucionaria, pues ella y sólo ella puede infundir al movimiento la seguridad, la fuerza de orientación y la comprensión de las condiciones internas de los acontecimientos que nos rodean; pues ella y sólo ella puede ayudar a la práctica a comprender, no sólo cómo y hacia dónde se mueven las clases en el momento actual, sino también cómo y hacia dónde habrán de moverse en un futuro inmediato.

¿Quién sino Lenin dijo y repitió decenas de veces la conocida tesis de que

« sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario? » (Obras completas, ed. rusa, t. IV, página 380).

Lenin comprendía mejor que nadie la gran importancia de la teoría, sobre todo para un Partido como el nuestro, llamado a desempeñar el papel de luchador de vanguardia del proletariado internacional, que le ha cabido en suerte, y ante la complicada situación interior e internacional que le rodea. Previendo ya en 1902 este papel especial de nuestro Partido, Lenin consideraba ya entonces necesario recordar que

« el papel de luchador de vanguardia sólo puede desempeñarlo un Partido dirigido por una teoría de vanguardia » (*) (lugar citado).

¿Hace falta acaso demostrar que ahora, en que el pronóstico de Lenin sobre el papel de nuestro Partido se ha convertido en realidad, esta tesis de Lenin adquiere una fuerza y una importancia especiales?

Acaso pudiera considerarse cómo la expresión más acusada de la alta importancia que Lenin asignaba a la teoría el hecho de que él mismo se encargase de realizar una tarea tan seria como la de generalizar desde el punto de vista de la filosofía materialista lo más importante de cuanto la ciencia había aportado durante el período comprendido entre Engels y Lenin y de criticar en todos sus aspectos las corrientes antimaterialistas difundidas entre los marxistas. « Con cada nuevo gran descubrimiento, el materialismo debe asumir un nuevo aspecto », decía Engels. Es sabido que no fué sino Lenin quien llevó a cabo esta labor respecto a su época, en su notable libro *Materialismo y empirio-criticismo*. Y es sabido que Plejanof, que gustaba de burlarse de la «despreocupación» de Lenin por la filosofía, no se decidió siquiera a abordar seriamente la solución de semejante tarea.

2.—Crítica de la “teoría” de la espontaneidad, o sobre el papel de la vanguardia en el movimiento

La «teoría» de la espontaneidad es la teoría del oportunismo, la teoría que consiste en inclinarse ante la espontaneidad del movimiento obrero, la teoría que niega de hecho el papel dirigente de la vanguardia de la clase obrera, del partido de la clase obrera.

La teoría que consiste en inclinarse ante la espontaneidad es una teoría decididamente contraria al carácter revolucionario del movimiento obrero, contraria a que se oriente a éste por el camino de la lucha contra los fundamentos del capitalismo; aboga por que este movimiento se oriente exclusivamente por la senda de las reivindicaciones «posibles», «aceptables» para el capitalismo, aboga en absoluto por la «línea de la menor resistencia». La teoría de la espontaneidad es la ideología del tradeunionismo.

(*) Subrayado por mí. (J. St.)

La teoría que consiste en inclinarse ante la espontaneidad es resueltamente contraria a que se imprima al movimiento espontáneo un carácter consciente con arreglo a un plan, es contraria a que el Partido marche al frente de la clase obrera, a que el Partido eleve a las masas a un nivel consciente, a que el Partido dirija el movimiento; aboga por que los elementos conscientes del movimiento no impidan a éste seguir su camino, ~~aboga~~ por que el Partido no haga más que estar atento al movimiento espontáneo y marche a la zaga de éste. La teoría de la espontaneidad es la teoría que consiste en menoscabar el papel del elemento consciente dentro del movimiento, es la ideología del «ir a la zaga», base lógica de todo oportunismo.

Prácticamente, esta teoría, que entró en escena ya antes de la primera revolución rusa, llevaba a sus partidarios, los llamados «economistas», a negar en Rusia la necesidad de un partido obrero independiente, a manifestarse en contra de la lucha revolucionaria de la clase obrera por el derrocamiento del zarismo, a predicar una política tradeunionista en el movimiento obrero y, en general, a entregar la hegemonía del movimiento obrero a la burguesía liberal.

La lucha de la vieja «Iskra» y la brillante crítica de la teoría de «ir a la zaga», hecha por Lenin en su folleto *¿Qué hacer?*, no sólo derrotaron al llamado «economismo», sino que, además, echaron las bases teóricas para un movimiento realmente revolucionario de la clase obrera rusa.

Sin esta lucha no hubiera podido ni siquiera pensarse en crear en Rusia un partido obrero independiente, ni en el papel dirigente de éste en la Revolución.

Pero la teoría que consiste en inclinarse ante la espontaneidad no es un fenómeno exclusivamente ruso. Esta teoría se halla extendidísima, cierto es que bajo una forma algo distinta, en todos los partidos de la Segunda Internacional sin excepción. Me refiero, al decir esto, a la llamada teoría de las «fuerzas productivas», vulgarizada por los líderes de la Segunda Internacional, teoría que lo justifica todo y reconcilia a todos, que comprueba los hechos y los explica cuando ya todo el mundo está harto de ellos y, después de comprobarlos, se queda tan tranquila. Marx decía que la teoría materialista no puede limitarse a interpretar el mundo, sino que además debe transformarlo. Pero los Kautsky y compañía no hacen el menor caso de esto y prefieren quedarse con la primera parte de la fórmula de Marx. He aquí uno de los numerosos ejemplos de aplicación de esta «teoría». Dícese que, en vísperas de la guerra imperialista, los partidos de la Segunda Internacional amenazaban con declarar la «guerra a la guerra» en el caso de que los imperialistas la iniciasen. Dícese que, en vísperas de la guerra, estos partidos escamotearon la consigna de «¡guerra a la guerra!», llevando luego a la práctica la consigna contraria, de «¡guerra por la patria imperialista!». Dícese que este cambio de consignas causó millones de víctimas entre los obreros. Pero sería un error creer que nadie tuvo la culpa de esto, que nadie fué infiel o traidor a la clase obrera. ¡Nada de eso! Ocurrió lo que tenía que ocurrir. En primer lugar, porque la Internacional es «un instrumento de paz» y no de guerra; y, en segundo lugar, porque, dado el «estado de desarrollo de las fuerzas productivas» de aquel entonces, no podía hacerse otra cosa. La «culpa» la tienen las «fuerzas

productivas». Así «nos» lo explica, exactamente, la «teoría de las fuerzas productivas» del señor Kautsky. Y quien no crea en esta «teoría», no es marxista. ¿El papel de los partidos? ¿Su importancia en el movimiento? Pero ¿qué puede hacer un partido ante un factor tan decisivo como el «nivel de las fuerzas productivas»?...

Podríamos citar un montón de ejemplos de falsificaciones del marxismo semejantes a ésta.

¿Hace falta acaso demostrar que este «marxismo» falsificado, destinado a cubrir las desnudeces del oportunismo, no es más que una variante a la europea de aquella misma teoría del «ir a la zaga», combatir por Lenin ya antes de la primera revolución rusa?

¿Hace falta acaso demostrar que el destruir esta falsificación teórica es condición preliminar para la creación en Occidente de partidos verdaderamente revolucionarios?

3.—La teoría de la revolución proletaria

La teoría leninista de la revolución proletaria parte de tres tesis fundamentales.

Primera tesis.—La dominación del capital financiero en los países adelantados del capitalismo; la emisión de títulos y valores, como la operación más importante del capital financiero; la exportación de capital a las fuentes de materias primas, como una de las bases del imperialismo; la omnipotencia de la oligarquía financiera, como resultado de la dominación del capital financiero: todos estos hechos ponen al descubierto el carácter burdamente parasitario del capitalismo monopolista, hacen cien veces más sensible el yugo de los trusts y los consorcios capitalistas, acrecientan la indignación de la clase obrera contra los fundamentos del capitalismo, conducen a las masas hacia la revolución proletaria como única salvación. (Véase la obra de Lenin *El imperialismo, etapa culminante del capitalismo*.)

De aquí se desprende la primera conclusión: agudización de la crisis revolucionaria en los países capitalistas: acumulación de materia explosiva en el frente interior proletario, en las «metrópolis».

Segunda tesis.—La exportación intensificada de capital a los países coloniales y dependientes; el ensanchamiento de las «esferas de influencia» y de los dominios coloniales, hasta llegar a abarcar todo el planeta, la transformación del capitalismo en un *sistema mundial* de esclavización financiera y de opresión colonial de la gigantesca mayoría de la población de la tierra por un puñado de países «adelantados»; todos estos hechos han convertido, de una parte, las Economías nacionales y los territorios nacionales de los distintos países en eslabones de una sola cadena, llamada Economía mundial; de otra parte, han dividido a la población del planeta en dos campos: de un lado, un puñado de países capitalistas «adelantados», que explotan y oprimen a vastos países coloniales y dependientes, y de otro lado una enorme mayoría de países coloniales y dependientes, que se ven obligados a luchar por liberarse del yugo imperialista. (Véase *El imperialismo, etapa culminante del capitalismo*.)

De aquí se desprende la segunda conclusión: agudización de la crisis revolucionaria en los países coloniales, acrecentamiento de los

elementos de indignación contra el imperialismo en el frente exterior, en el frente colonial.

Tercera tesis.—La posesión monopolista de las «esferas de influencia» y de las colonias; el desarrollo desigual de los distintos países capitalistas, que conduce a una lucha furiosa por el nuevo reparto del mundo entre los países que ya se han apoderado de los territorios y los que desean obtener «su parte»; las guerras imperialistas, como único medio de restablecer el «equilibrio» roto; todos estos hechos conducen al reforzamiento del tercer frente, del frente intercapitalista, lo que debilita al imperialismo y facilita la unión de los dos primeros frentes anti-imperialistas, el frente proletario revolucionario y el frente de la liberación colonial. (Véase *El imperialismo, etapa culminante del capitalismo.*)

De aquí se desprende la tercera conclusión: el carácter inevitable de las guerras bajo el imperialismo, y el carácter inevitable de la coalición de la revolución proletaria de Europa con la revolución colonial del Oriente en un sólo frente mundial revolucionario contra el frente mundial del imperialismo.

Lenin sintetiza todas estas conclusiones en una conclusión general:

«El imperialismo es la antesala de la revolución socialista».. () (Obras completas, t. XIX, pág. 71.)*

En consonancia con esto, cambia el modo mismo de abordar el problema de la revolución proletaria, del carácter de ésta, de su extensión y profundidad, y cambia el esquema de la revolución en general.

Antes, el análisis de las premisas de la revolución proletaria se abordaba desde el punto de vista del estado económico de tal o cual país aislado. En la actualidad, este modo de abordar el problema ya no basta. Hoy, hay que tratar el asunto desde el punto de vista del estado económico de todos o de la mayor parte de los países, desde el punto de vista del estado de la Economía mundial, pues ya no existen países aislados y Economías nacionales aisladas que se basten a sí mismas, sino que éstas se han convertido en eslabones de una sola cadena, que se llama Economía mundial, ya que el viejo capitalismo «culto» se ha transformado en el imperialismo, y el imperialismo es un sistema mundial de esclavización financiera y de opresión colonial de la gigantesca mayoría de la población del planeta por un puñado de países «adelantados».

Antes solía hablarse de la existencia o de la ausencia de las condiciones objetivas para la revolución proletaria en países aislados, o, con más exactitud, en tal o cual país desarrollado. Hoy, este punto de vista ya no basta. Hoy hay que hablar de la existencia de condiciones objetivas para la revolución en todo el sistema de la Economía imperialista mundial considerada como un todo, aparte de que la existencia dentro de este sistema de algunos países con un desarrollo industrial insuficiente no puede representar para la revolución un obstáculo insuperable, si el sistema en su conjunto, o para decirlo con más precisión, *puesto que el sistema en su conjunto, está ya maduro para la revolución.*

(*) Subrayado por mí. (J. St.)

Antes solía hablarse de la revolución proletaria en tal o cual país adelantado como una magnitud aislada, que se bastaba a sí misma y se contraponía al frente nacional aislado del capital, como su antípoda. Hoy, este punto de vista ya no basta. Hoy hay que hablar de la revolución proletaria mundial, pues los frentes nacionales aislados del capital se han convertido en otros tantos eslabones de una sola cadena que se llama frente mundial del imperialismo, al cual hay que contraponer el frente general del movimiento revolucionario en todos los países.

Antes se concebía la revolución proletaria como el resultado del desarrollo exclusivamente interior del país en cuestión. Hoy este punto de vista ya no basta. Hoy la revolución proletaria debe concebirse, ante todo, como el resultado del desarrollo de las contradicciones dentro del sistema mundial del imperialismo, como resultado del rompimiento de la cadena del frente mundial imperialista en tal o cual país.

¿Por dónde empezará la revolución, dónde podrá, ante todo, en qué país, romperse el frente del capital?

Allí donde esté más desarrollada la industria, donde el proletariado forme la mayoría, donde haya más cultura, donde haya más democracia, solía contestarse antes.

No, objeta la teoría leninista de la revolución, *no es forzoso que sea allí donde la industria esté más desarrollada*, etc. El frente del capital se romperá allí donde la cadena imperialista sea más débil, pues la revolución proletaria es el resultado del rompimiento de la cadena del frente mundial imperialista por su sitio más débil, y puede ocurrir que el país que haya empezado la revolución, el país que haya roto el frente del capital, esté menos desarrollado capitalistamente que otros países más adelantados que, sin embargo, todavía se mantienen dentro del marco del capitalismo.

En 1917 la cadena del frente imperialista mundial resultó ser más débil en Rusia que en los demás países. Fué aquí donde se rompió, dando paso a la revolución proletaria. ¿Por qué? Porque en Rusia se desarrollaba la más grande revolución popular, a la cabeza de la cual marchaba el proletariado revolucionario, que contaba con un aliado tan serio como los millones y millones de campesinos explotados y oprimidos por los terratenientes. Porque frente a la revolución se alzaba allí un representante tan detestable del imperialismo como el zarismo, carente de todo ascendiente moral y que se había ganado el odio general de la población. En Rusia, la cadena resultó ser más débil, aunque este país estuviese menos desarrollado en el sentido capitalista que Francia o Alemania, Inglaterra o los Estados Unidos, pongamos por caso.

¿Por dónde se romperá la cadena, en el próximo futuro? Volverá a romperse allí donde resulte ser más débil. No está excluida la posibilidad de que se rompa, digamos, por la India. ¿Por qué? Porque en la India existe un proletariado joven, combativo y revolucionario, que cuenta con un aliado como es el movimiento de liberación nacional, un aliado indudablemente potente, indudablemente serio. Porque frente a la revolución se alza allí, como adversario, el imperialismo extranjero conocido de todos, que ha perdido su crédito moral y se ha ganado el odio general de las masas oprimidas y explotadas de la India.

También es de todo punto posible que la cadena se rompa en su día por Alemania. ¿Por qué? Porque los factores que actúan, digamos,

en la India, empiezan a actuar también en Alemania, a la par que, como se comprende, la inmensa diferencia existente entre el nivel del desarrollo de Alemania y el de la India no puede dejar de imprimir su sello a la marcha y al resultado de la revolución en Alemania.

He aquí por qué Lenin dice que

«...los países capitalistas del Occidente de Europa llevan a cabo su desarrollo hacia el socialismo..., no por la «maduración» igual del socialismo en ellas, sino mediante la explotación de unos Estados por otros, mediante la explotación del primer Estado de los vencidos en la guerra imperialista, a la par que con la explotación de todo el Oriente. Y de otro lado, el Oriente se ha incorporado definitivamente al movimiento revolucionario y se ha dejado arrastrar definitivamente al torbellino general del movimiento revolucionario mundial».
(Obras completas, t. XXVII, págs. 415-416.)

Resumiendo: como regla general, la cadena del frente imperialista tiene que romperse allí donde los eslabones de la cadena sean más débiles, sin que sea forzoso, en todo caso, que se rompa allí donde el capitalismo está más desarrollado, donde los proletarios forman un determinado tanto por ciento de la población, los campesinos otro determinado tanto por ciento, etc.

He aquí por qué los cálculos estadísticos sobre el tanto por ciento del proletariado en la población de un determinado país pierden, cuando se trata de resolver el problema de la revolución proletaria, aquella importancia excepcional que gustaban de asignarle los eruditos de la Segunda Internacional, que no han sabido comprender el imperialismo y le temen a la revolución como a la peste.

Los héroes de la Segunda Internacional afirmaban, además (y siguen afirmando), que entre la revolución democrático-burguesa, de una parte, y de otra la proletaria, existe un abismo, o por lo menos una muralla china, que separa a la una de la otra por un intervalo de tiempo más o menos largo, durante el cual la burguesía entronizada en el Poder desarrolla el capitalismo y el proletariado acumula fuerzas y se prepara para la «batalla decisiva» contra el capitalismo. Generalmente, este intervalo se calcula en muchas decenas de años, si no más. ¿Hace falta acaso demostrar que, bajo las condiciones del imperialismo, esta «teoría» de la muralla china carece de todo sentido científico y no es ni puede ser otra cosa que un medio para encubrir y disimular con bellos colores los anhelos contrarrevolucionarios de la burguesía? ¿Hace falta acaso demostrar que, bajo las condiciones del imperialismo, preñado de colisiones y guerras, bajo las condiciones de la «antesala de la revolución socialista», en que el capitalismo «florecente» se convierte en capitalismo «agonizante» y el movimiento revolucionario toma incremento en todos los países del mundo; en que el imperialismo se coaliga con todas las fuerzas reaccionarias sin excepción, hasta con el zarismo y la servidumbre, haciendo con ello necesaria la coalición de todas las fuerzas revolucionarias, una coalición que abarca desde el movimiento proletario de Occidente hasta el movimiento de liberación nacional de Oriente; en que es imposible derrumbar las supervivencias del régimen

feudal y de la servidumbre sin luchar revolucionariamente contra el imperialismo; hace falta acaso demostrar que, en un país más o menos desarrollado, la revolución democráticoburguesa tiene, bajo estas condiciones, que aproximarse a la revolución proletaria, que la primera tiene que transformarse en la segunda? La historia de la revolución rusa ha evidenciado la justeza y el carácter incontrovertible de esta tesis. No en vano Lenin, ya en 1905, en vísperas de la primera revolución rusa, en su folleto *Las dos tácticas*, presentaba la revolución democráticoburguesa y la revolución socialista como dos eslabones de la misma cadena, como un cuadro único y completo del desenvolvimiento de la revolución rusa:

«El proletariado debe llevar a término la revolución democrática atrayéndose a la masa campesina, con el fin de aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista atrayéndose a la masa de los elementos semiproletarios de la población, con el fin de vencer por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía. Tales son las tareas del proletariado, que con tal estrechez de horizontes nos presentan los hombres de la nueva «Iskra» en todos sus razonamientos y resoluciones sobre el desenvolvimiento de la revolución». (*Obras completas*, edición rusa, tomo VIII, pág. 96.) (*)

Y no hablo ya de otros trabajos posteriores de Lenin, en los que la idea de la transformación de la revolución burguesa en revolución proletaria se destaca más acusadamente aún que en *Las dos tácticas*, como una de las piedras angulares de la teoría leninista de la revolución.

Parece ser que algunos camaradas suponen que Lenin no concibió esta idea hasta el año 1916 y que hasta entonces, según ellos, entendía que la revolución rusa se detendría dentro de los marcos burgueses y que, por consiguiente, el Poder pasaría de manos del órgano de la dictadura del proletariado y de los campesinos a manos de la burguesía, y no a manos del proletariado. Dícese que esta afirmación se ha deslizado incluso en nuestra Prensa comunista. He de decir que esta afirmación es completamente falsa, que no corresponde en modo alguno a la realidad.

Podría remitirme al conocido discurso pronunciado por Lenin en el III Congreso del Partido (1905), en el que se califica la dictadura del proletariado y de los campesinos; es decir, el triunfo de la revolución democrática, no como la «organización del orden», sino como la «organización de la guerra». (Véase *Obras completas*, t. VII, pág. 264.)

Podría remitirme, además, a los conocidos artículos de Lenin *Sobre el Gobierno provisional* (1905), en los que, enfocando la perspectiva del desenvolvimiento de la revolución rusa, plantea al Partido la tarea de «conseguir que la revolución rusa sea, no un movimiento de algunos meses, sino un movimiento de muchos años, que no conduzca tan solo

(*) *Dos tácticas*, ed. Edeya, pág. 85. (N. DEL E.)

a obtener pequeñas concesiones por parte de los titulares del Poder constituido, sino al derrumbamiento completo de éste», y en los que, desenvolviendo todavía más esta perspectiva y relacionándola con la revolución europea, prosigue:

«Y si se logra esto, entonces... las llamas del incendio revolucionario prenderán en Europa; el obrero europeo, cansado de la reacción burguesa, se levantará a su vez y nos enseñará «cómo se hacen las cosas»; entonces, el ascenso revolucionario de Europa volverá a repercutir en Rusia y hará de una época de algunos años revolucionarios una época de varias décadas revolucionarias...» (*Obras completas*, tomo VII, página 191.)

Podría remitirme, asimismo, al conocido artículo de Lenin, publicado en noviembre de 1915, en el que escribe:

«El proletariado lucha y seguirá luchando abnegadamente por la conquista del Poder, por la república, por la confiscación de las tierras..., por la participación de las «masas populares no proletarias», en la obra de liberar a la Rusia burguesa del «imperialismo» *militarfeudal* (= zarismo). Y el proletariado se aprovechará inmediatamente (*) de esta liberación de la Rusia burguesa del yugo zarista, del poder territorial de los terratenientes, no para ayudar a los campesinos acomodados en su lucha contra los obreros agrícolas, sino para llevar a cabo la revolución socialista en alianza con los proletarios de Europa». (*Obras completas*, t. XVIII, página 317.)

Podría, finalmente, remitirme al conocido pasaje del folleto de Lenin *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, en el que, refiriéndose al pasaje más arriba citado de *Las dos tácticas* sobre el desenvolvimiento de la revolución rusa, llega a la siguiente conclusión:

«Ocurrió, en efecto, tal y como nosotros dijimos. La marcha de la revolución ha confirmado la justeza de nuestro razonamiento. Al principio, del brazo de «todos» los campesinos contra la monarquía, contra los terratenientes, contra la Edad Media (y en este sentido, la revolución sigue siendo burguesa, democráticoburguesa). Después, del brazo de los campesinos pobres, del brazo del semiproletariado, del brazo de todos los explotados, contra el capitalismo, incluyendo los ricachos de la aldea, los kulaks, los especuladores, y en este sentido, la revolución se convierte en socialista. Querer levantar una muralla china artificial entre ambas revoluciones, separarlas una de otra por algo que no sea el grado de preparación del proletariado y el grado de su unión con los campesinos pobres, es la más grande tergiversación del marxismo,

(*) Subrayado por mí. (J. St.)

es vulgarizarlo, reemplazarlo por el liberalismo». (*Obras completas*, t. XXIII, pág. 391.)

Creo que esto basta.

Bien, se nos dirá; pero ¿por qué, en este caso, Lenin combatió la idea de la «revolución permanente» (ininterrumpida)?

Porque Lenin proponía «agotar» toda la capacidad revolucionaria de los campesinos y gastar hasta la última gota de su energía revolucionaria para la completa liquidación del zarismo, para pasar a la completa liquidación del zarismo, para pasar a la revolución proletaria, mientras que los partidarios de la «revolución permanente» no comprendían el importante papel de los campesinos en la revolución rusa, menospreciaban la fuerza de la energía revolucionaria de los campesinos, menospreciaban la fuerza y la capacidad del proletariado ruso para conducir consigo a los campesinos, y con ello entorpecían la obra de liberar a los campesinos de la influencia de la burguesía, la obra de agrupar a los campesinos alrededor del proletariado.

Porque Lenin proponía coronar la obra de la revolución con el paso del Poder al proletariado, mientras que los partidarios de la «revolución permanente» querían *empezar* directamente por la toma del Poder por el proletariado, no comprendiendo que, con ello, cerraban los ojos a una «pequeñez» como la de las supervivencias del régimen de la servidumbre y no tomaban en consideración una fuerza tan importante como los campesinos rusos, no comprendiendo que semejante política sólo podía entorpecer la obra de atraerse a los campesinos al lado del proletariado.

Por tanto, la lucha de Lenin contra los partidarios de la «revolución permanente» no giraba en torno al problema de su ininterrumpibilidad, pues el propio Lenin sostenía el punto de vista de la revolución ininterrumpida, sino en torno a que aquéllos menospreciaban el papel de los campesinos, que forman la reserva más importante del proletariado, a que no comprendían la idea de la hegemonía del proletariado.

La idea de la «revolución permanente» no es una idea nueva. El primero que la enunció fué Marx, a fines de la década del 40, en su conocido *Mensaje a la Liga comunista* (1850). Fué de este documento de donde nuestros «permanentes» sacaron la idea de la revolución ininterrumpida. Conviene hacer notar que, al adoptar la idea de Marx, nuestros «permanetistas» la modificaron algo y al modificarla la «estropearon», haciéndola inservible para la práctica. Fué necesario que la mano experta de Lenin corrigiese este error, tomase la idea de la revolución permanente de Marx en su forma pura e hiciese de ella una de las piedras angulares de su teoría de la revolución.

He aquí lo que dice Marx en su *Mensaje* sobre la revolución ininterrumpida, después de haber enumerado una serie de reivindicaciones democrático-revolucionarias, cuya conquista encarece a los comunistas:

«Mientras que los pequeños burgueses demócratas quieren poner fin a la revolución lo más rápidamente posible, con la consecución del mayor número posible de las reivindicaciones arriba mencionadas, nuestros intereses y nuestras ta-

reas consisten en hacer que la revolución se mantenga en permanencia hasta que sea descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el Poder del Estado, hasta que las asociaciones de los proletarios se desarrollen, y no sólo en un país, sino en todos los países predominantes del mundo, en proporciones tales, que cese la competencia entre los proletarios de estos países, y hasta que, por lo menos, las fuerzas productivas decisivas estén concentradas en manos del proletariado.»

Dicho en otros términos:

a) Marx no proponía, en modo alguno, comenzar la obra de la revolución, en la Alemania de 1850, directamente por el Poder proletario, *contrariamente* a los planes de nuestros «permanentistas» rusos;

b) Marx sólo proponía que se coronase la obra de la revolución con el Poder del Estado proletario, desalojando paso a paso de las alturas del Poder a una infracción de la burguesía tras otra, con el fin de, una vez instaurado el Poder del proletariado, encender la revolución en todos los países; concepción que está en *completa consonancia* con todo lo que enseñó y llevó a la práctica Lenin en el transcurso de nuestra revolución, conforme a su teoría de la revolución proletaria bajo las condiciones del imperialismo.

Resulta, pues, que nuestros «permanentistas» rusos, no sólo menospreciaban el papel de los campesinos en la revolución rusa y la importancia de la idea de la hegemonía del proletariado, sino que modificaban (para peor) la idea de Marx sobre la revolución «permanente», haciéndola inservible para la práctica.

He aquí por qué Lenin ridiculizaba la teoría de nuestros «permanentistas», calificándola de «original» y de «magnífica» y acusándolos de no querer pararse a reflexionar acerca de las causas de que la vida pasase de largo durante diez años por delante de esta magnífica teoría. (Véase un artículo escrito por Lenin en 1915, diez años después de aparecer en Rusia la teoría de la «revolución permanente». *Obras completas*, t. XVIII, pág. 317.)

He aquí por qué Lenin reputaba esta teoría como semimenchevique, diciendo que «toma de los bolcheviques el llamamiento a la lucha revolucionaria resuelta del proletariado y a la conquista del Poder por éste, y de los mencheviques la «negación» del papel de los campesinos». (Véase el artículo de Lenin *Sobre las dos líneas de la revolución*, lugar citado.)

Así están planteadas las cosas con respecto a la idea de Lenin sobre la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución proletaria, sobre el aprovechamiento de la revolución burguesa para pasar «inmediatamente» a la revolución proletaria.

Antes considerábase imposible el triunfo de la revolución en un solo país, entendiendo que para alcanzar el triunfo sobre la burguesía era necesaria la acción conjunta de los proletarios de todos los países adelantados, o, por lo menos, de la mayoría de ellos. Hoy, este punto de vista ya no corresponde a la realidad. Hoy hay que partir de la posibilidad de este triunfo, pues el carácter desigual y a saltos del desarrollo de los distintos países capitalistas bajo las condiciones del im-

perialismo, el desarrollo dentro del imperialismo de contradicciones catastróficas que conducen a guerras inevitables, el incremento del movimiento revolucionario en todos los países del mundo; todo ello lleva, no sólo a la posibilidad, sino incluso a la necesidad del triunfo del proletariado en países aislados. La historia de la revolución rusa es una prueba directa de esto. Basta recordar que el derrocamiento de la burguesía sólo puede llevarse a cabo con éxito si se dan algunas condiciones absolutamente indispensables, sin las cuales no puede pensarse siquiera en la toma del Poder por el proletariado.

He aquí lo que, en su folleto *El extremismo, enfermedad infantil del comunismo*, dice Lenin acerca de estas condiciones:

«La ley fundamental de la revolución, confirmada por todas las revoluciones, y en particular por las tres revoluciones rusas del siglo XX, consiste en esto: para que estalle la revolución no basta que las masas explotadas y oprimidas adquieran la conciencia de que no es posible seguir viviendo al modo antiguo y exijan cambios; para que estalle la revolución es necesario que los explotadores no puedan seguir viviendo y gobernando al modo antiguo. Sólo cuando los de «abajo» no quieran lo viejo y los de «arriba» no puedan conducirse al modo antiguo, sólo entonces puede triunfar la revolución. En términos distintos, esta verdad se expresa así: *la revolución es imposible sin una crisis de toda la nación (que afecte a explotados y a explotadores)*. (*) Es decir, que para que estalle la revolución es necesario, primero, lograr que la mayoría de los obreros (o por lo menos, la mayoría de los obreros conscientes, que piensan, de los obreros políticamente activos) comprenda plenamente la necesidad de la revolución y se halle dispuesta a lanzarse a la muerte en aras de ella; segundo, que las clases gobernantes atraviesen por una crisis de gobierno que arrastre a la política hasta a las masas más atrasadas..., que reduzca a la impotencia al Gobierno y permita a los revolucionarios el rápido derrumbamiento de éste». (*Obras completas*, t. XXV, pág. 223.) (**)

Pero derribar el Poder de la burguesía e instaurar el Poder del proletariado en un solo país no significa todavía garantizar el triunfo completo del socialismo. Después de haber consolidado su Poder y arrastrado consigo a los campesinos, el proletariado del país victorioso puede y debe edificar la sociedad socialista. Pero ¿significa esto que, con ello, el proletariado logrará el triunfo completo, definitivo, del socialismo y garantizar completamente al país contra la intervención y, por consiguiente, contra la restauración? No. Para esto es necesario que la revolución triunfe en algunos países, por lo menos. Por eso, el desarrollar y apoyar la revolución victoriosa. Por eso, la revolución del país victorioso no debe considerarse como una magnitud que se baste a sí misma,

(*) Subrayado por mí. (J. St.)

(**) *El extremismo, enfermedad infantil del comunismo*, edición Europa - América, pág. 109. (N. DEL E.)

sino como un puntal, como un medio para acelerar el triunfo del proletariado en los demás países.

Lenin expresó este pensamiento en dos palabras, cuando decía que la misión de la revolución triunfante consiste en llevar a cabo

« el máximo de lo que puede realizarse en un país *para* desarrollar, apoyar, despertar la revolución *en todos los países* ».
(Obras completas, t. XXIII, pág. 385.)

Tales son, en general, los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria.

IV

LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Tomo de este tema tres problemas fundamentales: a) la dictadura del proletariado, como instrumento de la revolución proletaria; b) la dictadura del proletariado, como dominación del proletariado sobre la burguesía; c) el Poder Soviético, como forma de Estado de la dictadura del proletariado.

1.—La dictadura del proletariado, como instrumento de la revolución proletaria.

El problema de la dictadura del proletariado es, ante todo, el problema del contenido fundamental de la revolución proletaria. La revolución proletaria, su movimiento, su desarrollo, sus conquistas, sólo se hacen realidades de carne y hueso a través de la dictadura del proletariado. La dictadura del proletariado es el instrumento de la revolución proletaria, su órgano, su punto de apoyo más importante, creado: primero, para aplastar la resistencia de los explotadores derribados y consolidar las conquistas hechas, y segundo, para llevar a término la revolución proletaria, para llevarla hasta el triunfo completo del socialismo. Vencer a la burguesía y derrocar su Poder es cosa que podría hacer también la revolución sin la dictadura del proletariado. Pero aplastar la resistencia de la burguesía, defender la victoria y seguir avanzando hasta el triunfo final del socialismo ya no puede lograrlo la revolución si no crea, al llegar a una determinada fase de su desarrollo, como su puntal básico, un órgano especial en forma de dictadura del proletariado.

«El problema fundamental de la revolución es el problema del Poder» (Lenin). ¿Quiere esto decir acaso que todo se limite a la toma del Poder, a la conquista del Poder? No. La toma del Poder no es más que el comienzo. La burguesía, aunque su Poder se derroque en un país, sigue siendo todavía, durante largo tiempo, por muchas causas, más fuerte que el proletariado que la derribó. Por esto, el asunto está en mantenerse en el Poder, en consolidarlo, en hacerlo invencible. ¿Qué hay que hacer para alcanzar este fin? Es necesario cumplir, por lo

menos, las tres tareas principales que se le plantean a la dictadura del proletariado «al día siguiente» de vencer:

a) Romper la resistencia de los terratenientes y capitalistas derrocados y expropiados por la revolución; liquidar todas y cada una de sus tentativas para restaurar el poder del capital.

b) Organizar la labor constructiva, mediante la cohesión de todos los trabajadores en torno al proletariado, y llevar a cabo esta labor en el sentido de preparar la liquidación, la destrucción de las clases.

c) Armar a la revolución, organizar un ejército revolucionario para luchar contra los enemigos exteriores y para luchar contra el imperalismo.

Para llevar a cabo, para cumplir estas tareas, es necesaria la dictadura del proletariado.

«El tránsito del capitalismo al comunismo —dice Lenin— llena toda una época histórica. Mientras esta época histórica no finalice, los explotadores siguen inevitablemente abrigando esperanzas en su restauración, esperanzas que se convierten en *tentativas* de restauración. Después de la primera derrota seria, los explotadores derrocados, que no esperaban su derrocamiento, que no creían en él, que no aceptaban ni siquiera la idea de él, se lanzan con energía decuplicada, con pasión furiosa, con odio centuplicado, a la lucha por la restitución del «paraíso» que les han arrebatado, por sus familias, que antes disfrutaban de una vida tan dulce y a quienes ahora la «chusma del populacho vil» condena a la ruina y a la miseria (o al «simple» trabajo...), y, detrás de los capitalistas explotadores, viene arrastrándose una extensa masa de pequeña burguesía, de la que décadas de experiencia histórica en todos los países nos dicen que titubea y vacila, que hoy sigue al proletariado y mañana se asusta de las dificultades de la revolución, se deja llevar del pánico ante la primera derrota o semiderrota de los obreros, se pone nerviosa, se agita, lloriquea, se pasa de un campo a otro». (*Obras completas*, t. XXIII, pág. 355.)

Y la burguesía tiene sus razones para hacer tentativas de restauración, pues aun después de su derrocamiento sigue siendo, durante mucho tiempo todavía, más fuerte que el proletariado que la derrocó.

«Si los explotadores son derrotados solamente en un país —dice Lenin—, y éste es, naturalmente, el caso típico, pues las revoluciones hechas simultáneamente en varios países constituyen una rara excepción, *seguirán siendo, no obstante, más fuertes que los explotados.*» (Véase lugar citado, pág. 354.)

¿En qué reside la fuerza de la burguesía derrocada?

En primer lugar, «en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de las relaciones internacionales de la burguesía». (Véase *Obras completas*, t. XXV, pág. 173.)

En segundo lugar, en que «durante mucho tiempo des-

pués de la revolución, los explotadores siguen conservando inevitablemente una serie de enormes ventajas de hecho: conservan el dinero (no es posible suprimir el dinero de golpe), algunos que otros bienes muebles, con frecuencia valiosos, conservan las relaciones, los hábitos de organización y administración, el conocimiento de todos los «secretos» (costumbres, procedimientos, posibilidades de administración, conservan una instrucción más elevada, su intimidad con el alto personal técnico (que vive y piensa en burgués), conservan (y esto es muy importante) una experiencia infinitamente superior en lo que respecta el arte militar, etc., etc.) (Véase *Obras completas*, t. XXIII, pág. 354.)

En tercer lugar, «en la fuerza de la costumbre, en la fuerza de la pequeña producción. Pues pequeña producción, por desgracia, hay aún muchísima en el mundo, y la pequeña producción engendra constantemente, todos los días y a todas horas, al capitalismo y a la burguesía, espontáneamente y en masa»..., pues «destruir las clases, no sólo significa echar a los terratenientes y capitalistas — cosa que hemos hecho con relativa facilidad —, sino que significa también acabar con los pequeños productores de mercancías, a los que no se puede echar, a los que no se puede aplastar, con los que es necesario convivir; a estos productores sólo se les puede (y se les debe) transformar, reeducar mediante una labor de organización muy larga, lenta y cautelosa». (Véase *Obras completas*, t. XXV, págs. 173-190.) (*)

He aquí por qué Lenin dice que

«la dictadura del proletariado es la guerra más abnegada y más implacable de la nueva clase contra un enemigo más poderoso, contra la burguesía, cuya resistencia viene a *decuplicar* su derrocamiento», que «...la dictadura del proletariado es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad». (Lugar citado, páginas 173-191.)

¿Hace falta acaso demostrar que es absolutamente imposible cumplir estas tareas en un plazo breve, llevar todo esto a la práctica en unos cuantos años? Por eso, en la dictadura del proletariado, en el tránsito del capitalismo al comunismo, no hay que ver un período pasajero, que reviste la forma de una serie de actos y decretos «revolucionarísimos», sino toda una época histórica, plagada de guerras civiles y de choques exteriores, llena de una labor tenaz de organización y de construcción económica, de ofensivas y retiradas, de victorias y derrotas. Esta época histórica, no sólo es necesaria para sentar las premisas económicas y culturales para el triunfo completo del socialismo, sino también: pri-

(*) *El extremismo...*, ed. Europa-América, pág. 16. (N. DEL E.)

mero, para dar al proletariado la posibilidad de educarse y templarse como fuerza capaz de gobernar el país, y, segundo, para reeducar y transformar a las capas pequeñoburguesas de la población en un sentido que asegure la organización de la producción socialista.

« Tenéis que pasar—decía Marx a los obreros—por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y batallas internacionales, no sólo para cambiar el régimen existente, sino también para cambiarlos a vosotros mismos y capacitaros para la dominación política.» (*Obras completas de Marx y Engels*. Edición del Instituto Marx-Engels-Lenin, t. VIII, pág. 506.)

Prosiguiendo y desarrollando la idea de Marx, Lenin escribe:

« Bajo la dictadura del proletariado, es necesario reeducar a millones de campesinos y de pequeños propietarios, a centenares de miles de empleados, de funcionarios, de intelectuales burgueses, supeditarles a todos al Estado proletario y a la dirección proletaria, vencer en ellos las costumbres y tradiciones burguesas», así como también será necesario «...reeducar..., en una larga lucha, sobre la base de la dictadura del proletariado, a los primeros proletarios, que no se libran de sus propios prejuicios pequeñoburgueses de repente, ni por milagro, ni por obra y gracia de la providencia, ni por obra y gracia de consignas, resoluciones y decretos, sino sólo mediante una lucha de masas larga y difícil contra las influencias pequeñoburguesas en masa.» (Véase *Obras completas*, tomo XXV, págs. 247-248.) (*)

2.—La dictadura del proletariado, como dominación del proletariado sobre la burguesía.

Ya de lo que queda dicho se desprende que la dictadura del proletariado no es un simple cambio de personas en un Gobierno, un cambio de «Gabinete», etc., que deje intacto el antiguo orden económico y político. Los mencheviques y oportunistas de todos los países, que le temen a la dictadura como al fuego y sustituyen por miedo la idea de la dictadura por la de «conquista del Poder», suelen reducir la «conquista del Poder» a un cambio de «Gabinete», a la subida al Poder de un nuevo ministerio, formado por individuos como Scheidemann y Noske, MacDonald y Henderson. No creemos que haga falta detenerse a explicar que estos cambios de Gabinete y otros semejantes no tienen nada que ver con la dictadura del proletariado, con la conquista del verdadero Poder por el verdadero proletariado. Los MacDonald y los Scheidemann en el Poder, dejando intacto el antiguo orden de cosas burgués, sus Gobiernos —llamémoslos así— no pueden ser más que un aparato puesto al servicio de la burguesía, un medio para cubrir las lacras del imperialismo, un instrumento puesto en manos de la bur-

(*) *El extremismo*, ed. Europa-América, pág. 49. (N. DEL E.)

guesía contra el movimiento revolucionario de las masas oprimidas y explotadas. El capital, cuando se le hace incómodo o le resulta difícil oprimir y explotar descaradamente a las masas, necesita como pantalla Gobiernos de estos. Naturalmente, la aparición de semejantes Gobiernos es síntoma de que «entre ellos» (es decir, entre los capitalistas), reina cierta inquietud; pero, a pesar de todo, los Gobiernos de este tipo siguen siendo, inevitablemente, Gobiernos del capital disfrazados. De un Gobierno MacDonald o Scheidemann a la conquista del Poder por el proletariado, hay tanta distancia como de la tierra al cielo. La dictadura del proletariado no es un nuevo cambio de Gobierno, sino un Estado nuevo, con nuevos órganos de Poder en el centro y en la periferia, el Estado del proletariado, que brota sobre las ruinas del Estado antiguo, del Estado de la burguesía.

La dictadura del proletariado no brota sobre la base del orden burgués, sino en el proceso de la destrucción de éste, después del derrocamiento de la burguesía, en el proceso de la expropiación de los terratenientes y capitalistas, de la socialización de los instrumentos y medios de producción fundamentales, en el proceso de la revolución violenta del proletariado. La dictadura del proletariado es un Poder revolucionario que se apoya en la violencia contra la burguesía.

El Estado es una máquina puesta en manos de la clase dominante para aplastar la resistencia de sus adversarios de clase. *En este sentido*, la dictadura del proletariado no se distingue esencialmente en nada de la dictadura de cualquier otra clase, pues el Estado proletario es una máquina para aplastar a la burguesía. Pero hay aquí una diferencia esencial. Esta diferencia consiste en que todos los Estados de clase existentes hasta ahora eran la dictadura de una minoría explotadora sobre una mayoría explotada, mientras que la dictadura del proletariado es la dictadura de la mayoría explotada sobre la minoría explotadora.

Resumiendo: *«La dictadura del proletariado es la dominación del proletariado sobre la burguesía, dominación no limitada por la ley, que se basa en la violencia y goza de la simpatía y el apoyo de las masas trabajadoras y explotadas»*. (Lenin, *El Estado y la Revolución*.)

De aquí se desprenden dos conclusiones fundamentales:

Primera conclusión: La dictadura del proletariado no puede ser una democracia «completa», una democracia para todos, para pobres y para ricos; la dictadura del proletariado tiene que ser un Estado democrático, de un modo nuevo, democrático para (*) los proletarios y los desposeídos en general, y dictatorial de un nuevo modo, contra (**) la burguesía...» (*Obras completas*, t. XXI, pág. 393.) Las chácharas de Kautsky y compañía sobre la igualdad para todos, sobre la democracia «pura», la democracia «completa», etc., no son más que la tapadera burguesa de un hecho indubitable, y es que la igualdad entre explotadores y explotados es imposible. La teoría de la democracia «pura» es la teoría de la aristocracia de la clase obrera, domesticada y cebada por los saqueadores imperialistas. Esta teoría fué creada para cubrir las

(*) *El Estado y la Revolución*, ed. Europa-América, pág. 39.
(NOTA DEL EDITOR.)

(**) Subrayado por mí. (J. St.)

lacras del capitalismo, para disfrazar el imperialismo e infundirle fuerza moral en la lucha contra las masas explotadoras. Bajo el capitalismo, no existen ni pueden existir verdaderas «libertades» para los explotados, aunque sólo sea por el hecho de que los locales, las imprentas, los depósitos de papel, etc., necesarios para poner en práctica estas «libertades», constituyen un privilegio de los explotadores. Bajo el capitalismo, no se da ni puede darse una verdadera participación de las masas en el gobierno del país, aunque sólo sea por el hecho de que bajo el capitalismo, aun con el régimen más democrático, los Gobiernos no los forma el pueblo, sino que los forman los Rothchilds y los Rockefellers, los Stinnes y los Morgans. Bajo el capitalismo, la democracia es una democracia *capitalista*, la democracia de la minoría explotadora, basada en la restricción de los derechos de la mayoría explotada y dirigida contra esta mayoría. Sólo bajo la dictadura proletaria puede haber verdaderas «libertades» para los explotados y una verdadera participación de los proletarios y de los campesinos en la gobernación del país. Bajo la dictadura del proletariado, la democracia es una democracia *proletaria*, una democracia de la mayoría explotada, basada en la restricción de los derechos de la minoría explotadora y dirigida contra esta minoría.

Segunda conclusión: La dictadura del proletariado no puede brotar como resultado del desarrollo pacífico de la sociedad burguesa y de la democracia burguesa; sólo puede brotar como resultado de la destrucción de la máquina del Estado burgués, del ejército burgués, del aparato burocrático burgués, de la policía burguesa:

«La clase obrera no puede limitarse a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como se la encuentra y echarla a andar para sus propios fines» — dicen Marx y Engels en el prólogo a *La guerra civil* —. La revolución proletaria no debe «...hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocraticomilitar, como se venía haciendo hasta ahora, sino destruirla...: he aquí la primera de toda revolución verdaderamente popular en el continente», dice Marx en una carta a Kugelmann, escrita en 1871.

La salvedad de Marx respecto al Continente ha servido de pretexto a los oportunistas y mencheviques de todos los países para proclamar que Marx admitía, por tanto, la posibilidad de una transformación pacífica de la democracia burguesa en democracia proletaria; por lo menos, respecto a algunos países que no forman parte del continente europeo (Inglaterra, Estados Unidos). En efecto, Marx admitía esta posibilidad, y tenía razón para admitirla, respecto a Inglaterra y los Estados Unidos, en la década del 70 del siglo pasado, cuando no existía aún el capitalismo monopolista ni el imperialismo y estos países no tenían todavía, gracias a las condiciones especiales de su desenvolvimiento, un militarismo y un burocratismo desarrollados. Así se mantuvo la cosa hasta que se desarrolló el imperialismo. Pero hoy, pasados treinta o cuarenta años, cuando la situación de estos países se ha modificado ya radicalmente, cuando el imperialismo se ha desarrollado y abarca a todos los países capitalistas sin excepción, cuando el militarismo y el burocratismo han hecho su aparición en Inglaterra y en los Estados

Unidos, cuando las condiciones especiales del desarrollo pacífico en Inglaterra y en los Estados Unidos han desaparecido, la salvedad hecha con respecto a estos países tiene que desaparecer por sí misma.

«Hoy — dice Lenin —, en 1917, en la época de la primera gran guerra imperialista, esta salvedad de Marx desaparece por sí sola. Y los Estados Unidos e Inglaterra, los más grandes y los últimos representantes en el mundo entero de la «libertad» anglosajona, en el sentido de ausencia de militarismo y de burocratismo, han rodado por completo al pantano de toda Europa, al pantano cenagoso y sangriento de las instituciones burocráticomilitares, que todo lo mediatizan y todo lo oprimen. Ahora, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos la «premisa de toda revolución verdaderamente popular» es la *destrucción, el aplastamiento* de la «máquina de Estado» existente (fabricada en dichos países en los años de 1914 a 1917, antes de que llegase a su perfección el imperialismo «europeo»). (Véase *Obras completas*, t. XXI, página 395.) (*)

Dicho en otros términos, la ley de la revolución violenta del proletariado, la ley de la destrucción de la máquina del Estado burgués, como premisa de esta revolución, es ley inevitable del movimiento revolucionario en todos los países imperialistas del mundo.

Claro está que, en un porvenir lejano, si el proletariado triunfa en los países capitalistas más importantes, y el actual cerco capitalista es sustituido por un cerco socialista, será absolutamente posible la trayectoria «pacífica» en algunos países capitalistas, en que los capitalistas, movidos por la situación internacional «desfavorable», juzguen oportuno hacer al proletariado, «voluntariamente», concesiones importantes. Pero esta hipótesis sólo se refiere a un porvenir lejano y posible. Para un cercano porvenir, esta hipótesis no tiene ningún fundamento, absolutamente ninguno.

Por eso Lenin tiene razón cuando dice:

«La revolución proletaria es imposible sin la destrucción violenta de la máquina del Estado burgués y sin su sustitución por otra nueva.» (Véase *Obras completas*, tomo XXIII, página 342.)

3) El Poder Soviético, como forma de Estado de la dictadura del proletariado

El triunfo de la dictadura del proletariado significa el aplastamiento de la burguesía, la destrucción de la máquina del Estado burgués, la sustitución de la democracia burguesa por la democracia proletaria. Esto es claro. Pero ¿con ayuda de qué organizaciones se puede llevar a cabo esta gigantesta labor? No creemos que pueda caber duda acerca de que

(*) *El extremismo, enfermedad infantil del comunismo*, edición Europa-América, pág. 50. (N. DEL E.)

las viejas formas de organización del proletariado, que surgieron sobre la base del parlamentarismo burgués no sirven para una labor como ésta. ¿Cuáles son, pues, las nuevas formas de organización del proletariado, aptas para desempeñar el papel de enterradores de la máquina del Estado burgués, aptas no sólo para destruir esta máquina y sustituir la democracia burguesa por la democracia proletaria, sino para convertirse en base del Poder estatal del proletariado?

Esta nueva forma de organización del proletariado son los Soviets.

¿En qué consiste la fuerza de los Soviets, con respecto a las viejas formas de organización?

En que los Soviets son las organizaciones de masas del proletariado de *mayor amplitud*, pues sólo ellos, los Soviets, encuadran a todos los obreros sin excepción.

En que los Soviets son las únicas organizaciones de masas que engloban a todos los oprimidos y explotados, a los obreros y campesinos, a los soldados y marineros, y en que, como consecuencia de esto, permiten llevar a cabo la dirección política de la lucha de masas por la vanguardia de estas masas, por el proletariado, del modo más fácil y completo.

En que los Soviets son los *órganos más potentes* de la lucha revolucionaria de masas, de las acciones políticas de masas, de la insurrección de masas, órganos capaces de destruir la omnipotencia del capital financiero y de sus apéndices políticos.

En que los Soviets son organizaciones *directas* de las mismas masas; es decir, las organizaciones *más democráticas*, y, por tanto, con mayor autoridad entre las masas, que facilitan en un grado máximo la participación de éstas en la organización del nuevo Estado y en su gobernación, despliegan en su grado máximo la energía revolucionaria, la iniciativa, la capacidad creadora de las masas en la lucha por la destrucción del antiguo orden de cosas y en la lucha por un orden de cosas nuevo, por un orden de cosas proletario.

El Poder soviético es la unificación y estructuración de los Soviets locales en una organización general del Estado, en la organización estatal del proletariado, como vanguardia de las masas oprimidas y explotadas, y como clase dominante, la unificación dentro de una República de los Soviets.

La esencia del Poder soviético reside en que las organizaciones más de masas y más revolucionarias de aquellas clases precisamente que estaban oprimidos por los capitalistas y terratenientes son ahora «la base *permanente y única* de todo el Poder estatal, de todo el aparato del Estado», en que «precisamente estas masas que hasta en las Repúblicas burguesas más democráticas», aunque con arreglo a la ley sean iguales en derechos, «de hecho, por medio de miles de procedimientos y artimañas, se veían apartadas de toda participación en la vida política y del goce de los derechos y de las libertades democráticas, toman hoy una parte constante y *permanente* y, además, *decisiva* en la dirección democrática del Estado». (*) (*Obras completas*, t. XXIV, pág. 13.)

He aquí por qué el Poder soviético es una *nueva forma* de organización estatal, que se distingue sobre el plano de los principios de la

(*) Subrayado por mí. (J. St.)

vieja forma democráticoburguesa y parlamentaria, un nuevo tipo de Estado, adecuado no a la obra de explotación y opresión de las masas trabajadoras, sino a la obra de liberar completamente a estas masas de toda opresión y de toda explotación adecuado a la obra de la dictadura del proletariado.

Lenin tiene razón cuando dice que, con la aparición del Poder soviético, «la época del parlamentarismo democráticoburgués ha terminado y se abre un nuevo capítulo de la historia universal: la era de la dictadura proletaria».

¿En qué consisten los rasgos característicos del Poder soviético?

En que el Poder soviético es la organización estatal más de masas y más democrática de todas las organizaciones de Estado posibles bajo las condiciones de la existencia de clases, pues siendo como es una palestra de alianza y colaboración de los obreros y los campesinos explotados en la lucha contra los explotadores, y apoyándose para su labor en esta alianza y en esta colaboración, es, por ello mismo, la unificación de estas masas en una sola unión estatal.

En que el Poder soviético facilita, por su misma estructura, la dirección de las masas oprimidas y explotadas por su vanguardia, por el proletariado, como el núcleo más coherente y más consciente de los Soviets.

«La experiencia de todas las revoluciones y de todos los movimientos de las clases oprimidas, la experiencia del movimiento socialista mundial — dice Lenin —, nos enseña que sólo el proletariado es capaz de reunir y arrastrar consigo a las fuerzas dispersas y atrasadas de la población trabajadora y explotada». (Véase *Obras completas*, tomo XXIV, pág. 14.) La estructura del Poder soviético facilita la realización en la práctica de las indicaciones que da esta experiencia.

En que el Poder soviético, uniendo el Poder legislativo y el Poder ejecutivo en una organización única de Estado, y sustituyendo los distritos electorales de tipo territorial por las unidades de producción — las fábricas y talleres —, pone a las masas obreras y a las masas trabajadoras en general en relación directa con el aparato de dirección del Estado y las enseña a gobernar el país.

En que sólo el Poder soviético es capaz de sustraer al ejército de subordinación al mando burgués y de convertirlo de instrumento de opresión del pueblo, como lo es bajo el régimen burgués, en instrumento que libere al pueblo del yugo de la burguesía, tanto de la propia como de la ajena.

En que «sólo la organización soviética del Estado puede destruir de golpe y romper definitivamente el viejo aparato; es decir, el aparato burocrático y judicial burgués». (Véase lugar citado.)

En que sólo la forma soviética de Estado, que incorpora a la participación permanente e incondicional en la dirección del Estado a las organizaciones de masas de los trabajadores y explotados, es capaz de preparar la muerte lenta del Estado, que es uno de los elementos fundamentales de la futura sociedad sin Estado, de la sociedad comunista.

La República de los Soviets es, por todo esto, la forma política buscada y, por fin, descubierta, en la cual tiene que encuadrarse la liberación económica del proletariado, el triunfo completo del socialismo.

La Comuna de París fué el germen de esta forma política. El Poder soviético es su desarrollo y culminación.

He aquí por qué Lenin dice que

«la República de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos no es sólo la forma de tipo más elevado de las instituciones democráticas..., sino la única (*) forma capaz de asegurar el tránsito menos doloroso posible al socialismo». (Véase *Obras completas*, t. XXI, pág. 131.)

(*) Subrayado por mí. (J. St.)

EL PROBLEMA CAMPESINO

De este tema tomo cuatro problemas: a) el planteamiento del problema; b) los campesinos durante la revolución democráticoburguesa; c) los campesinos durante la revolución proletaria; d) los campesinos después de la consolidación del Poder soviético.

1.—Planteamiento del problema

Algunos piensan que lo fundamental del leninismo es el problema campesino, que el punto de partida del leninismo es el problema de los campesinos, de su papel, de su peso específico. Esto es completamente falso. El problema fundamental del leninismo, su punto de partida, no es el problema campesino, sino el problema de la dictadura del proletariado, de las condiciones en que ésta se conquista y de las condiciones en que se consolida. El problema campesino, como el problema del aliado del proletariado en su lucha por el Poder, es un problema derivado.

Sin embargo, esta circunstancia no reduce en lo más mínimo la grande y palpitante importancia que indudablemente tiene este problema para la revolución proletaria. Como es sabido, en las filas de los marxistas rusos el problema campesino empezó a estudiarse de un modo serio precisamente en vísperas de la primera revolución (1905), cuando el problema del derrocamiento del zarismo y de la realización de la hegemonía del proletariado se planteó en toda su magnitud ante el Partido, y el problema del aliado del proletariado en la revolución burguesa inminente tomó un carácter palpitante. Es sabido también que el problema campesino cobró en Rusia todavía mayor actualidad durante la revolución proletaria, cuando el problema de la dictadura del proletariado, de su conquista y mantenimiento, condujo al problema de los aliados del proletariado en la revolución inminente. Y esto es comprensible: quien marcha hacia el Poder y se prepara para él, no puede por menor de interesarse por el problema de sus verdaderos aliados.

En este sentido, el problema campesino es una parte del problema general de la dictadura del proletariado y, como tal, uno de los problemas más palpitantes del leninismo.

La indiferencia e incluso la actitud francamente negativa de los partidos de la Segunda Internacional ante el problema campesino no

se explica solamente por las condiciones específicas en que se desarrolla el Occidente. Se explica ante todo porque estos partidos no creen en la dictadura del proletariado, temen a la revolución y no piensan conducir al proletariado al Poder; y quien teme a la revolución, quien no quiere llevar a los proletarios al Poder, no puede interesarse por el problema de los aliados del proletariado en la revolución; para quien así piensa, el problema de los aliados es un problema indiferente, sin valor de actualidad. La actitud irónica de los héroes de la Segunda Internacional ante el problema campesino es considerada por ellos como signo de buen tono, como signo de marxismo «auténtico». En realidad, en esta actitud no se contiene ni un ápice de marxismo, pues la indiferencia ante un problema tan importante como el campesino, en vísperas de la revolución proletaria, no es más que un aspecto de la negación de la dictadura del proletariado, un signo indudable de traición directa contra el marxismo.

El problema se plantea así: ¿Están ya agotadas o no las posibilidades revolucionarias que encierra en su seno la masa campesina, como resultado de determinadas condiciones de su existencia? Y si no lo están, ¿hay una base, hay la esperanza de poder aprovechar estas posibilidades para la revolución proletaria, de convertir a los campesinos, a su mayoría explotada, de reserva de la burguesía, como lo fué durante las revoluciones burguesas de Occidente y lo sigue siendo aún en la actualidad, en reserva del proletariado en aliado de éste?

El leninismo da a esta pregunta una respuesta afirmativa, es decir, reconoce la existencia de una capacidad revolucionaria en las filas de la mayoría de los campesinos y la posibilidad de aprovecharla en interés de la dictadura del proletariado. La historia de las tres revoluciones rusas confirma íntegramente las conclusiones del leninismo en punto a este problema.

De aquí la conclusión práctica de apoyar, apoyar obligatoriamente, a las masas campesinas trabajadoras en su lucha contra la esclavitud y la explotación, en su lucha por redimirse de la opresión y de miseria. Esto no significa, naturalmente, que el proletariado deba apoyar *todo* movimiento campesino. Aquí se trata de un apoyo prestado a los movimientos y a las luchas de los campesinos que faciliten directa o indirectamente el movimiento de liberación del proletariado, que impulsen, de una u otra forma, la revolución proletaria, y de contribuir a convertir a los campesinos en reserva y aliado de la clase obrera.

2.—Los campesinos durante la revolución democrático-burguesa

Este período abarca el intervalo entre la primera revolución rusa (1905) y la segunda (febrero de 1917), inclusive. El rasgo característico de este período consiste en que los campesinos se emancipan de la influencia de la burguesía liberal, en que los campesinos se apartan de los kadetes (*), en que viran hacia el proletariado, hacia el partido bolchevique. La historia de este período es la historia de la lucha entre los kadetes (burguesía liberal) y los bolcheviques (proletariado) en torno de los campesinos. La suerte de esta lucha la decidió el período de las Dumas, pues el período de las cuatro Dumas sirvió de

(*) O sea, constitucionales-demócratas. (N. DEL E.)

lección práctica a los campesinos, y esta lección les demostró palmarmente que de manos de los kadetes no recibían ni la tierra ni la libertad, que el zar se hallaba por entero al lado de los terratenientes y que los kadetes apoyaban al zar, que la única fuerza con cuya ayuda podrían contar eran los obreros de la ciudad, el proletariado. La guerra imperialista no hizo más que confirmar las enseñanzas del período de las Dumas, llevando hasta el fin el apartamiento de los campesinos de la burguesía, llevando a término la obra de aislar a la burguesía liberal, pues los años de guerra demostraron que la esperanza de obtener la paz del zar y de sus aliados burgueses era una esperanza totalmente vana y engañosa. Sin las lecciones prácticas del período de las Dumas hubiera sido imposible la hegemonía del proletariado.

Así fué como se formó la alianza de los obreros y los campesinos en la revolución democráticoburguesa. Así fué como se formó la hegemonía (dirección) del proletariado, en la lucha conjunta por el derrocamiento del zarismo, hegemonía que condujo a la revolución de febrero de 1911.

Las revoluciones burguesas de Occidente (Inglaterra, Francia, Alemania, Austria) siguieron, como es sabido, otro camino. En estos países la hegemonía lo pertenecía al proletariado, que, por su debilidad, no representaba ni podía representar una fuerza política independiente, sino a la burguesía liberal. Allí, los campesinos no obtuvieron su liberación del régimen de servidumbre de manos del proletariado, poco numeroso y no organizado, sino de manos de la burguesía. Allí, los campesinos marchaban contra el antiguo régimen del brazo de la burguesía liberal. Allí, los campesinos representaban una reserva de la burguesía, y, como consecuencia de esto, allí la revolución se tradujo en un reforzamiento enorme del peso político de la burguesía.

En Rusia, por el contrario, la revolución burguesa dió resultados directamente opuestos; la revolución rusa se tradujo, no en el reforzamiento, sino en el debilitamiento de la burguesía como fuerza política; no se tradujo en la multiplicación de sus reservas políticas, sino en la pérdida de su reserva fundamental: en la pérdida de los campesinos. En Rusia, la revolución burguesa colocó en primer plano, no a la burguesía liberal, sino al proletariado revolucionario, agrupando en torno suyo a los millones y millones de campesinos.

Esto explica, entre otras cosas, el hecho de que la revolución burguesa rusa se transformase en revolución proletaria en un plazo relativamente breve. La hegemonía del proletariado fué el germen y la fase de transición a la dictadura del proletariado.

¿Cómo explicar este fenómeno peculiar de la revolución rusa, que no encuentra precedente en la historia de las revoluciones burguesas occidentales? ¿Dónde reside el origen de esta peculiaridad?

Se explica por el hecho de que en Rusia la revolución burguesa se desenvolvió bajo las condiciones de una lucha de clases más desarrollada que en Occidente, por el hecho de que el proletariado ruso había logrado ya convertirse por entonces en una fuerza política independiente, mientras que la burguesía liberal, asustada por la revolucionización del proletariado, perdió toda apariencia de revolucionarismo (sobre todo después de las enseñanzas de 1905) y se alió con el zar y los terratenientes en contra de la revolución, en contra de los obreros y los campesinos.

Conviene fijar la atención en las siguientes circunstancias, que determinan el carácter peculiar de la revolución burguesa rusa:

a) La extraordinaria concentración de la industria rusa en vísperas de la revolución. Es sabido, por ejemplo, que el 54 % de todos los obreros de Rusia trabajaba en empresas de más de 500 obreros, mientras que en un país tan desarrollado como los Estados Unidos sólo trabajaba en empresas de éstas el 33 % del total de los obreros. ¿Hace falta acaso demostrar que ya esta sola circunstancia, unida a la existencia de un partido revolucionario como el Partido bolchevique, convertía a la clase obrera de Rusia en la fuerza más importante de la vida política del país?

b) Las escandalosas formas de explotación que imperaban en las empresas, unidas al intolerable régimen policíaco de los verdugos zaristas, circunstancias que hacían de toda huelga importante de los obreros un acto político grandioso y que templaban a la clase obrera como consecuente fuerza revolucionaria.

c) La debilidad política de la burguesía rusa, convertida después de la revolución de 1905 en servidora del zarismo y en una fuerza netamente contrarrevolucionaria, lo que se explica no sólo por la revolución del proletariado ruso, que echó a la burguesía en brazos del zarismo, sino por el hecho de que esta burguesía dependía directamente de los encargos del Estado.

d) La existencia de las supervivencias más escandalosas, más intolerables del feudalismo en el campo, complementadas por la omnipotencia del terrateniente, circunstancia que echó a los campesinos en brazos de la revolución.

e) El zarismo atropellaba a todo ser viviente y agravaba con su arbitrariedad la opresión de los terratenientes y los capitalistas, circunstancia que unió la lucha de los obreros y los campesinos en un sólo torrente revolucionario.

f) La guerra imperialista, que fundió estas contradicciones de la vida política de Rusia en una profunda crisis revolucionaria y dió a la revolución un empuje increíble.

En estas condiciones, ¿hacia dónde iban a dirigir sus miradas los campesinos? ¿Dónde iban a buscar apoyo contra la omnipotencia del terrateniente, contra la arbitrariedad del zar, contra la guerra desastrosa, que arruinaba su economía? ¿A la burguesía liberal? Esta era un enemigo, como lo había demostrado la larga experiencia de las cuatro Dumas. ¿A los socialistas revolucionarios? Estos eran, naturalmente, «mejores» que los kadetes y su programa era «conveniente», casi campesino; pero ¿qué podían darles los socialistas revolucionarios, si sólo podía apoyarse en los campesinos y eran débiles en la ciudad, de dónde sacaba ante todo sus fuerzas el enemigo? ¿Dónde estaba la nueva fuerza que no se detendría ante nada, ni en el campo ni en la ciudad, que se situaría valientemente en primera fila, en la lucha contra el zar y los terratenientes, que ayudaría a los campesinos a sacudir su esclavitud, a remediar la penuria de tierras, a liberarlos de la opresión, de la guerra? ¿Es que existía en Rusia semejante fuerza? Sí, existía. Era el proletariado ruso, que había puesto ya de manifiesto en 1905 su fuerza, su capacidad para luchar hasta el fin, su valentía, su espíritu revolucionario.

En todo caso, no existía ninguna otra fuerza semejante, ni había de dónde sacarla.

He aquí por qué los campesinos, después de desligarse de los kades y vincularse a los socialistas revolucionarios, llegaron al convencimiento de la necesidad de someterse a la dirección de un jefe revolucionario tan valiente como el proletariado ruso.

Tales fueron las circunstancias que determinaron la peculiaridad de la revolución burguesa a Rusia.

3.—Los campesinos durante la revolución proletaria

Este período abarca el intervalo entre la revolución de febrero (1917) y la revolución de octubre (1917). Es un período relativamente breve, de ocho meses solamente, pero desde el punto de vista de la instrucción política y de la educación revolucionaria de las masas, estos ocho meses valen por décadas enteras de desarrollo constitucional normal, pues son ocho meses de *revolución*. El rasgo característico de este período es el hecho de que los campesinos siguen *revolucionándose*, se sienten desilusionados de los socialistas revolucionarios, se *apartan* de los socialistas revolucionarios; los campesinos dan un nuevo *viraje* hacia la *cohesión directa* en torno al proletariado, como única fuerza revolucionaria consecuente, capaz de llevar al país hacia la paz. La historia de este período es la historia de la lucha de los socialistas revolucionarios (democracia pequeñoburguesa) contra los bolcheviques (democracia proletaria) por los campesinos, por ganar influencia sobre la mayoría de los campesinos. La suerte de esta lucha la decidieron el período de la coalición, el período de la *kerenskiada*, la renuncia de los socialistas revolucionarios y mencheviques a la confiscación de las tierras de los terratenientes, la lucha librada por los socialistas revolucionarios y los mencheviques por la prosecución de la guerra, la ofensiva de junio en el frente, la pena de muerte para los soldados, la sublevación de Kornilof.

Si antes, en el período anterior, el problema fundamental de la revolución había sido el derrocamiento del zarismo y del poder de los terratenientes, ahora, en el período que sigue a la revolución de febrero, en que ya no había zar y en que la guerra interminable había dejado exhausta la economía del país, arruinando enteramente a los campesinos, el problema de *liquidar* la guerra se había convertido en el problema fundamental de la revolución. El centro de gravedad se desplazó, evidentemente, de los problemas de carácter puramente interior al problema fundamental: el de la guerra. «¡Acabar la guerra!», «¡Librarse de la guerra!», tal era el clamor general del país extenuado y, sobre todo, de los campesinos.

Pero para librarse de la guerra era preciso derribar al Gobierno provisional, era necesario derribar el Poder de la burguesía, era necesario derribar el Poder de los socialistas revolucionarios y mencheviques, pues eran ellos y solamente ellos quienes se esforzaban en continuar la guerra hasta «la victoria final». En la práctica, no había, para salir de la guerra, más camino que el derrocamiento de la burguesía.

Era una nueva revolución, una revolución proletaria, ya que arrojaba del Poder a la última fracción, la fracción de extrema izquierda de la burguesía imperialista: al partido de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques, para crear un nuevo Poder, un Poder prole-

tario, el Poder soviético, para instaurar en el Poder al Partido del proletariado revolucionario, al Partido bolchevique, al Partido de la lucha revolucionaria contra la guerra imperialista y por una paz democrática. La mayoría de los campesinos apoyó la lucha de los obreros por la paz, por el Poder soviético.

Los campesinos no tenían ni podían tener otra salida.

El período de la «kerenskiada» fué, por tanto, la mayor enseñanza tangible para las masas campesinas trabajadoras, pues demostró hasta la evidencia que bajo el poder de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques el país no se libraría de la guerra y los campesinos no obtendrían ni la tierra ni la libertad; que los mencheviques y los socialistas revolucionarios sólo se distinguían de los kadetes por sus discursos melifluos y sus falsas promesas, pero que en realidad practicaban la misma política imperialista que aquéllos, y que el único Poder capaz de conducir al país por el verdadero camino era el Poder soviético. La prolongación de la guerra no hizo más que confirmar la justeza de esta enseñanza, espoleando la revolución y empujando a millones de campesinos y soldados por el camino de la *cohesión directa* en torno a la revolución proletaria. El aislamiento de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques se convirtió en un hecho irrevocable. Sin las enseñanzas evidentes del período de la coalición, no hubiera sido posible la dictadura del proletariado.

Tales fueron las circunstancias que facilitaron el proceso de transformación de la revolución burguesa en revolución proletaria.

Así fué como se formó en Rusia la dictadura del proletariado.

4.—Los campesinos después de la consolidación del Poder Soviético

Si antes, en el primer período de la revolución, el problema estaba principalmente en el derrocamiento del zarismo, y más tarde, después de la revolución de febrero, estaba ante todo en acabar con la guerra imperialista mediante el derrocamiento de la burguesía, ahora, después de la liquidación de la guerra civil y de la consolidación del Poder soviético, pasan a primer plano los problemas de la edificación económica. Reforzar y desarrollar la industria nacionalizada; vincular, a este efecto, la industria a la Economía rural a través del comercio regulado por el Estado; sustituir el sistema de contingentación de productos por el impuesto en especie, para luego, disminuyendo gradualmente este impuesto, pasar al intercambio entre los productos de la industria y de la Economía rural; reanimar el comercio y desarrollar la cooperación, atrayendo a éstas a millones de campesinos: he aquí cómo esbozaba Lenin las tareas inmediatas de la edificación económica, encaminada a echar las bases de la Economía socialista.

Dícese que esta tarea puede resultar inasequible en un país tan campesino como Rusia. Algunos escépticos llegan incluso a decir que esta tarea es puramente utópica, irrealizable, pues los campesinos son los campesinos; es decir, pequeños productores, que, por tanto, no pueden aprovecharse para organizar las bases de la producción socialista.

Pero los escépticos se equivocan, pues no tienen en cuenta algunas circunstancias que encierran, en este caso, una importancia decisiva. Veamos las principales:

Primera.—No hay que confundir a los campesinos de la Unión So-

viética con los campesinos de Occidente. Un campesino que ha pasado por la escuela de tres revoluciones, que ha luchado contra el zar y el poder burgués del brazo del proletariado y bajo su dirección, un campesino que ha recibido la tierra y la paz de manos de la revolución proletaria y que, gracias a esto, se ha convertido en la reserva del proletariado; este campesino no puede por menor diferenciarse del campesino que ha luchado en la revolución burguesa y bajo la dirección de la burguesía liberal, que ha recibido la tierra de manos de esta burguesía. ¿Hace falta acaso demostrar que el campesino soviético, acostumbrado a apreciar la amistad y la colaboración política del proletariado y que debe su libertad a esta amistad y a esta colaboración, no puede por menos de ser un material extraordinariamente favorable para la colaboración económica con el proletariado?

Engels decía que «la conquista del Poder político por el partido socialista se ha convertido en una empresa del futuro inmediato», que «para conquistarlo, el partido debe primero salir de la ciudad al campo y hacerse fuerte en el campo». (Engels, *El problema campesino*.) (*) Engels escribía esto en la última década del siglo pasado, refiriéndose a los campesinos occidentales. ¿Hace falta acaso demostrar que los comunistas rusas, que han llevado a cabo en este respecto una labor gigantesca en el transcurso de tres revoluciones, han conseguido crearse ya en el campo una influencia y un apoyo tan considerables, que nuestros compañeros de Occidente no pueden soñar siquiera con ellos? ¿Cómo es posible negar que esta circunstancia no puede por menos de favorecer radicalmente, en Rusia, el mejoramiento de las relaciones económicas entre la clase obrera y los campesinos?

Los escépticos repiten de memoria que los pequeños campesinos son un factor incompatible con la edificación socialista. Pero escuchad lo que dice Engels a propósito de los pequeños campesinos de Occidente:

«Estamos decididamente al lado del pequeño campesino; haremos todo lo posible para que a éste le sea más llevadera la existencia, para facilitarle el paso a la cooperación, si se decide a ello; caso de que no se halle todavía en condiciones de tomar esta decisión, trataremos de concederle el mayor tiempo posible para que se pueda reflexionar sobre esto en su parcela. Procederemos así, no sólo porque consideramos posible que los pequeños campesinos, que trabajan por su cuenta, se pasen a nuestro lado, sino también teniendo en cuenta los intereses inmediatos del partido. Cuanto mayor sea el número de campesinos a quienes no dejemos descender a la categoría de propietarios y a los que podamos atraernos ya como campesinos, más rápida y fácilmente se llevará a cabo la transformación social. Sería tiempo perdido, para nosotros, esperar para esta transformación a que la producción capitalista se desarrolle en todas partes hasta sus últimas consecuencias, a que el último pequeño artesano y el último pequeño campesino sean víctimas de la gran producción ca-

(*) V. Engels, *El problema campesino en Francia y Alemania*. Edición Europa-América, pág. 28.

pitalista. Los sacrificios materiales que sea necesario hacer en este sentido en interés de los campesinos a expensas de los recursos sociales, podrán parecer, desde el punto de vista de la Economía capitalista, dinero tirado; pero son una magnífica inversión de capital, pues economizan tal vez una suma diez veces mayor, en la partida de gastos de la reorganización social en conjunto. En este sentido podemos, por consiguiente, ser muy generosos respecto a los campesinos.» (Véase lugar citado.) (*)

Así hablaba Engels refiriéndose a los campesinos de Occidente. ¿Y acaso no es evidente que lo que dice aquí Engels no puede llevarse a cabo en ningún sitio con tanta facilidad ni de un modo tan completo como en el país de la dictadura del proletariado? ¿Acaso no es evidente que sólo en la Rusia soviética puede decirse ya actualmente y de un modo completo que «el pequeño campesino que trabaja por su cuenta se pasa a nuestro lado», y que en la Rusia soviética son ya una realidad los «sacrificios materiales» y «la generosidad respecto a los campesinos», necesarios para ello, y otras medidas análogas en beneficio de los campesinos? ¿Y cómo puede negarse que esta circunstancia tiene, a su vez, que facilitar e impulsar la edificación económica del país soviético?

Segunda.—No hay que confundir la Economía rural de Rusia con la del Occidente. En el Occidente, la Economía rural se desarrolla en la línea habitual del capitalismo, bajo las condiciones de una profunda diferenciación entre los campesinos, con grandes fincas y latifundios capitalistas de propiedad particular en uno de los polos, y en el otro pauperismo, miseria y esclavitud asalariada. Allí son completamente naturales, a consecuencia de esto, la disgregación y la descomposición. No sucede así en Rusia. En nuestro país, la Economía rural no puede desarrollarse siguiendo la misma senda, ya que la existencia del Poder soviético y la nacionalización de los instrumentos y medios fundamentales de producción no permiten un desarrollo semejante. En Rusia, el desarrollo de la Economía rural tiene que seguir otro camino, el camino de la cooperación de millones de campesinos pequeños y medianos, la trayectoria en el campo de una cooperación en masa, fomentada por el Estado bajo la forma de facilidades de crédito. Lenin indicaba con razón en sus artículos sobre la cooperación que el desarrollo de la Economía rural de nuestro país debía seguir un camino nuevo, el camino de incorporar a la mayoría de los campesinos a la edificación socialista a través de la cooperación, el camino de hacer penetrar gradualmente en la Economía rural el principio colectivista, primero en la órbita de la venta de los productos agrícolas y después en la órbita de la producción.

En este sentido, son sumamente interesantes algunos fenómenos nuevos que se presentan en el campo, en relación con la labor de la cooperación agrícola. Es sabido que en el seno de la Unión de Cooperativas Agrícolas han surgido, en diferentes ramas de la Economía rural, en la producción de lino, de patatas, de manteca, etc., nuevas y fuer-

(*) V. Engels, *El problema campesino en Francia y Alemania*. Edición Europa-América, pág. 28.

tes organizaciones a las que está reservado un gran porvenir. Entre ellas figura, por ejemplo, la «Cooperativa Central del Lino», que agrupa toda una red de cooperativas campesinas de producción de lino. La «Cooperativa Central del Lino» se ocupa de suministrar a los campesinos semillas e instrumentos de producción, luego compra a los mismos campesinos toda su producción de lino, la vende en gran escala en el mercado, garantiza a los campesinos una participación en los beneficios y, de este modo, vincula a las explotaciones campesinas, a través de la Unión de Cooperativas Agrícolas, a la industria del Estado. ¿Qué nombre dar a semejante forma de organización de la producción? Trátese, a mi juicio, de un sistema domiciliario de gran producción estatal-socialista en materia de Economía rural. Hablo de sistema domiciliario de producción estatal-socialista por analogía con el sistema domiciliario del capitalismo, que se aplica, por ejemplo, en el ramo de la industria textil y en el que los artesanos, que recibían del capitalista la materia prima y los instrumentos de trabajo y le entregaban toda su producción, eran de hecho obreros semiasalariados, que trabajaban en su domicilio. El citado ejemplo es uno de los numerosos indicios de cuál es la trayectoria que tiene que seguir en nuestro país el desarrollo de la Economía rural. No quiero hablar aquí de otros indicios de la misma índole, en otras ramas de la Economía rural.

¿Hace falta acaso demostrar que la inmensa mayoría de los campesinos seguirán de buen grado esta nueva trayectoria, rechazando la senda de los latifundios capitalistas de propiedad particular y de la esclavitud asalariada, el camino de la miseria y de la ruina?

He aquí lo que dice Lenin acerca de las trayectorias de nuestra Economía rural:

«El Poder del Estado sobre todos los grandes medios de producción, el Poder estatal en manos del proletariado, la alianza de este proletariado con muchos millones de pequeños y pequeñísimos campesinos, el aseguramiento de la dirección de este proletariado con respecto a los campesinos, etc., ¿acaso no tenemos aquí todo lo necesario para que, con la cooperación y nada más que con la cooperación, a la que antes mirábamos desdeñosamente, como cosa mercenaria, y a la que, en cierto modo, tenemos derecho de seguir tratando así también ahora, bajo la NEP; acaso no tenemos aquí todo lo necesario para la construcción de la sociedad socialista completa? No es aún la construcción de la sociedad socialista, pero sí es todo lo necesario y lo suficiente para proceder a esta construcción.» (Véase *Obras completas*, tomo XXVII, página 392.)

Más adelante, hablando de la necesidad de prestar apoyo financiero y otra clase de apoyos a la cooperación, como a un «nuevo principio de la organización de la población», y a un «nuevo régimen social», bajo la dictadura del proletariado, Lenin prosigue:

«Todo régimen social surge exclusivamente con el apoyo económico de una clase determinada. No hace falta recordar los centenares de millones de rublos que costó el nacimiento

del capitalismo «libre». Ahora, debemos reconocer, y ponerlo en práctica, que el régimen social que debemos apoyar saliéndonos de lo corriente, en la época actual, es el régimen cooperativista. Pero hay que apoyarlo en el verdadero sentido de la palabra; es decir, que no basta con entender por tal apoyo la ayuda prestada a cualquier clase de circulación cooperativa, sino que por apoyo hay que entender aquí el prestado a una circulación cooperativa en la que *participen realmente las verdaderas masas de la población.*» (Lugar citado, pág. 393.)

¿Qué nos dicen todas estas circunstancias?

Nos dicen que los escépticos no tienen razón.

Nos dicen que quien tiene razón es el leninismo, cuando ve en las masas trabajadoras del campo la reserva del proletariado.

Nos dicen que el proletariado en el Poder puede y debe utilizar esta reserva para articular la industria y la Economía rural, para elevar el nivel de la construcción socialista y dar a la dictadura del proletariado aquella base necesaria, sin la cual es imposible tránsito a la Economía socialista.

EL PROBLEMA NACIONAL

De este tema tomo dos problemas principales: a) el planteamiento del problema; b) el movimiento de liberación de los pueblos oprimidos y la revolución proletaria.

1.—El planteamiento del problema

Durante las dos últimas décadas, el problema nacional ha sufrido una serie de cambios muy importantes. El problema nacional del período de la Segunda Internacional y el problema nacional del período del leninismo distan mucho de ser uno y el mismo. Media entre ellos una diferencia profunda no sólo cuanto a su extensión, sino también en cuanto a su carácter interno.

Antes, el problema nacional no se salía, habitualmente, de un círculo estrecho de cuestiones relacionadas principalmente con las nacionalidades «cultas». Irlandeses, húngaros, polacos, finlandeses, serbios y algunas otras nacionalidades europeas; he aquí el círculo de pueblos sin plenitud de derechos por cuya suerte se interesaban los héroes de la Segunda Internacional. Decenas y centenares de millones de pueblos asiáticos y africanos que sufren la opresión nacional en la forma más brutal y cruel quedaban generalmente fuera de su horizonte visual. No se decidían a poner en un mismo plano a los pueblos «cultos» y a los «incultos», a los blancos y a los negros. De dos o tres resoluciones vacuas y anodinas, en las que se esquivaba cuidadosamente la cuestión de la liberación de las colonias, era de todo lo que podían vanagloriarse los personajes de la Segunda Internacional. Hoy, esta dualidad, estas posiciones a medias en el problema nacional, deben considerarse ya liquidadas. El leninismo ha puesto al desnudo esta incongruencia escandalosa, ha roto la muralla entre los negros y los blancos, entre los europeos y los asiáticos, entre los esclavos «cultos» e «incultos» del imperialismo, y con ello ha vinculado el problema nacional al problema de las colonias. Como consecuencia de esto, el problema nacional ha dejado de ser un problema particular e interno de los Estados, para convertirse en un problema general e internacional, en el problema mundial de liberar a los pueblos oprimidos de los países dependientes y de las colonias del yugo del imperialismo.

Antes, el principio de autodeterminación nacional solía interpretarse de un modo falso, reduciéndolo no pocas veces al derecho de las na-

ciones a su autonomía. Algunos líderes de la Segunda Internacional llegaron incluso a convertir el derecho de autodeterminación nacional en el derecho a la autonomía cultural; es decir, en el derecho de las naciones oprimidas a tener sus propias instituciones culturales, dejando todo el Poder político en manos de la nación dominante. Esta circunstancia hacía que el principio de autodeterminación nacional, en vez de ser un arma de lucha contra las anexiones, corriese el riesgo de convertirse en instrumento para justificarlas. Hoy, esta confusión debe considerarse ya liquidada. El leninismo ha ampliado el concepto de la autodeterminación nacional, interpretándolo como el derecho de los pueblos oprimidos de los países dependientes y de las colonias a la completa separación, como el derecho de las naciones a existir como Estados independientes. Con ello se ha eliminado la posibilidad de justificar las anexiones mediante la interpretación del derecho de autodeterminación nacional como el derecho a la autonomía. El principio mismo de autodeterminación, que en manos de los socialchovinistas fué indudablemente, durante la guerra imperialista, un instrumento para engañar a las masas, convirtiase, de este modo, en un instrumento para desenmascarar todos y cada uno de los apetitos imperialistas y maquinaciones chovinistas, en un instrumento de educación política de las masas en el espíritu del internacionalismo.

Antes, el problema de las naciones oprimidas solía considerarse como un problema puramente jurídico. Con la proclamación solemne de la «igualdad de derechos de las naciones» y con innumerables declaraciones sobre la «igualdad de las naciones»; he aquí con lo que se contentaban los partidos de la Segunda Internacional, encubriendo el hecho de que, bajo el imperialismo, en que un grupo de naciones (la minoría) vive a expensas de la explotación de otro grupo de naciones, hablar de «igualdad de las naciones» es burlarse de los pueblos oprimidos. Hoy, este punto de vista jurídicoburgués sobre el problema nacional debe considerarse como desenmascarado. El leninismo ha hecho descender a ras de tierra, desde las alturas de las declaraciones grandilocuentes, el problema nacional, afirmando que las declaraciones sobre la «igualdad de las naciones», si no van reforzadas por un apoyo directo de los partidos proletarios a la lucha de liberación de los pueblos oprimidos, no son más que declaraciones falsas y huecas. En ello, el problema de las naciones oprimidas se ha convertido en el problema de apoyar y ayudar, ayudar de un modo real y constante, a las naciones oprimidas en su lucha contra el imperialismo, por la verdadera igualdad de las naciones, por su existencia independiente como Estados.

Antes, el problema nacional se enfocaba de un modo reformista, como un problema aislado, independiente, sin relación alguna con el problema general del poder del capital, del derrocamiento del imperialismo, de la revolución proletaria. Dábase tácitamente por supuesto que el proletariado de Europa podía triunfar sin una alianza directa con el movimiento de liberación de las colonias, que el problema nacional-colonial podía resolverse silenciosamente, «espontáneamente», al margen de la gran calzada de la revolución proletaria, sin lucha revolucionaria contra el imperialismo. Hoy, este punto de vista antirrevolucionario debe considerarse como desenmascarado. El leninismo ha demostrado, y la guerra imperialista y la revolución rusa lo han corroborado, que el problema nacional sólo puede resolverse en relación con la revolución proletaria y a base de ella, que el camino del triunfo de la revolución

en Occidente va a través de la alianza revolucionaria con el movimiento de liberación de las colonias y de los países dependientes contra el imperialismo. El problema nacional es una parte del problema general de la revolución proletaria, una parte del problema de la dictadura del proletariado.

El problema se plantea así: ¿están o no *agotadas* las posibilidades revolucionarias que encierra el movimiento revolucionario de liberación de los países oprimidos? Y, si no lo están, ¿hay una base, hay una esperanza de poder utilizar estas posibilidades para la revolución proletaria, de convertir los países dependientes y coloniales de reserva de la burguesía imperialista en reserva del proletariado revolucionario, en aliado suyo?

El leninismo contesta a esta pregunta de un modo afirmativo; es decir, reconoce que en el seno del movimiento de liberación nacional de los países oprimidos existen posibilidades revolucionarias y que cabe utilizarlas para el derrocamiento del enemigo común, para el derrocamiento del imperialismo. La mecánica del desarrollo del imperialismo, la guerra imperialista y la revolución rusa confirman plenamente las conclusiones del leninismo sobre este particular.

De aquí la necesidad de que el proletariado apoye enérgica y resueltamente el movimiento de la liberación nacional de los pueblos oprimidos y dependientes.

Esto no significa, naturalmente, que el proletariado deba apoyar siempre y en todas partes, en todos y cada uno de los casos concretos, *todo* movimiento nacional. De lo que se trata es de apoyar aquellos movimientos nacionales encaminados a debilitar, a derrumbar el imperialismo y no a reforzarlo y mantenerlo. Suelen darse casos en que los movimientos nacionales de determinados países oprimidos chocan con los intereses del desarrollo del movimiento proletario. Se sobrentiende que en estos casos no se puede ni hablar siquiera de prestar apoyo. El problema de los derechos de las naciones no es un problema aislado, un problema de por sí, sino que forma parte del problema general de la revolución proletaria, se halla supeditado al todo y ha de ser enfocado desde el punto de vista de éste. En la década del 40 del siglo pasado, Marx abogaba en pro del movimiento nacional de los polacos y los húngaros, y en contra del movimiento de los checos y de los yugoeslavos. ¿Por qué? Porque los checos y los yugoeslavos eran por aquel entonces «pueblos reaccionarios», «puestos de avanzada de Rusia» en Europa, puestos de avanzada del absolutismo, mientras que los polacos y los húngaros eran «pueblos revolucionarios», que luchaban contra el absolutismo. Porque el apoyar el movimiento nacional de los checos y de los yugoeslavos significaba entonces apoyar indirectamente el zarismo, al enemigo más peligroso del movimiento revolucionario de Europa.

«Las distintas reivindicaciones de la democracia — dice Lenin —, incluyendo la de la autodeterminación nacional, no son algo absoluto, sino *partículas* de todo el movimiento democrático (hoy, socialista) *mundial*. Puede suceder que, en un caso dado, lo parcial se halle en contradicción con lo general; en casos tales, hay que desecharlo.» (Véase *Obras completas*, tomo XIX, páginas 257-258.)

Así se plantea el problema, en lo que se refiere a los distintos movimientos nacionales y al posible carácter reaccionario de estos movimientos; siempre y cuando, naturalmente, que no se los enfoque desde un punto de vista formal, desde el punto de vista de los derechos abstractos, sino en un plano concreto, desde el punto de vista de los intereses del movimiento revolucionario.

Y otro tanto hay que decir en lo que se refiere al carácter revolucionario de los movimientos nacionales en general. El carácter indiscutiblemente revolucionario de la inmensa mayoría de los movimientos nacionales es algo tan relativo y peculiar como lo es el posible carácter reaccionario de algunos movimientos nacionales concretos. El carácter revolucionario del movimiento nacional, bajo las condiciones de la opresión imperialista, no presupone en modo alguno, forzosamente, la existencia en el movimiento de elementos proletarios, la existencia de un programa revolucionario o republicano a que obedezca el movimiento, la existencia en éste de una base democrática. La lucha mantenida por el emir de Afganistán por la independencia de su país es una lucha objetivamente *revolucionaria*, a pesar de las ideas monárquicas del emir y de sus secuaces, pues esta lucha debilita, descompone, socava los cimientos del imperialismo; en cambio, la lucha de demócratas, «socialistas revolucionarios» y republicanos tan «audaces» como, por ejemplo, Kerensky y Tseretelli, Renaudel y Scheidemann, Chernof y Dan, Henderson y Clynes, durante la guerra imperialista, era una lucha *reaccionaria*, pues tenía como resultado el dorar la píldora del imperialismo, el fortalecerle, el darle la victoria. La lucha de los comerciantes y de los intelectuales burgueses egipcios por la independencia de Egipto es, por las mismas causas, una lucha objetivamente *revolucionaria*, a pesar del origen burgués y la denominación burguesa de los líderes del movimiento nacional egipcio y a pesar de que están en contra del socialismo; en cambio, la lucha del Gobierno laborista inglés por mantener la situación de dependencia de Egipto es, por las mismas causas, una lucha *reaccionaria*, a pesar del origen proletario y de la posición proletaria de los miembros de este Gobierno, y a pesar de que están «en pro» del socialismo. Y no digamos el movimiento nacional de otros países coloniales y dependientes mayores, como la India y China, cada uno de cuyos pasos en la senda de la liberación, aun cuando infrinja las exigencias de la democracia formal, representa un mazazo asestado contra el imperialismo; es decir, un paso indiscutible *revolucionario*.

Lenin tiene razón cuando dice que el movimiento nacional de los países oprimidos no se debe valorar desde el punto de vista de la democracia formal, sino desde el punto de vista de los resultados prácticos dentro del balance general de la lucha contra el imperialismo; es decir, que no debe enfocarse «aisladamente, sino en una escala mundial». (Véase tomo XIX, pág. 257.)

2.—El movimiento de liberación de los pueblos oprimidos y la revolución proletaria

Para resolver el problema nacional, el leninismo parte de los principios siguientes:

a) El mundo está dividido en dos campos: el que forman un pequeño puñado de naciones civilizadas, que poseen el capital finan-

ciero y explotan a la inmensa mayoría de la población del planeta, y el campo de los pueblos oprimidos y explotados de las colonias y de los países dependientes, que forman esta mayoría.

b) Las colonias y los países dependientes, oprimidos y explotados por el capital financiero constituyen una formidable reserva y la más importante fuente de fuerzas para el imperialismo.

c) La lucha revolucionaria de los pueblos oprimidos de los países coloniales y dependientes contra el imperialismo es el único camino por el que pueden emanciparse de la opresión y de la explotación.

d) Los países coloniales y dependientes más importantes han abrazado ya la senda del movimiento de liberación nacional, que no puede por menos de conducir a la crisis del capitalismo mundial.

e) Los intereses del movimiento proletario en los países desarrollados y del movimiento de liberación nacional en las colonias exigen que estos dos aspectos del movimiento revolucionario se unan en un frente común contra el enemigo común: contra el imperialismo.

f) La clase obrera en los países desarrollados no puede triunfar ni los pueblos oprimidos pueden liberarse del yugo del imperialismo sin la formación y consolidación de un frente revolucionario general.

g) Este frente revolucionario general no puede formarse si el proletariado de las naciones opresoras no presta un apoyo directo y resuelto al movimiento de liberación de los pueblos oprimidos contra el imperialismo «de su propia patria», pues «no puede ser libre el pueblo que oprime a otros pueblos». (Marx.)

h) Este apoyo significa el sostener, defender y llevar a la práctica la consigna del derecho de los pueblos a separarse y a existir como Estados independientes.

i) Sin poner en práctica esta consigna será imposible lograr la unificación y colaboración de las naciones en una sola Economía mundial, que constituye la base material para el triunfo del socialismo.

j) Esta unión sólo puede ser voluntaria, erigida sobre la base de la confianza mutua y de las relaciones fraternales entre los pueblos.

De aquí se derivan dos aspectos, dos tendencias en el problema nacional: la tendencia a liberarse políticamente de las cadenas del imperialismo y a formar Estados nacionales independientes, que brota sobre la base de la opresión imperialista y de la explotación colonial, y la tendencia al acercamiento económico de las naciones, que brota a consecuencia de la formación de un mercado y una economía mundiales.

«El capitalismo en curso de desarrollo — dice Lenin — conoce dos tendencias históricas en el problema nacional. Primera: despertar de la vida nacional y de los movimientos nacionales, lucha contra toda opresión nacional, creación de Estados nacionales. Segunda: Desarrollo y multiplicación de vínculos de todas clases entre las naciones, destrucción de las barreras nacionales, creación de la unidad internacional del capital y de la vida económica en general, de la política, de la ciencia, etc. Ambas tendencias son la ley mundial del capitalismo. La primera predomina en los comienzos de su evolución, la segunda caracteriza al capitalismo maduro, que marcha hacia su transformación en sociedad socialista.» (Obras completas, t. XVII, págs. 139-140.)

Para el imperialismo, estas dos tendencias son irreconciliablemente contradictorias, pues el imperialismo no puede vivir sin la explotación y el sojuzgamiento por la fuerza de las colonias dentro del marco de un «todo único», el imperialismo no puede acercarse a las naciones más que mediante las anexiones y las conquistas coloniales, sin las que, hablando en términos generales, sería inconcebible el imperialismo.

Por el contrario, para el comunismo, estas tendencias no son más que dos aspectos de una misma causa, de la causa de la liberación de los pueblos oprimidos del yugo imperialista, pues el comunismo sabe que la unificación de los pueblos en una sola Economía mundial sólo es posible sobre la base de la confianza mutua y del libre consentimiento, que el camino hacia la formación de la unión voluntaria de los pueblos pasa a través de la separación de las colonias del «todo único» imperialista y de su transformación en Estados independientes.

De aquí la necesidad de una lucha tenaz, incesante, resuelta, contra el chovinismo de grandes potencias de los «socialistas» de las naciones dominantes (Inglaterra, Francia, Estados Unidos de América, Italia, Japón, etc.), que no quieren luchar contra sus Gobiernos imperialistas, ni quieren apoyar la lucha de los pueblos oprimidos de «sus» colonias por liberarse del yugo y separarse como Estados.

Sin esta lucha, no se concibe la posibilidad de educar a la clase obrera de las naciones dominantes en el espíritu del verdadero internacionalismo, en el espíritu del acercamiento de las masas trabajadoras de los países dependientes y de las colonias, en el espíritu de la verdadera preparación de la revolución proletaria. Si el proletariado ruso no hubiese contado con la simpatía y el apoyo de los pueblos oprimidos del ex imperio de Rusia, la revolución rusa no hubiera triunfado, Kolchak y Denikin no hubieran sido derrotados. Pero para ganarse la simpatía y el apoyo de estos pueblos, el proletariado tuvo, ante todo, que romper las cadenas del imperialismo ruso y librarlo de la opresión nacional. Sin esto hubiera sido imposible consolidar el Poder soviético, implantar el verdadero internacionalismo y crear esa magnífica organización, basada en la colaboración de los pueblos que lleva el nombre de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y que es el prototipo viviente de la que será la futura unificación de los pueblos en una sola Economía mundial.

De aquí la necesidad de luchar contra el aislamiento nacional, la estrechez de miras, el particularismo de los socialistas de los países oprimidos, que no quieren ver más allá de su campanario nacional y no comprenden la relación que existe entre el movimiento de liberación de su país y el movimiento proletario de los países dominantes.

Sin esta lucha es inconcebible la posibilidad de defender la política independiente del proletariado de las naciones oprimidas y su solidaridad de clase con el proletariado de los países dominantes, en la lucha por derrocar al enemigo común, en la lucha por derrocar al imperialismo; sin esta lucha no sería posible el internacionalismo.

Tal es el camino para educar a las masas trabajadoras de las naciones dominantes y oprimidas en el espíritu del internacionalismo revolucionario.

He aquí lo que dice Lenin acerca de los dos aspectos de esta labor del comunismo para educar a los obreros en el espíritu del internacionalismo:

«Esta educación... ¿puede ser concretamente igual en las grandes naciones opresoras que en las pequeñas naciones oprimidas, en las naciones anexionistas que en las naciones anexionadas?»

Evidentemente, no. El camino que lleva al objetivo común, hacia la completa igualdad de derechos, hacia el más estrecho acercamiento, y la ulterior *fusión de todas las naciones*, sigue aquí, evidentemente, distintas rutas concretas; del mismo modo que, por ejemplo, el camino que conduce a un punto que se halla en el centro de esta página, parte en uno de sus extremos laterales hacia la izquierda y en el extremo opuesto hacia la derecha. Si el socialdemócrata de una gran nación opresora, anexionista, partidario de la fusión de las naciones en general, se olvida, aunque sólo sea por un instante, de que «su» Nicolás II., «su» Guillermo II., Jorge V., Poincaré y otros abogan *también en favor* de la fusión con las naciones pequeñas (por medio de las anexionadas), de que Nicolás II aboga en favor de la «fusión» con Galitzia, Guillermo II en favor de la «fusión» con Bélgica, etc., ese socialista resultará ser, en teoría, un ridículo doctrinario, y en la práctica, un auxiliar del imperialismo.

El centro de gravedad de la educación internacionalista de los obreros de los países opresores tiene que estar necesariamente en la propaganda y en la defensa de la libertad de separación a favor de los países oprimidos. Sin ello, *no hay* internacionalismo. Tenemos el derecho y el deber de despreciar y calificar de imperialistas y canallas a los socialistas de las naciones opresoras que no desplieguen una propaganda de este tipo. Es ésta una exigencia incondicional, aunque el caso de la separación no pueda darse y «realizarse» antes del socialismo más que en el uno por mil de los casos...

Y, a la inversa, los socialdemócratas de las naciones pequeñas deben tomar como centro de gravedad de sus campañas de agitación la segunda parte de nuestra fórmula general: «unión voluntaria» de las naciones. Sin faltar a sus deberes de internacionalistas, pueden pronunciarse a favor de la independencia política de su nación y de su incorporación al Estado vecino, X, Y, Z, etc. Pero deberán siempre luchar *contra* la estrechez nacional mezquina, contra el aislamiento, contra la propia peculiaridad, por que se tenga en cuenta lo total y lo general, por la supeditación de los intereses particulares al interés general.

Gentes que no han penetrado en el problema encuentran «contradictorio» que los socialistas de las naciones opresoras insistan en la «libertad de separación» y los socialistas de las naciones oprimidas en la «libertad de unificación». Pero a poco que se reflexione se ve que partiendo de esta «situación dada no hay ni puede haber otro camino que lleve al internacionalismo y a la fusión de las naciones», otro camino que conduzca a este fin. » (*Obras completas*, t. XIX, págs. 261-262.)

VII

ESTRATEGIA Y TACTICA

Todo de este tema seis problemas: a) la estrategia y la táctica, como ciencia de la dirección de la lucha de clases del proletariado; b) las etapas de la revolución y la estrategia; c) los flujos y reflujos del movimiento y la táctica; d) la dirección estratégica; e) la dirección táctica; f) el reformismo y el revolucionarismo.

1.—La estrategia y la táctica como ciencia de la dirección de la lucha de clases del proletariado

El período de predominio de la Segunda Internacional fué, principalmente, un período durante el cual se formó y educó a los ejércitos proletarios bajo las condiciones de un desarrollo más o menos pacífico. Fué el período del parlamentarismo como forma preponderante de la lucha de clases. Las cuestiones de los grandes choques de las clases, de la preparación del proletariado para las batallas revolucionarias, de los caminos hacia la conquista de la dictadura del proletariado no estaban entonces, al parecer, a la orden del día. La tarea reducíase a utilizar todas las vías de desarrollo legal para formar y educar a los ejércitos proletarios, para aprovecharse del parlamentarismo adaptándolo a aquellas condiciones en las cuales el proletariado asumía y al parecer debía asumir el papel de oposición. ¿Hace falta acaso demostrar que en un período así, y con semejante manera de concebir las tareas del proletariado, no podía haber ni una estrategia completa, ni una táctica bien elaborada? Había pensamientos fragmentarios, ideas aisladas sobre táctica y estrategia, pero una estrategia y una táctica como tales no existían.

El pecado mortal de la Segunda Internacional consiste, no en haber practicado en su tiempo la táctica de aprovechar las formas parlamentarias de lucha, sino en haber exagerado la importancia de estas formas, considerándolas casi como las únicas y en que, cuando llegó el período de las batallas revolucionarias abiertas y el problema de las formas extraparlamentarias de lucha pasó a primer plano, los partidos de la Segunda Internacional volvieron la espalda a las nuevas tareas, no las reconocieron.

Una estrategia completa y una táctica bien elaborada de la lucha del proletariado sólo podían definirse en el período siguiente, en el período de las acciones abiertas del proletariado, en el período de la

revolución proletaria, cuando el problema del derrocamiento de la burguesía se convirtió en un problema práctico, directo, cuando el problema de las reservas del proletariado (estrategia) pasó a ser uno de los problemas más palpitantes, cuando todas las formas de lucha y de organización — tanto parlamentarias como extraparlamentarias (táctica) — se revelaron en una forma perfectamente definida. Fué precisamente en este período cuando Lenin sacó de nuevo a la luz las geniales ideas de Marx y Engels sobre táctica y estrategia, archivadas por los oportunistas de la Segunda Internacional. Pero Lenin no se limitó a restaurar las distintas tesis tácticas de Marx y Engels. Las desarrolló, completándolas con nuevas ideas y principios y reuniendo todo esto en un sistema de reglas y principios orientadores para la dirección de la lucha de clases del proletariado. Obras de Lenin, como *¿Qué hacer?*, *Las dos tácticas*, *El imperialismo, etapa culminante del capitalismo*, *El Estado y la Revolución*, *La Revolución proletaria y el renegado Kautsky*, *El extremismo, enfermedad infantil del comunismo*, entrarán, indiscutiblemente, como una valiosísima aportación en el tesoro general del marxismo, en su arsenal revolucionario. La estrategia y la táctica del leninismo son la ciencia de la dirección de la lucha revolucionaria del proletariado.

2.—Las etapas de la revolución y la estrategia

La estrategia es la que determina la dirección que ha de imprimirse al golpe principal del proletariado, tomando por base la etapa en que se encuentra la revolución, la que elabora el plan consiguiente de la distribución de las fuerzas revolucionarias (de las reservas principales y secundarias), la que lucha por llevar a cabo este plan a todo lo largo de la etapa en que se encuentre la revolución.

Nuestra revolución ha pasado ya por dos etapas y ha entrado, después de la revolución de octubre, en la tercera. De acuerdo con esto, ha ido cambiando la estrategia.

Primera etapa. De 1903 a febrero de 1917. Objetivo: derrocamiento del zarismo, completa liquidación de las supervivencias de la Edad Media. Fuerza fundamental de la revolución: el proletariado. Reserva inmediata: los campesinos. Dirección del golpe principal: aislar a la burguesía monárquica-liberal, que se esforzaba en atraerse a los campesinos y en liquidar la revolución llegando a un acuerdo con el zarismo. Plan de distribución de las fuerzas: alianza de la clase obrera con los campesinos. «El proletariado debe llevar a término la revolución democrática, atrayéndose a la masa campesina, para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía». (Lenin, *Obras completas*, t. VIII, pág. 96.)

Segunda etapa. Marzo de 1917 a octubre de 1917. Objetivo: derrocar el imperialismo en Rusia y salir de la guerra imperialista. Fuerza fundamental de la revolución: el proletariado. Reserva inmediata: los campesinos pobres. Como reserva probable, el proletariado de los países vecinos. Como factor favorable, la guerra, que se prolongaba, y la crisis del imperialismo. Dirección del golpe principal: aislar a la democracia pequeñoburguesa (mencheviques, socialistas revolucionarios), que se esforzaba en atraerse a las masas trabajadoras del campo y en poner fin a la revolución llegando a un acuerdo con el imperialismo. Plan de

distribución de las fuerzas: alianza del proletariado con los campesinos pobres. «El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista, atrayéndose a la masa semiproletaria de la población, con el fin de romper por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía». (Lugar citado.)

Tercera etapa. Comienza después de la revolución de octubre. Objetivo: consolidar la dictadura del proletariado en un solo país, utilizándola como punto de apoyo para el derrocamiento del imperialismo en todos los países. La revolución rebasa el marco de un solo país, comienza la época de la revolución mundial. Fuerzas fundamentales de la revolución: dictadura del proletariado en un país, movimiento revolucionario del proletariado en todos los países. Reservas principales: las masas semiproletarias y las masas de los pequeños campesinos en los países adelantados, el movimiento de liberación en las colonias y países dependientes. Dirección del golpe principal: aislar a la democracia pequeñoburguesa, aislar a los partidos de la Segunda Internacional, que son el puntal más importante de la política encaminada a llegar a un acuerdo con el imperialismo. Plan de distribución de las fuerzas: alianza de la revolución proletaria con el movimiento de liberación de las colonias y de los países dependientes.

La estrategia se ocupa de las fuerzas fundamentales de la revolución y de sus reservas. Cambia al pasar la revolución de una etapa a otra, permaneciendo en lo fundamental invariable a lo largo de cada etapa dada.

3.—Los flujos y reflujos del movimiento y la táctica

La táctica es la que determina la línea de conducta del proletariado durante un período relativamente corto de flujo y reflujo del movimiento, de ascenso o descenso de la revolución, la lucha por llevar a cabo esta línea mediante la sustitución de las antiguas fórmulas de lucha y de organización por otras nuevas, de las consignas antiguas por otras nuevas, mediante combinaciones de estas formas, etc. Si el fin de la estrategia es ganar la guerra, digamos, contra el zarismo o contra la burguesía, llevar a término la lucha contra el zarismo o contra la burguesía, la táctica se asigna objetivos menos esenciales, pues no se propone ganar la guerra en su totalidad, sino ganar tales o cuales batallas, tales o cuales combates, llevar a cabo con éxito estas o las otras campañas, estas o las otras acciones, en consonancia con la situación concreta existente en este período de ascenso o descenso de la revolución. La táctica es una parte de la estrategia, a la que está supeditada y a la que sirve.

La táctica cambia con arreglo a los flujos y reflujos. Mientras que durante la primera etapa de la revolución (1903 a febrero de 1917) el plan estratégico permaneció invariable, la táctica se modificó varias veces durante este período. Durante 1903 a 1905 la táctica del Partido fué una táctica ofensiva, pues se trataba de un período de flujo de la revolución, el movimiento iba en ascenso, y la táctica debía partir de este hecho. En consonancia con esto, las formas de la lucha eran revolucionarias, como correspondía a las exigencias del flujo de la revolución. Huelgas políticas locales, manifestaciones políticas, huelga política

general, boicot de la Duma, insurrección, consignas revolucionarias de combate; tales fueron las formas de lucha que se sucedieron unas a otras durante este período. En relación con las formas de lucha cambiaron también, en este período, las formas de organización. Comités de fábrica y taller, Comités revolucionarios de campesinos, Comités de huelga, Soviets de diputados obreros, el Partido obrero, más o menos legal: he aquí las formas de organización durante este período.

En el período que va de 1907 a 1912, el Partido vióse obligado a pasar a la táctica de la retirada, pues nos hallábamos en un momento de descenso del movimiento revolucionario, de reflujo de la revolución, y la táctica no podía por menos de tener en cuenta este hecho. En consonancia con ello cambiaron tanto las formas de lucha como las de organización. En vez del boicot de la Duma, participación en ella; en vez de acciones revolucionarias abiertas fuera de la Duma, manifestaciones dentro de la Duma y trabajo en la Duma; en vez de huelgas generales políticas, huelgas económicas parciales, o simplemente calma. Fácilmente se comprende que en este período el Partido hubo de pasar a la ilegalidad, las organizaciones revolucionarias de masas fueron sustituidas por organizaciones culturales y educativas, por cooperativas, Sociedades de seguros y otras organizaciones de tipo legal.

Otro tanto puede decirse de la segunda y la tercera etapas de la revolución, en el transcurso de las cuales la táctica cambió decenas de veces mientras que los planes estratégicos permanecieron invariables.

La táctica se ocupa de las formas de lucha y de organización del proletariado, de sus cambios y combinaciones. Partiendo de una etapa dada de la revolución, la táctica puede cambiarse algunas veces, con arreglo a los flujos y reflujos, al ascenso o al descenso de la revolución.

4.—La dirección estratégica

Las reservas de la revolución suelen ser:

Directas: a) los campesinos y, en general, las capas intermedias del propio país; b) el proletariado de los países vecinos; c) el movimiento revolucionario de las colonias y países dependientes; d) las conquistas y las realizaciones de la dictadura del proletariado, a una parte de las cuales puede el proletariado renunciar temporalmente, reservándose la superioridad de fuerzas, con objeto de sobornar a un adversario fuerte y conseguir una tregua.

Indirectas: a) las contradicciones y conflictos entre las clases no proletarias del propio país, que el proletariado puede utilizar para debilitar al adversario y para reforzar sus reservas; b) las contradicciones, conflictos y guerras (por ejemplo, la guerra imperialista) entre los Estados burgueses hostiles al Estado proletario, que el proletariado puede utilizar en su ofensiva o para maniobrar, caso de verse obligado a batirse en retirada.

No hay por qué detenerse en las reservas de la primera categoría, ya que su significación es clara para todo el mundo. Por lo que se refiere a las reservas de la segunda categoría, cuya significación no es siempre clara, hay que decir que tienen a veces una importancia primordial para la marcha de la revolución. ¿Acaso puede nadie negar, por ejemplo, la inmensa importancia del conflicto entre la democracia

pequeñoburguesa (socialistas revolucionarios) y la burguesía liberal monárquica (kadetes) durante la primera revolución y después de ella, conflicto que desempeñó indudablemente su papel en lo referente a la liberación de los campesinos de la influencia de la burguesía? Y aun hay menos razones para negar la importancia gigantesca que tuvo el hecho de la guerra mortífera librada entre los principales grupos imperialistas en el período de la revolución de octubre, en que los imperialistas, ocupados en guerrear unos contra otros, no pudieron concentrar sus fuerzas contra el joven Poder soviético, siendo precisamente esta circunstancia la que permitió al proletariado entregarse de lleno a organizar sus fuerzas, a consolidar su Poder y a preparar la derrota de Kolchak y Denikin. Hay que suponer que hoy, en que las contradicciones entre los grupos imperialistas se ahogan cada vez más, y en que se hace inevitable una nueva guerra entre ellos, esta clase de reservas tendrá para el proletariado una importancia cada vez mayor.

La misión de la dirección estratégica consiste en saber utilizar acertadamente todas estas reservas, para conseguir el objetivo fundamental de la revolución en cada etapa dada de su desarrollo.

¿En qué consiste el saber utilizar acertadamente las reservas?

En cumplir algunas condiciones necesarias, entre las cuales consideramos como principales las siguientes:

Primera. Concentrar en el punto más vulnerable del adversario las principales fuerzas de la revolución, en el momento decisivo, cuando la revolución ha madurado ya, cuando la ofensiva marcha a todo vapor, cuando la insurrección llama a la puerta, cuando el acercarse a las reservas a la vanguardia constituye una condición decisiva de éxito. Como ejemplo de lo que es el saber utilizar de este modo las reservas puede servir la estrategia del Partido en el período que media entre abril y octubre de 1917. Es indudable que el punto más vulnerable del adversario, durante este período, era la guerra. Es indudable que, tomando precisamente este problema como el problema básico, fué como el Partido agrupó en torno a la vanguardia proletaria a las más extensas masas de la población. La estrategia del Partido en dicho período consistía en entrenar a la vanguardia en acciones callejeras, por medio de manifestaciones, y, al mismo tiempo, en acercar las reservas a la vanguardia, por medio de los Soviets en el interior del país y los Comités de soldados en el frente. El resultado de la revolución demostró que se había sabido utilizar acertadamente las reservas.

He aquí lo que dice Lenin a propósito de esta condición de saber utilizar estratégicamente las fuerzas de la revolución, parafraseando las conocidas tesis de Marx y Engels sobre la insurrección:

«No jugar nunca a la insurrección y, una vez empezada, saber firmemente que hay que llevarla a término. Hay que concentrar en el lugar y en el momento decisivos fuerzas muy superiores a las del enemigo; de lo contrario, éste, mejor preparado y organizado, aniquilaría a los insurrectos. Una vez empezada la insurrección, hay que proceder con la mayor decisión y tomar infaliblemente, incondicionalmente, la ofensiva. «La defensiva es la muerte de la insurrección armada.» Hay que esforzarse en coger al enemigo desprevenido, elegir el momento en que sus tropas se hallen dispersas. Hay que esforzarse

en obtener éxitos *diarios*, aunque sean pequeños (incluso podría decirse que a cada hora, si se trata de una sola ciudad), manteniendo a toda costa la *superioridad moral*. » (Véase *Obras completas*, tomo XXI, págs. 319-320.)

Segunda. Elegir el momento del golpe decisivo, el momento de comenzar la insurrección, basándose para ello⁹ en el hecho de que la crisis ha llegado ya a su punto álgido, de que la vanguardia está dispuesta a luchar hasta el fin, de que la reserva está dispuesta a sostener a la vanguardia y de que el desconcierto en las filas del adversario ha alcanzado su grado máximo.

« Puede entenderse que está completamente madura la batalla — dice Lenin — cuando la confusión entre todas las fuerzas de clase hostiles a nosotros sea suficientemente grande, cuando la discordia entre ellas haya alcanzado un grado bastante alto, cuando se hayan debilitado suficientemente en una lucha superior a sus fuerzas, cuando todos los elementos vacilantes, versátiles, inestables, intermedios (es decir, la pequeña burguesía, la democracia pequeñoburguesa a diferencia de la burguesía), se hayan puesto suficientemente en evidencia ante el pueblo y se hayan desacreditado lo bastante con su bancarrota práctica; cuando en el proletariado se haya iniciado y haya ido en potente ascenso un estado de espíritu de masas favorable a apoyar las acciones más resueltas, más valientes y abnegadas, más revolucionarias, contra la burguesía. Entonces será cuando la revolución haya llegado al grado de madurez, entonces será cuando la victoria será nuestra. Si hemos sabido tener en cuenta... las condiciones más arriba mencionadas y elegir acertadamente el momento, nuestra victoria estará asegurada. » (Véase *Obras completas*, tomo XXV, páginas 230-231.) (*)

Como modelo de esta estrategia puede ser considerado el modo como se llevó a cabo la insurrección de octubre.

La inobservancia de esta condición conduce a un error peligroso, a lo que se llama «perder el ritmo», que es lo que ocurre cuando el Partido se retrasa con respecto a la marcha del movimiento o se adelanta demasiado, exponiéndose al peligro de fracaso. Como ejemplo de lo que es «perder el ritmo», como ejemplo de cómo no hay que elegir el momento de la insurrección, puede considerarse el intento de una parte de los camaradas de comenzar la insurrección, deteniendo a los miembros de la Asamblea Democrática, en agosto de 1917, cuando en los Soviets se notaban aún vacilaciones, el frente estaba aún en la encrucijada y las reservas no habían sido aún ganadas para la vanguardia.

Tercera. Llevar a la práctica inflexiblemente la orientación ya adoptada, por encima de todas y cada una de las dificultades y complicaciones que se interpongan en el camino hacia el fin perseguido. Esta inflexibilidad es necesaria para que la vanguardia no pierda de vista el objetivo fundamental de la lucha y para que las masas, encaminándose

(*) *El extremismo*, ed. Europa-América, pág. 154-152. (N. DEL E.)

a este objetivo y esforzándose por agruparse en torno a la vanguardia, no se desvíen del camino. La inobservancia de esta condición conduce a ese enorme error a que los marinos dan el nombre de «perder el rumbo». Como ejemplo de lo que es «perder el rumbo» puede ser considerada la conducta equívoca de nuestro Partido inmediatamente después de la Asamblea Democrática, al acordar tomar parte en el Preparlamento. Era como si el Partido se hubiese olvidado, en aquel momento, de que el Preparlamento era una tentativa de la burguesía para desplazar al país del camino de los Soviets al camino del parlamentarismo burgués, y de que la participación del Partido en una institución de esta índole podía embrollar todas las cartas y desviar de su camino a los obreros y campesinos que libraban la lucha revolucionaria bajo la consigna de «¡Todo el Poder a los Soviets!». Este error se corrigió mediante la retirada de los bolcheviques del Preparlamento.

Cuarta. Saber maniobrar con las reservas en vista de una retirada acertada cuando el enemigo es fuerte, cuando la retirada es inevitable, cuando se sabe de antemano que es desventajoso aceptar el combate impuesto por el adversario, cuando, teniendo en cuenta la correlación de fuerzas existentes, la retirada se convierte para la vanguardia en el único medio de sortear el golpe de conservar a su lado las reservas.

« Los partidos revolucionarios deben aprender hasta el fin — dice Lenin —. Han aprendido a tomar la ofensiva. Ahora tienen que comprender que hay que completar esta ciencia con la ciencia de saber cómo hay que replegarse con el mayor acierto. Hay que comprender, y la clase revolucionaria aprende a comprenderlo por su propia y amarga experiencia, que sólo puede triunfar quien aprende a tomar la ofensiva y a emprender la retirada con acierto. » (Véase *Obras completas*, t. XXV, pág. 177.) (*)

El fin de esta estrategia consiste en ganar tiempo, desmoralizar al adversario y acumular fuerzas, para luego pasar a la ofensiva.

Como modelo de esta estrategia puede considerarse el Tratado de Paz de Brest-Litovsk, que permitió al Partido ganar tiempo, aprovecharse de los choques existentes en el campo del imperialismo, desmoralizar a las fuerzas del adversario, conservar consigo a los campesinos y acumular fuerzas para preparar la ofensiva contra Kolchak y Denikin.

« Concertando la paz separada — dijo Lenin entonces — nos librábamos en el mayor grado posible en aquel momento de ambos grupos imperialistas contendientes, aprovechándonos de la hostilidad existente entre ellos y de la guerra (que les estorbaba el llegar a un compromiso contra nosotros), y conseguimos tener las manos libres durante cierto tiempo para proseguir y consolidar la revolución socialista. » (Véase *Obras completas*, t. XXII, pág. 198.)

« Ahora, hasta el más necio ve — decía Lenin tres años después de firmarse la paz de Brest-Litovsk — que «la paz de

(*) *El extremismo*, ed. Europa-América, pág. 23. (N. DEL E.)

Brest» fué una concesión que sirvió para reforzarnos y que dividió las fuerzas del imperialismo internacional. » (Véase *Obras completas*, t. XXVII, pág. 7.)

Tales son las principales condiciones que aseguran el acierto en la dirección estratégica.

1.—La dirección táctica

La dirección táctica es una parte de la dirección estratégica, sujeta a los objetivos y exigencias de ésta. La misión de la dirección táctica consiste en asimilarse todas las formas de lucha y organización del proletariado y asegurar su acertado aprovechamiento para lograr el máximo de resultados, dentro de una correlación de fuerzas determinada, necesaria para la preparación del éxito estratégico.

¿En qué consiste el saber utilizar acertadamente las formas de lucha y organización del proletariado?

En cumplir algunas condiciones necesarias, entre las cuales hay que considerar como principales las siguientes:

Primera. Hacer pasar a primer término las formas de lucha y organización que correspondan en el mayor grado a las condiciones de flujo y reflujo del movimiento en un momento dado y sean susceptibles de facilitar y asegurar el encaminamiento de las masas hacia las posiciones revolucionarias, el encaminamiento de las masas de millones de hombres hacia el frente de la revolución y su emplazamiento en el frente revolucionario.

No se trata de que la vanguardia adquiera la conciencia de que es imposible mantener el antiguo orden e inevitable su derrumbamiento. Se trata de que lo comprendan las masas, las masas de millones de hombres, y manifiesten que están dispuestas a apoyar a la vanguardia. Pero las masas sólo pueden comprender esto a través de su propia experiencia. Dar a las masas de millones de hombres la posibilidad de reconocer a través de su propia experiencia que es inevitable el derrumbamiento del Poder antiguo, adoptar métodos de lucha y formas de organización que faciliten a las masas, por su propia experiencia, la labor de discernir la justeza de las consignas revolucionarias: he ahí lo que se persigue.

La vanguardia habría quedado desligada de la clase obrera y la clase obrera habría perdido el contacto con las masas, si el Partido no hubiese resuelto en su tiempo participar en la Duma, si no hubiera resuelto concentrar sus fuerzas en la labor de la Duma y desenvolver la lucha a base de esta labor, con el fin de dar facilidades a las masas para que se convenciesen por experiencia propia de la inutilidad de aquella Duma, de la falsedad de las promesas de los kadetes, de la imposibilidad de llegar a una conciliación con el zarismo, del carácter inevitable de la alianza de los campesinos con la clase obrera. Sin la experiencia de las masas durante el período de la Duma, hubiera sido imposible desenmascarar a los kadetes y llevar a la práctica la hegemonía del proletariado.

El peligro de la táctica del «otzovismo» (*) consistía en que amenazaba con aislar a la vanguardia de sus reservas de millones de hombres.

El Partido se habría aislado de la clase obrera y la clase obrera se habría visto privada de su influencia sobre las extensas masas de los campesinos y los soldados, si el proletariado hubiese seguido el camino señalado por los comunistas «de izquierda», que incitaban a la insurrección en abril del año 1917, cuando todavía los mencheviques y los socialistas revolucionarios no habían sido desenmascarados como partidarios de la guerra y del imperialismo, cuando todavía las masas no habían podido discernir por su propia experiencia la falsedad de las declaraciones de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques sobre la paz, la tierra y la libertad. Sin la experiencia adquirida por las masas durante el período de la «kerenskiada», los mencheviques y los socialistas revolucionarios no se habrían visto aislados, y la dictadura del proletariado hubiera sido imposible. Por esto, la táctica de «explicar pacientemente» los errores de los partidos pequeñoburgueses y de luchar abiertamente dentro de los Soviets era la única táctica acertada.

El peligro de la táctica de los comunistas «de izquierda» consistía en que amenazaba con convertir al Partido, de jefe de la revolución proletaria en un puñado de conspiradores vacuos y sin base.

«Con la vanguardia sola — dice Lenin — es imposible triunfar. Lanzar sólo a la vanguardia al combate decisivo hasta que la clase entera, hasta que las extensas masas no han abrazado la posición de apoyo directo a esta vanguardia, o al menos la de neutralidad benévola con respecto a ella... sería no sólo una estupidez, sino, además, un crimen. Y para esto, para que sea realmente toda la clase, para que sean realmente las extensas masas trabajadoras y oprimidas por el capital las que abracen esta posición, la propaganda, la agitación por sí solas no bastan. Para esto hace falta la propia experiencia política de estas masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones, confirmada hoy con una fuerza y un relieve sorprendentes, no sólo en Rusia, sino también en Alemania. No ya las masas incultas de Rusia, frecuentemente analfabetas, sino también las masas cultísimas, sin analfabetismo, de Alemania, necesitaron experimentar en su propio pellejo toda la impotencia, toda la falta de carácter, toda la sumisión lacayuna a la burguesía, toda la infamia del gobierno de los caballeros de la Segunda Internacional, todo el carácter inevitable de la dictadura de los ultrarreaccionarios (Kornilof en Rusia, von Kapp y compañía en Alemania) como única alternativa frente a la dictadura del proletariado, para orientarse decididamente hacia el comunismo.» (Véase *Obras completas*, tomo XXV, páginas 229-230.) (**)

Segunda. Saber encontrar en cada momento dado aquel eslabón

(*) Del ruso «otzvat»: retirar, revocar. Nombre dado a un grupo de bolcheviques que abogaban por que los diputados socialdemócratas fuesen retirados de la Duma. (N. DEL E.)

(**) *El extremismo*, ed. Europa-América, pág. 121. (N. DEL E.)

especial de la cadena de procesos agarrándose al cual se puede dominar toda la cadena y preparar las condiciones para conseguir un éxito estratégico.

Se trata de destacar entre la serie de tareas que se le plantean al Partido precisamente aquella tarea inmediata cuya solución constituye el punto central y cuyo cumplimiento asegura la solución con éxito de las demás tareas inmediatas.

Podría demostrarse la importancia de esta tesis a la luz de dos ejemplos, uno tomando de un pasado ya lejano (del período de la formación del Partido) y otro de un presente más cercano para nosotros, del período de la NEP.

En el período de formación del Partido, cuando existía una cantidad innumerable de «círculos» y organizaciones desligados unos de otros, cuando los métodos primitivos y el sectarismo de los círculos corroían al Partido de los pies a la cabeza, cuando el desconcierto ideológico constituía el rasgo característico de la vida interior del Partido, en este período, el eslabón fundamental y la tarea fundamental en la cadena de eslabones y en el conjunto de las tareas planteadas al Partido era la fundación de un período ilegal para toda Rusia. ¿Por qué? Porque sólo por medio de este período ilegal para toda Rusia podía crearse dentro del Partido, en las condiciones de aquel entonces, un núcleo sólido, capaz de unir en un haz los innumerables «círculos» y organizaciones, de preparar las condiciones para la unidad ideológica y táctica y de echar, de este modo, los cimientos para la formación de un verdadero Partido.

En el período de transición de la guerra a la construcción económica, cuando la industria languidecía en las garras de la ruina, y la Economía rural sufría de la escasez de artículos manufacturados, cuando la alianza entre la industria del Estado y las explotaciones campesinas se convirtió en la condición fundamental para acometer con éxito la construcción socialista; en este período, el eslabón fundamental en la cadena de los procesos, la tarea fundamental entre la otra serie de tareas, era el desarrollo del comercio. ¿Por qué? Porque, bajo las condiciones de la NEP, la alianza entre la industria y las explotaciones campesinas sólo era posible a través del comercio, porque bajo las condiciones de la NEP una producción sin venta representaba la muerte para la industria, porque la industria sólo podía ensancharse ensanchando la venta por medio del desarrollo del comercio, porque sólo consolidándose en el terreno del comercio, sólo dominando el comercio, sólo apoderándose de este eslabón se podía confiar en crear un estrecho lazo entre la industria y el mercado campesino y resolver con éxito otras tareas inmediatas, encaminadas a crear las condiciones para la construcción de las bases de la Economía socialista.

«No basta con ser revolucionario y partidario del socialismo y del comunismo en general... — dice Lenin —. Hay que saber encontrar en cada momento el eslabón especial de la cadena al cual hay que asirse con todas las fuerzas para dominar toda la cadena y preparar sólidamente el paso al eslabón siguiente»... «En el momento actual, este eslabón es la reanimación del comercio interior, regulado (orientado) con acierto por el Estado. El comercio: he ahí el «eslabón» de la ca-

dena histórica de acontecimientos de las formas de transición de nuestra construcción socialista en 1921-1922, *al cual hay que asirse con todas las fuerzas...* » (Véase *Obras completas*, tomo XXVII, pág. 82.)

Tales son las principales condiciones que garantizan el acierto en la dirección táctica.

6.—Reformismo y revolucionarismo.

¿En qué se distingue la táctica revolucionaria de la táctica de los reformistas?

Algunos creen que el leninismo está en absoluto en contra de las reformas, de los compromisos y de los acuerdos. Esto es completamente falso. Los bolcheviques saben tan bien como cualquiera que en cierto sentido «del lobo, un pelo», que en ciertas condiciones las reformas en general, y las transacciones y los acuerdos en particular, son necesarios y útiles.

«Librar la guerra — dice Lenin — por el derrocamiento de la burguesía internacional, una guerra cien veces más difícil, más sostenida, más complicada que la más tenaz de las guerras corrientes entre los Estados y renunciar de antemano a maniobrar, a aprovecharse de las contradicciones de intereses (aunque sean temporales) existentes entre los enemigos, a los acuerdos y compromisos con posibles aliados (aunque sean temporales, inestables, vacilantes, condicionales), ¿no es esto acaso algo tremendamente ridículo? ¿No se parece esto al caso del que en una ascensión difícil a una montaña inexplorada, en la que nadie hubiera puesto la planta todavía, renunciásemos de antemano a marchar a veces zigzagueando, a volver de vez en cuando sobre lo andado, a dejar la dirección primeramente elegida y probar diferentes reacciones?» (Véase *Obras completas*, tomo XXV, página 211.) (*)

De lo que aquí se trata no es, evidentemente, de las reformas o de los compromisos y acuerdos de por sí, sino del uso que se hace de ellos.

Para el reformista, las reformas son el todo; a ellos, la labor revolucionaria sólo les sirve para charlar, para desorientar. Por eso, con la táctica reformista y bajo las condiciones de existencia del Poder burgués, las reformas se convierten inevitablemente en instrumento de consolidación de este Poder, en instrumento de descomposición de la revolución.

Para el revolucionario, por el contrario, lo principal es la labor revolucionaria y no las reformas; para él las reformas son un producto accesorio de la revolución. Por eso, con la táctica revolucionaria, y bajo las condiciones de existencia del Poder burgués, las reformas se transforman, de un modo natural, en instrumento de descomposición de

(*) *El extremismo*, ed. Europa-América, pág. 87. (N. DEL E.)

este Poder, en instrumento de fortalecimiento de la revolución, en punto de apoyo para el desarrollo ulterior del movimiento revolucionario.

El revolucionario acepta las reformas con el fin de utilizarlas como medios para combinar la labor legal con la ilegal, con el fin de aprovecharlas como una mampara para intensificar la labor ilegal encaminada a la preparación revolucionaria de las masas para el derrocamiento de la burguesía.

En esto consiste la esencia del saber utilizar revolucionariamente las reformas y los acuerdos, bajo las condiciones del imperialismo.

El reformista, por el contrario, acepta las reformas con el fin de renunciar a toda labor ilegal, con el fin de minar la obra de la preparación de las masas para la revolución y echarse a dormir a la sombra de las «reformas» otorgadas desde arriba.

En esto consiste la esencia de la táctica reformista.

Así se plantea la cuestión, en lo que se refiere a las reformas y los acuerdos, bajo las condiciones del imperialismo.

Sin embargo, después del derrocamiento del imperialismo, bajo la dictadura del proletariado, la cosa cambia un poco. En ciertas condiciones, en una cierta situación, el Poder proletario puede verse obligado a apartarse temporalmente del camino de la reconstrucción revolucionaria del orden de cosas existente para seguir el camino de su transformación gradual, «el camino reformista», como dice Lenin en su conocido artículo *Sobre la importancia del oro*, el camino de los movimientos de flanco, el camino de las reformas y concesiones a las clases proletarias, con el fin de descomponer a estas clases, de dar una tregua a la revolución, acumular fuerzas y preparar las condiciones para una nueva ofensiva. No se puede negar que, en cierto sentido, este camino es una camino reformista. Sólo hay que tener presente que aquí se da una particularidad radical, y es que la reforma parte del Poder proletario, de que su finalidad es consolidar el Poder proletario, de que da a éste una tregua de que necesita, de que está llamada a descomponer no la revolución, sino a las clases no proletarias.

En estas condiciones las reformas se convierten, por lo tanto, en su antítesis.

Si el poder proletario puede llevar a cabo esta política es solamente porque en el período anterior la revolución fué lo suficientemente amplia y avanzó lo bastante para poder ahora retroceder, sustituyendo la táctica de la ofensiva por la del repliegue temporal, por la táctica de los movimientos de flanco.

De este modo, si antes, bajo el Poder burgués, las reformas eran un producto accesorio de la revolución, ahora, bajo la dictadura del proletariado, se convierten en las reservas acumuladas en manos del proletariado y formadas por aquellas conquistas.

«La relación entre las reformas y la revolución — dice Lenin — sólo ha sido definida de un modo exacto y acertado por el marxismo, si bien Marx sólo pudo ver esta relación bajo un aspecto unilateral, o sea bajo las condiciones anteriores al primer triunfo más o menos sólido, más o menos sostenido del proletariado, aunque sea en un solo país. En estas condiciones, la base de una relación acertada era ésta: las reformas son el producto accesorio de la lucha revolucionaria de clases del pro-

letariado... Después del triunfo del proletariado, aunque sólo sea en un país, aparece algo nuevo, en lo que a la revolución se refiere. En el terreno de los principios, el problema sigue planteado del mismo modo, pero en cuanto a la reforma, se presenta una modificación, que Marx personalmente no pudo prever y que sólo se puede comprender colocándose en el terreno de la filosofía y de la política del marxismo... Después del triunfo, ellas (es decir, las reformas (J. St.), aunque en el terreno internacional sigan siendo el mismo «producto accesorio») constituyen, además, para el país en que se ha triunfado, una tregua necesaria y legítima en los casos en que es evidente que las fuerzas no bastan, después de haberse hallado sometidas a la máxima tensión para dar tal o cual paso revolucionario. El triunfo proporciona una «reserva de fuerzas» tal que es posible mantenerse tanto desde el punto de vista material como moral, aun en el caso de una retirada forzosa.» (Véase *Obras completas*, t. XXVII, págs. 84-85.)

VIII

EL PARTIDO

En el período prerrevolucionario, en el período de evolución más o menos pacífica, en que los partidos de la Segunda Internacional representaban la fuerza predominante dentro del movimiento obrero y las formas parlamentarias de lucha se consideraban como fundamentales, en estas condiciones, el Partido no tenía ni podía tener la grande y decisiva importancia que adquirió después, bajo las condiciones de los choques revolucionarios abiertos. Kautsky, defendiendo a la Segunda Internacional contra quienes la atacan, dice que los partidos de la Segunda Internacional son instrumentos de paz y no de guerra, y que precisamente por esto resultaron ser impotentes para emprender nada serio durante la guerra, en el período de las acciones revolucionarias del proletariado. Y esto es totalmente exacto. Pero ¿qué significa esto? Significa que los partidos de la Segunda Internacional son inservibles para la lucha revolucionaria del proletariado, que no son partidos combativos del proletariado, aptos para conducir a éste al Poder, sino máquinas electorales, adaptadas a las elecciones, al Parlamento y a la lucha parlamentaria. Esto explica precisamente el hecho de que, durante el período de predominio de los oportunistas de la Segunda Internacional, la organización política fundamental del proletariado no fuese el partido, sino la fracción parlamentaria. Es sabido que en este período el partido era, en realidad, un apéndice de la fracción parlamentaria y un elemento puesto al servicio de ésta. No hace falta demostrar que en tales condiciones, y con semejante Partido al frente, no se podía ni hablar de preparar al proletariado para la revolución.

Pero las cosas cambiaron radicalmente al entrar en el nuevo período. Este nuevo período es el período de los choques abiertos entre las clases, el período de las acciones revolucionarias del proletariado, el período de la preparación directa de las fuerzas para el derrocamiento del imperialismo y la toma del Poder por el proletariado. Este período plantea ante el proletariado nuevas tareas de reorganización de toda la labor del Partido en un sentido revolucionario, de educación de los obreros en el espíritu de la lucha revolucionaria por el Poder, de preparación y atracción de las reservas, de alianza con los proletarios de los países vecinos, de establecimiento de sólidos vínculos con el movimiento de liberación de las colonias y de los países dependientes, etc., etc. Pensar que estas tareas nuevas pueden resolverse con las fuerzas de los viejos partidos socialdemócratas, educados bajo las condiciones pacíficas del parlamenta-

rismo, equivale a condenarse a una desesperación sin remedio, a una derrota ineluctable. Tener que afrontar estas tareas con los viejos partidos al frente equivale a encontrarse completamente desarmados. ¿Hace falta acaso demostrar que el proletariado no podía resignarse a semejante situación?

De aquí la necesidad de un nuevo Partido, de un Partido combativo de un Partido revolucionario, lo bastante valiente para conducir a los proletarios a la lucha por el Poder, lo bastante experto para orientarse en las condiciones complejas de la situación revolucionaria y lo bastante flexible para vencer todos y cada uno de los escollos que se interponen en el camino hacia sus fines.

Sin un Partido así no se puede ni pensar en el derrocamiento del imperialismo, en la conquista de la dictadura del proletariado.

Este nuevo partido es el Partido del leninismo.

¿Cuáles son las particularidades de este nuevo Partido?

1.—El Partido, como destacamento de vanguardia de la clase obrera.

El Partido tiene que ser, ante todo, el destacamento de *vanguardia* de la clase obrera. El Partido tiene que incorporar a sus filas a todos los mejores elementos de la clase obrera, asimilar su experiencia, su revolucionarismo, su abnegación sin límites por la causa del proletariado. Pero para ser un verdadero destacamento de vanguardia el Partido tiene que estar pertrechado con una teoría revolucionaria, con el conocimiento de las leyes del movimiento, con el conocimiento de las leyes de la revolución. Sin esto, no se encontrará con fuerzas bastantes para dirigir la lucha del proletariado, para llevarlo consigo. El Partido no puede ser el verdadero Partido si se limita a registrar lo que vive y lo que piensa la masa de la clase obrera, si marcha a la zaga del movimiento espontáneo de ésta, si no sabe vencer la inercia y la indiferencia política del movimiento espontáneo, si no es capaz de elevarse por encima de los intereses momentáneos del proletariado, si no sabe elevar a las masas hasta el nivel de los intereses de clase del proletariado. El Partido tiene que marchar al frente de la clase obrera, tiene que ver más allá de la clase obrera, tiene que conducir tras sí al proletariado y no marchar a la zaga de la espontaneidad. Los partidos de la Segunda Internacional, que predicaban el «ir a la zaga», son los portadores de la política burguesa, que condena al proletariado al papel de un instrumento puesto en manos de la burguesía. Sólo un Partido que se sitúe en el punto de vista de destacamento de vanguardia de la clase obrera y sea capaz de elevar a las masas hasta el nivel de los intereses de clase del proletariado, sólo un Partido así es capaz de apartar a la clase obrera de la senda del «trade-unionismo» y de hacer de él una fuerza política independiente. El Partido es el jefe político de la clase obrera.

He hablado más arriba de las dificultades de la lucha de la clase obrera, de la complejidad de las condiciones de la lucha, de la estrategia y de la táctica, de las reservas y de la capacidad para maniobrar, de la ofensiva y de la retirada. Estas condiciones son tan complejas, si no más, que las condiciones de la guerra. ¿Quién, en estas condiciones, puede orientarse, quién puede dar una orientación acertada a las masas de millones de proletarios? Ningún ejército en guerra puede prescindir de un Estado Mayor experto, si no quiere verse condenado a la derrota.

¿Acaso no es claro que tampoco el proletariado, y con mayor razón, puede prescindir de este Estado Mayor, si no quiere entregarse a merced de sus enemigos jurados? Pero ¿cuál es este Estado Mayor? No puede ser otro que el Partido revolucionario del proletariado. Sin un Partido revolucionario, la clase obrera es como un ejército sin Estado Mayor. El Partido es el Estado Mayor de combate del proletariado.

Pero el Partido no puede ser tan sólo destacamento de *vanguardia*, sino que tiene que ser, al mismo tiempo, un destacamento de la clase, una parte de la clase, íntimamente vinculada a ésta con todas las raíces de su existencia. La diferencia entre el destacamento de vanguardia y el resto de la masa de la clase obrera, entre los afiliados al Partido y los proletarios sin partido, no puede desaparecer mientras no desaparezcan las clases, mientras el proletariado vea engrosar sus filas con elementos procedentes de otras clases, mientras la clase obrera en su conjunto no tenga la posibilidad de elevarse hasta el nivel del destacamento de vanguardia. Pero el Partido dejaría de ser tal Partido si esta diferencia se convirtiera en una ruptura, si se encerrara en sí mismo y se apartara de las masas sin partido. El Partido no puede dirigir a la clase ni so está vinculado a las masas sin partido, si no hay lazos de unión entre el Partido y las masas sin partido, si estas masas no aceptan su dirección, si el Partido no goza de crédito moral y político entre las masas. Hace poco se dió ingreso en nuestro Partido a doscientos mil afiliados obreros nuevos. Hay que hacer notar aquí la circunstancia de que estos obreros, más bien que venir ellos mismos al Partido, fueron mandados a él por todo el resto de la masa sin partido, que tomó parte activa en la admisión de los nuevos afiliados y sin cuya aprobación éstos no hubieran sido admitidos. Este hecho demuestra que las grandes masas de obreros sin partido ven en nuestro Partido su Partido, el Partido *más cercano y más querido*, en cuyo engrandecimiento y fortalecimiento se hallan profundamente interesados y a cuya dirección confían de buen grado su suerte. ¿Hace falta acaso demostrar que sin estos hilos morales imperceptibles que unen a nuestro Partido con las masas sin partido, el Partido no podría convertirse en la fuerza decisiva de la clase obrera? El Partido es una parte inseparable del proletariado.

« Nosotros — dice Lenin — somos un partido de clase; por eso *casi toda la clase* (y en tiempos de guerra, en la época de la guerra civil, la clase entera) debe actuar bajo la dirección de nuestro Partido, debe tener con nuestro Partido el contacto más estrecho posible; pero sería incurrir en «manilovismo» (*) e ir a la zaga», creer que bajo el capitalismo casi toda la clase, o la clase entera, puede hallarse alguna vez en condiciones de elevarse hasta el nivel de conciencia y actividad de su destacamento de vanguardia, de su Partido socialdemócrata. Ningún socialista razonable ha dudado todavía de que, bajo el capitalismo, ni siquiera la organización sindical (más primitiva, más accesible a la conciencia de los sectores no desarrollados) esté en condiciones de agrupar en sus filas a casi toda o a toda la

(*) Palabra derivada de Manilof, personaje de la obra de Gogol *Las almas muertas*, que simboliza la manía de hacer proyectos carentes de base y que nunca lleva a la práctica. (N. DEL E.)

clase obrera. Olvidar las diferencias que existen entre el destacamento de vanguardia y todas las masas que gravitan hacia él, olvidar el deber permanente del destacamento de vanguardia de *eleva*r a capas cada vez más extensas hasta ese nivel de vanguardia, sería engañarnos a nosotros mismos, cerrar los ojos a la inmensidad de nuestras tareas. » (Véase *Obras completas*, tomo VI, págs. 205-206.)

2.—El Partido, como destacamento organizado de la clase obrera.

El Partido no es sólo el destacamento de *vanguardia* de la clase obrera. Si quiere dirigir realmente la lucha de clases tiene que ser, al mismo tiempo, un destacamento *organizado* de su clase. Las tareas del Partido, bajo las condiciones del capitalismo, son extraordinariamente grandes y variadas. El Partido debe dirigir la lucha del proletariado en condiciones extraordinariamente difíciles de desarrollo interior y exterior, debe llevar al proletariado a la ofensiva cuando la situación exija el marchar a la ofensiva, apartarlo de los golpes de un adversario fuerte cuando las condiciones exijan la retirada, debe infiltrar en las masas de millones de obreros sin partido, inorganizadas, el espíritu de disciplina y los métodos de lucha, el espíritu de organización y de firmeza. Pero el Partido sólo puede llevar a cabo estas tareas cuando él mismo sea la personificación de la disciplina y la organización, cuando él mismo sea el destacamento *organizado* del proletariado. Sin estas condiciones no se puede ni hablar de que el Partido dirija verdaderamente a las masas de millones de hombres del proletariado. El Partido es el destacamento organizado de la clase obrera.

La idea del Partido como un todo orgánico está expresada en la conocida fórmula de Lenin llevada al artículo primero de los estatutos de nuestro Partido, en el cual se considera a éste como una *suma* de organizaciones y a los afiliados al Partido como afiliados a una de las organizaciones del Partido. Los mencheviques, que ya en 1903 rechazaban esta fórmula, proponían, en vez de ella, el «sistema» de autoadhesión al Partido, el «sistema» de extender el «título» de afiliado al Partido a todo «profesor» y «estudiante», a todo «simpatizante» y «huelguista» que apoyara al Partido de cualquier forma, pero que no entrara ni deseara entrar a formar parte de ninguna de las organizaciones del Partido. ¿Hace falta acaso demostrar que este original «sistema», caso de que se hubiese afianzado en nuestro Partido, habría hecho inevitablemente que éste se viese invadido por profesores y estudiantes y que degenerase en una «entidad» borrosa, amorfa, desorganizada, que se habría perdido en el mar de los «simpatizantes», en la que se habrían borrado los límites existentes entre el Partido y la clase y que habría malogrado la tarea del Partido de elevar a las masas inorganizadas al nivel del destacamento de vanguardia? Huelga decir que, con un «sistema» oportunista como éste, nuestro Partido no habría podido desempeñar el papel de núcleo organizador de la clase obrera en el curso de nuestra revolución.

«Desde el punto de vista de Martof — dice Lenin —, las fronteras del Partido quedan completamente desdibujadas, pues «todo huelguista» puede «proclamarse afiliado al Partido». ¿Qué utilidad puede aportar semejante prolijidad? Una

gran difusión del «título» de afiliado al Partido. Su efecto nocivo será el introducir una idea *desorganizadora*, la idea de la confusión de la clase con el Partido.» (Véase *Obras completas*, t. VI, pág. 211.)

Pero el Partido no es sólo una suma de organizaciones de Partido. El Partido es, al mismo tiempo, un *sistema* único de estas organizaciones, su unificación formal en un todo único con órganos superiores e inferiores de dirección, con la subordinación de la minoría a la mayoría, con resoluciones prácticas, obligatorias para todos los miembros del Partido. Sin estas condiciones, el Partido no estaría en condiciones de ser un todo único organizado, capaz de llevar a cabo la dirección sistemática y organizada de la lucha de la clase obrera.

«Antes — dice Lenin —, nuestro Partido no era un todo formalmente orgánico, sino solamente una suma de grupos parciales, y por esto no podía haber entre estos grupos más relaciones que las de la influencia ideológica. Ahora nos hemos convertido en un Partido organizado, lo que significa precisamente la creación de un poder, la transformación de la autoridad de las ideas en autoridad de un poder, la subordinación de los órganos inferiores del Partido a los superiores.» (Lugar citado, pág. 291.)

El principio de la subordinación de la minoría a la mayoría, el principio de la dirección de la labor del Partido desde el centro, suscita con frecuencia ataques por parte de los elementos inestables, acusaciones de «burocratismo», de «formalismo», etc. ¿Hace falta acaso demostrar que la labor sistemática del Partido como un todo y la dirección de la lucha de la clase obrera no serían posibles sin la aplicación de estos principios? El leninismo, en materia de organización, es la aplicación inflexible de estos principios. Lenin califica la lucha contra estos principios de «nihilismo ruso» y de «anarquismo señorial», dignos de ser puestos en ridículo y arrojados por la borda.

He aquí lo que dice Lenin en su libro *Un paso adelante, dos pasos atrás*, a propósito de estos elementos inestables:

«Ese anarquismo señorial es muy propio del nihilismo ruso. A él, la organización del Partido le parece una «fábrica» monstruosa; la subordinación de la parte al todo, de la minoría a la mayoría, se le antoja una «esclavización»..., la división del trabajo bajo la dirección del centro provoca en él exclamaciones tragicómicas contra la transformación de los hombres en «ruedas y engranajes»..., la alusión a los estatutos de organización del Partido suscita en él una mueca de desprecio y la observación desdeñosa de «que se puede pasar muy bien sin estatutos»... «Parece claro que los clamores contra el famoso burocratismo no son más que un medio de encubrir el descontento por la composición personal de los órganos centrales, no son más que una hoja de parra...: ¡Eres un burócrata, porque has sido designado por un Congreso sin mi voluntad y contra ella* ¡Eres un formulista, porque te apoyas en los acuerdos

formales del Congreso y no en mi consentimiento! ¡Obras de un modo torpemente mecánico, porque te remites a la mayoría «mecánica» del Congreso del Partido y no prestas atención a mi deseo de entrar a formar parte de los órganos dirigentes! ¡Eres un burócrata, porque no quieres poner el Poder en manos de la vieja tertulia de buenos compadres.» (*)

3.—El Partido, como forma superior de organización de clases de proletariado.

El Partido es el destacamento organizado de la clase obrera. Pero el Partido no es la única organización del proletariado. El proletariado cuenta con toda otra serie de organizaciones, sin las cuales no podría librar una lucha acertada contra el capital: sindicatos, cooperativas, organizaciones de fábricas y talleres, fracciones parlamentarias, ligas femeninas sin partido, prensa, organizaciones culturales, organizaciones de juventud, organizaciones revolucionarias de combate (durante las acciones revolucionarias abiertas), Soviets de diputados como forma estatal de organización (allí donde el proletariado se halla en el Poder), etc. La inmensa mayoría de estas organizaciones permanecen al margen del Partido y sólo una parte de ellas están directamente vinculadas a éste, o son ramificaciones suyas. En determinadas condiciones, todas estas organizaciones son absolutamente necesarias para la clase obrera, pues sin ellas no sería posible consolidar las posiciones de clase del proletariado en los diversos terrenos de lucha, ni sería posible templarlo como fuerza llamada a sustituir el orden de cosas burgués por el orden de cosas socialista. Pero ¿cómo llevar a cabo la dirección única, existiendo tal abundancia de organizaciones? ¿Cuál es la garantía de que la existencia de una multiplicidad de organizaciones no llevará el desconcierto a la dirección? Se dirá que cada una de estas organizaciones actúa dentro de su órbita propia, razón por la cual no pueden entorpecerse las unas a las otras. Esto, naturalmente, es exacto. Pero también lo es que todas estas organizaciones tienen que desplegar su actividad en una misma dirección, pues sirven a una sola clase, a la clase de los proletarios. ¿Quién — cabe preguntarse — traza la línea, la orientación general que ha de servir de guía para la labor de todas estas organizaciones? ¿Dónde está la organización central que sea, no sólo capaz, por poseer la experiencia necesaria, de elaborar aquella línea general, sino dotada de la posibilidad, por poseer la autoridad necesaria, de mover a todas estas organizaciones a llevar a la práctica esa línea, con el fin de lograr la unidad en la dirección y excluir toda posibilidad de desconcierto?

Esta organización es el Partido del proletariado.

El Partido posee todas las condiciones necesarias para esto: primero, porque en él se concentran los mejores elementos de la clase obrera, en contacto directo con las organizaciones sin partido del proletariado y no pocas veces dirigentes de las mismas; segundo, porque el Partido, como punto en que se concentran los mejores elementos de la clase, es la mejor escuela de formación para los líderes de la

(*) Se alude a la «tertulia» de Axelrod, Martof, Potresof y otros, que no se sometieron a los acuerdos del II Congreso y acusaban a Lenin de «burocratismo». (J. St.)

clase obrera, capaces para dirigir todas las formas de organización de su clase; tercero, porque el Partido, por ser la mejor escuela para la formación de los líderes de la clase obrera, es, por su experiencia y autoridad, la única organización capaz de centralizar la dirección de las luchas del proletariado, transformando así todas y cada una de las organizaciones sin partido de la clase obrera en órganos auxiliares y en correas de transmisión que unen al Partido con la clase. El Partido es la forma superior de organización de clase del proletariado.

Esto no quiere decir, naturalmente, que las organizaciones sin partido, los sindicatos, las cooperativas, etc., deban estar formalmente subordinadas a la dirección del Partido. Se trata únicamente de que los miembros del Partido que integran estas organizaciones adopten, como elementos indudablemente influyentes, todos los medios de persuasión para conseguir que las organizaciones sin partido establezcan en su labor un contacto estrecho con el Partido y acepten voluntariamente la dirección política de éste.

He aquí por qué dice Lenin «que el Partido es la forma superior de la unificación de clase de los proletarios», cuya dirección política debe hacerse extensiva a todas las demás formas de organización del proletariado. (Véase *Obras completas*, t. XXV, pág. 195.) (*)

He aquí por qué la teoría oportunista de la «independencia» y de la «neutralidad» de las organizaciones sin partido, que da vida a parlamentarios independientes y a publicistas apartados del Partido, a funcionarios sindicales de mentalidad estrecha y a corporativistas aburguesados, es completamente incompatible con la teoría y la práctica del leninismo.

4.—El Partido, como instrumento de la dictadura del proletariado.

El Partido es la forma superior de organización del proletariado. El Partido es el principio básico dirigente dentro de la clase de los proletarios y entre las organizaciones de ésta. Pero de aquí no se desprende, ni mucho menos, que el Partido pueda ser considerado como un fin en sí, como una fuerza que se baste a sí misma. El Partido no sólo es la forma superior de unificación de la clase de los proletarios, sino que es, al mismo tiempo, un instrumento puesto en manos del proletariado para la conquista de su dictadura, cuando ésta no está todavía conquistada, y para la consolidación y ampliación de la dictadura cuando ya lo está. El Partido no podría elevarse a tal altura, en cuanto a su importancia, no podría situarse por encima de todas las demás formas de organización del proletariado, si ante éste no se planteara el problema del Poder, si las condiciones del imperialismo, el carácter inevitable de las guerras, la existencia de la crisis, no exigieran la concentración de todas las fuerzas del proletariado en un punto, la reunión de todos los hilos del movimiento revolucionario en un haz, con el fin de derribar a la burguesía y conquistar la dictadura del proletariado. El Partido le es indispensable al proletariado, ante todo, como Estado Mayor de lucha, le es necesario para la conquista victoriosa del Poder. ¿Hace falta acaso demostrar que sin un Partido capaz de reunir en torno suyo a las organizaciones de masas del proletariado y de cen-

(*) *El extremismo*, ed. Europa-América, pág. 58. (N. DEL E.)

tralizar en el curso de la lucha la dirección de todo el movimiento, el proletariado ruso no hubiera podido implantar su dictadura revolucionaria?

Pero el proletariado no necesita del Partido solamente para conquistar la dictadura; aún le es más necesario para mantenerla, consolidarla y ensancharla, en interés del triunfo completo del socialismo.

«Seguramente que ahora casi todo el mundo comprende — dice Lenin — que los bolcheviques no se hubieran mantenido en el Poder, no digo ya dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin una disciplina severísima, verdaderamente férrea dentro de nuestro Partido, sin el apoyo más completo y abnegado prestado a éste por toda la masa de la clase obrera; es decir, por todo lo que hay en ella de reflexivo, de honrado, de abnegado, de influyente, de capaz de conducir consigo y de arrastrar a las capas atrasadas.» (Véase *Obras completas*, t. XXV, pág. 173.) (*)

Pero ¿qué significa «mantener» y «ensanchar» la dictadura? Significa infiltrar en las masas de millones de proletarios el espíritu de disciplina y de organización; significa dar a las masas proletarias un refuerzo y un punto de apoyo contra las influencias corrosivas del elemento espontáneo pequeñoburgués y de los hábitos pequeñoburgueses; significa reforzar la labor de organización de los proletarios para la reeducación y la transformación de las capas pequeñoburguesas; significa ayudar a las masas proletarias a educarse como fuerza capaz de destruir las clases y de preparar las condiciones para organizar la producción socialista. Pero todo esto no sería posible hacerlo sin un Partido fuerte por su cohesión y su disciplina.

«La dictadura del proletariado — dice Lenin — es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la antigua sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de hombres es la fuerza más terrible que puede imaginarse. Sin un Partido férreo y templado en la lucha, sin un Partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase, sin un Partido que sepa pulsar el estado de espíritu de las masas e influir sobre él, será imposible llevar a cabo esta lucha con éxito.» (Véase *Obras completas*, t. XXV, pág. 191.) (**)

El proletariado necesita del Partido para conquistar y mantener la dictadura. El Partido es el instrumento de la dictadura del proletariado.

Pero de esto se deduce que con la desaparición de las clases, con la desaparición de la dictadura del proletariado, deberá desaparecer también el Partido.

(*) *El extremismo*, ed. Europa-América, pág. 13. (N. DEL E.)

(**) *El extremismo*, ed. Europa-América, pág. 50. (N. DEL E.)

5.—El Partido, como unidad de voluntad, incompatible con la existencia de fracciones.

La conquista y el mantenimiento de la dictadura del proletariado son imposibles sin un Partido fuerte por su cohesión y su férrea disciplina. Pero la férrea disciplina dentro del Partido es inconcebible sin la unidad de voluntad, sin la unidad de acción completa y absoluta de todos los miembros del Partido. Esto no significa, naturalmente, que con ello quede excluida la posibilidad de una lucha de opiniones dentro del Partido. Al revés, la disciplina férrea no excluye, sino que presupone la crítica y la lucha de opiniones dentro del Partido. Tampoco significa esto, con tanta mayor razón, que la disciplina deba ser «ciega». Al contrario, la disciplina férrea no excluye, sino que presupone la subordinación consciente y voluntaria, pues sólo una disciplina consciente puede ser una disciplina verdaderamente férrea. Pero una vez terminada la lucha de opiniones, agotada la crítica y adoptado un acuerdo, la unidad de voluntad y la unidad de acción de todos los miembros del Partido es condición indispensable sin la cual no se concibe ni un partido unido, ni una disciplina férrea dentro del Partido.

«En la época actual, de aguda guerra civil — dice Lenin —, el Partido Comunista sólo podrá cumplir con su deber si se halla organizado del modo más centralista, si reina dentro de él una disciplina férrea rayana en la disciplina militar, y si el centro del Partido es un órgano de autoridad dotado de plenos y amplios poderes y que goce de la confianza general de los aliados al Partido.» (Véase *Condiciones de ingreso en la I. C.*)

Así se plantea la cuestión en lo que se refiere a la disciplina dentro del Partido, bajo las condiciones de la lucha antes de la conquista de la dictadura.

Otro tanto hay que decir, pero en grado todavía mayor, respecto a la disciplina dentro del Partido después de la conquista de la dictadura.

«El que debilita, por poco que sea — dice Lenin —, la disciplina férrea dentro del Partido del proletariado (sobre todo durante su dictadura), ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado.» (Véase *Obras completas*, tomo XXV, página 191.) (*)

De aquí se desprende que la existencia de fracciones es incompatible con la unidad del Partido y con su férrea disciplina. ¿Hace falsa acaso demostrar que la existencia de fracciones conduce a la existencia de diversos centros y que la existencia de diversos centros significa la ausencia de un centro general dentro del Partido, el quebrantamiento de la unidad de voluntad, el debilitamiento y la descomposición de la disciplina, el debilitamiento y la descomposición de la dictadura? Naturalmente, los partidos de la Segunda Internacional, que luchan contra

(*) *El extremismo*, ed. Europa-América, pág. 50. (N. DEL E.)

la dictadura del proletariado y no quieren llevar a los proletarios al Poder, pueden permitirse ese liberalismo que supone la libertad de existencia de fracciones, pues ellos no necesitan para nada una disciplina férrea. Pero los Partidos de la Internacional Comunista, que basan todo su trabajo en la tarea de la conquista de la dictadura del proletariado y de su consolidación, no pueden admitir ni el «liberalismo» ni la libertad de existencia de fracciones. El Partido es la unidad de voluntad que excluye todo fraccionalismo y toda división de poderes dentro del Partido.

De aquí la aclaración de Lenin sobre los «peligros del fraccionalismo desde el punto de vista de la unidad del Partido y de la realización de la unidad de voluntad del éxito de la dictadura del proletariado, que figura en la resolución especial del X Congreso de nuestro Partido «sobre la unidad del Partido».

De aquí la exigencia de Lenin relativa a la «supresión completa de todo fraccionalismo» y a la «disolución inmediata de todos los grupos sin excepción, formados sobre tal o cual plataforma», so pena de «exclusión inmediata e incondicional del Partido».

6.—El Partido se consolida depurándose de los elementos oportunistas.

La fuente del fraccionalismo dentro del Partido son sus elementos oportunistas. El proletariado no es una clase cerrada. A él afluyen continuamente elementos procedentes de las filas campesinas, de la pequeña burguesía, del campo intelectual, proletarizados por el desarrollo del capitalismo. Al mismo tiempo, en la capa superior del proletariado, principalmente entre los funcionarios sindicales y entre los parlamentarios, cebados por la burguesía a expensas de las superganancias coloniales, se opera un proceso de descomposición.

«Esta capa de obreros aburguesados — dice Lenin — o de «aristocracia obrera» completamente pequeñoburguesa por su sistema de vida, por la cuantía de sus emolumentos, así como por su mentalidad, es el principal puntal de la Segunda Internacional, y, en nuestros días, el principal puntal social (no militar) de la burguesía. Pues éstos son los verdaderos agentes de la burguesía dentro del movimiento obrero, los capataces obreros de la clase capitalista, los verdaderos portavoces del reformismo y del chovinismo.» (Véase *Obras completas*, tomo XIX, pág. 77.) (*)

Todos estos grupos pequeñoburgueses penetran de un modo u otro en el Partido, llevando a éste el espíritu de vacilación y de oportunismo, el espíritu de desmoralización y de incertidumbre. Son ellos, principalmente, los que constituyen la fuente del fraccionalismo y de la disgregación, la fuente de la desorganización y de la labor de zapa desde el interior del Partido. Hacer la guerra al imperialismo teniendo en la retaguardia tales «aliados» equivale a caer en la situación del hombre que se encuentra entre dos fuegos cruzados por el frente y por

(*) *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, ed. Europa-América, pág. 17. (N. DEL E.)

la retaguardia. Por eso la lucha implacable contra estos elementos, su expulsión del Partido, es condición previa para luchar con éxito contra el imperialismo.

La teoría de «superar» a los elementos oportunistas mediante la lucha ideológica librada en el interior del Partido, la teoría de «liquidar» a estos elementos dentro del marco de un solo Partido, es una teoría podrida y peligrosa, que amenaza con condenar al Partido a la parálisis y al malestar crónico, que amenaza con sacrificar al Partido en aras del oportunismo, que amenaza con privar al proletariado de su Partido revolucionario, que amenaza con despojar al proletariado de su arma principal en la lucha contra el imperialismo. Nuestro Partido no hubiera podido encontrar su camino, no hubiera podido tomar el Poder y organizar la dictadura del proletariado, no hubiera podido salir victorioso de la guerra civil, si hubiera conservado en sus filas a los Martof, y a los Dan, a los Potresof y a los Axelrod. Si nuestro Partido ha conseguido forjar dentro de sus filas una unidad interior y una cohesión nunca vista, se debe ante todo al hecho de que supo limpiarse a tiempo de la escoria del oportunismo, arrojar del Partido a los liquidadores y mencheviques. La senda del desarrollo y de la consolidación de los partidos proletarios pasa a través de la limpia de los oportunistas y reformistas, de los socialimperialistas y socialchovinistas, socialpatriotas y socialpacifistas. El Partido se consolida depurándose de los elementos oportunistas.

«Teniendo en las propias filas a reformistas, a mencheviques — dice Lenin —, es imposible triunfar en la revolución proletaria, es imposible defenderla. Esto toca, evidentemente, a los principios. Esto se halla confirmado palmariamente por la experiencia de Rusia y de Hungría... En Rusia hemos pasado muchas veces por situaciones difíciles, durante las cuales el régimen soviético hubiera sido derribado, con toda seguridad, si los mencheviques, los reformistas, los demócratas pequeñoburgueses hubieran permanecido dentro de nuestro Partido... En Italia, donde, según confesión general, las cosas marchan hacia luchas decisivas entre el proletariado y la burguesía por la conquista del Poder del Estado, en momentos tales, no sólo es absolutamente necesario eliminar del Partido a los mencheviques, a los reformistas, a los turatianos, sino que puede incluso resultar útil el separar de todos los cargos responsables a quienes, siendo excelentes comunistas, sean susceptibles de vacilaciones y manifiesten inclinación hacia la «unidad» con los reformistas... En vísperas de la revolución y en los momentos de la lucha más encarnizada por su triunfo, las más leves vacilaciones dentro del Partido son capaces de echarlo todo a perder, de hacer fracasar la revolución, de arrancar el Poder de manos del proletariado, pues este Poder no es todavía sólido, y las arremetidas contra él son todavía demasiado fuertes. Si en un momento así se aparta a los dirigentes vacilantes, esto, lejos de debilitar, refuerza tanto al Partido como al movimiento obrero y a la revolución.» (Véase *Obras completas*, tomo XXV, págs. 462-464.) (*)

(*) *El extremismo*, ed. Europa-América, pág. 87. (N. DEL E.)

EL ESTILO EN EL TRABAJO

No se trata del estilo literario. Me refiero al estilo en el trabajo, a ese algo especial y peculiar que hay en la práctica del leninismo y que crea el tipo especial del militante leninista. El leninismo es una escuela teórica y práctica que moldea un tipo especial de militante de Partido y de Estado, que crea un estilo especial leninista en el trabajo. ¿En qué consisten los rasgos característicos de este estilo? ¿Cuáles son sus particularidades?

Estas particularidades son dos: a) El ímpetu revolucionario ruso; y b) El sentido práctico norteamericano. El estilo leninista estriba en asociar estas dos particularidades en la labor del Partido y del Estado.

El ímpetu revolucionario ruso es el contraveneno contra la inercia, la rutina, el conservadurismo, el estancamiento mental, la actitud servil ante las tradiciones de nuestros abuelos. El ímpetu revolucionario ruso es la fuerza vivificadora que despierta el pensamiento, que lo hace avanzar, que rompe con el pasado, que brinda una perspectiva. Sin este ímpetu no es posible ningún movimiento progresivo. Pero este ímpetu puede siempre degenerar, en la práctica, en una vacua «charlatanería revolucionaria» si no se asocia al sentido práctico norteamericano en el trabajo. Ejemplos de este tipo de degeneración los hay sobrados. ¿Quién no conoce la enfermedad del arbitrio «revolucionario» y de la tendencia a «planes revolucionarios», tendencia que tiene su fuente en la fe puesta en la virtud de los decretos, capaz de arreglarlo y de rehacerlo todo? Un escritor ruso, E. Ereburg, pinta en el cuento *El comunista perfecto* a un tipo de «bolchevique» atacado de esta enfermedad, que se propone como fin trazar el esquema del hombre idealmente perfecto y... se «ahoga» en esta «labor». En el cuento se exagera la nota, pero es indudable que el autor señala la enfermedad con justeza. Sin embargo, no creo que nadie se haya burlado de estos enfermos con tanta saña y de un modo tan implacable como Lenin. «Presunción comunista», así como calificaba Lenin esa fe enfermiza en el arbitrio y en el afán de fabricar decretos.

«La presunción comunista — dice Lenin — significa que una persona que está en el Partido Comunista y no ha sido todavía eliminada de él, cree que puede resolver todos los problemas a fuerza de decretos comunistas...» (*Obras completas*, t. XXVII, pág. 50-51.)

Lenin solía oponer al *verbalismo revolucionario* el trabajo sencillo y cotidiano, subrayando con ello que el arbitrismo «revolucionario» es contrario el espíritu y a la letra del auténtico leninismo.

«Menos frases pomposas — dice Lenin — y más trabajo cotidiano, sencillo..., menos estrépito político y mayor atención a los hechos más simples, pero vivos... a los hechos de la edificación comunista...» (Véase *Obras completas*, t. XXIV, páginas 343-335.)

El sentido práctico norteamericano es, en cambio, el contraveneno contra la «charlatanería revolucionaria» y el arbitrismo fantástico. El sentido práctico norteamericano es la fuerza indomable que no conoce ni admite barreras, que destruye con su tenacidad práctica toda clase de obstáculos, que no puede por menos de llevar a término una obra una vez empezada, aunque sea poco importante, y sin la cual no es concebible una labor constructiva seria. Pero el sentido práctico norteamericano puede degenerar siempre en un practicismo mezquino y sin principios, si no va asociado al ímpetu revolucionario ruso. ¿Quién no conoce la enfermedad del practicismo estrecho y el practicismo mezquino y sin principios, que lleva con frecuencia a la degeneración de algunos «bolcheviques» y a su apartamiento de la causa de la revolución? Esta enfermedad peculiar encontró su reflejo en la obra de B. Pilniak *El año desnudo*, en la que se pinta a tipos de «bolcheviques» rusos llenos de voluntad y de decisión práctica, que «trabajan» «enérgicamente», pero que carecen de perspectiva, que no saben «a dónde van» y, por consiguiente, se desvían del camino de la labor revolucionaria. Nadie se ha burlado con tanta saña de esta enfermedad del practicismo mezquino como Lenin. «Practicismo cretino», «practicismo acéfalo», así calificaba Lenin esta enfermedad. Lenin solía oponer a esto la labor revolucionaria viva y la necesidad de perspectivas revolucionarias en toda nuestra labor cotidiana, subrayando con ello que el practicismo mezquino y sin principios es tan contrario al auténtico leninismo como el arbitrismo «revolucionario».

La asociación del ímpetu revolucionario ruso con el sentido práctico americano: en eso reside la esencia del leninismo en la labor del Partido y del Estado.

Sólo esta asociación da el tipo perfecto de militante leninista, el estilo leninista en el trabajo.

INDICE

	Págs.
Nota del editor	2
Sobre los fundamentos del leninismo	3
I.—Las raíces históricas del leninismo	5
II.—El método	10
III.—La teoría	16
IV.—La dictadura del proletariado	29
V.—El problema campesino	39
VI.—El problema nacional	49
VII.—Estrategia y táctica	56
VIII.—El partido	69
IX.—El estilo en el trabajo	80



32

Precio: 1,25